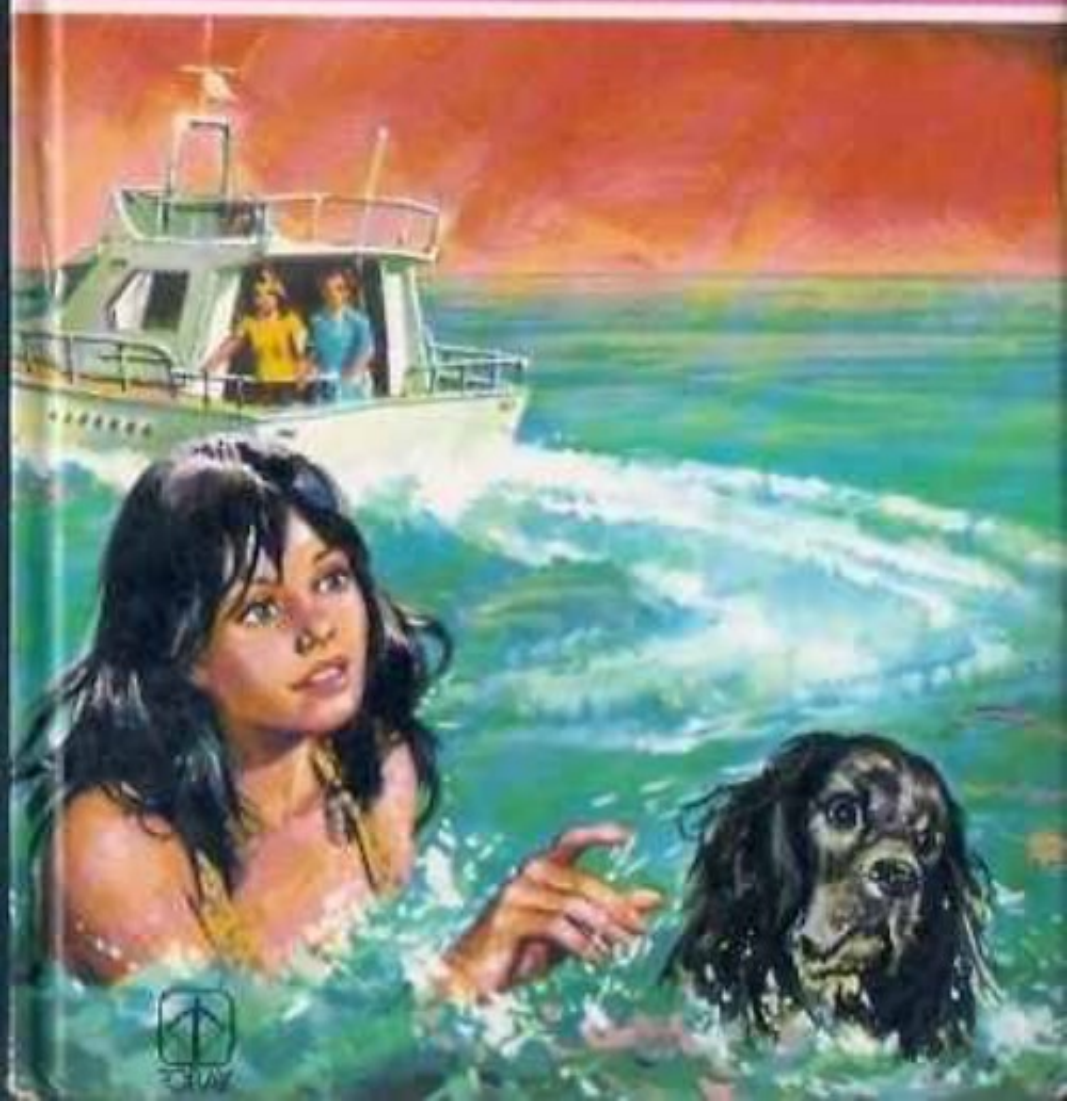


PUCK

Y LA FIERECILLA

Lisbeth Werner



PUCK Y LA FIERECILLA

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: TRE SKRAEKKELIGE GAYTYVE – EN
VILDKAT TAEMMES

Traducción: Annelise Larsen

Cubierta: Gonzalez Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

OCTAVA EDICIÓN

Depósito Legal: B.31.589 1989

ISBN: 84 310 2387 2

© Carlos Andersen - Kund Meister

Copenhague - Dinamarca

Ediciones Toray, S. A., 1987 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Lito Fisan. S.L.. Jaume Piquet, 7. 08017 Barcelona.





El «Instituto Clara Moeller para Señoritas» era un colegio muy elegante, con capacidad para medio centenar de alumnas. Además de lenguas modernas, Historia y Literatura, allí se enseñaba ballet clásico, gimnasia plástica, costura, cocina y otras materias de gran interés para las jóvenes.

El instituto estaba en la zona residencial de Ryvangen, en las afueras de Copenhague, instalado en una señorial mansión que, junto con unos edificios anejos, había sido transformada en pensionado.

El edificio principal estaba decorado con sumo gusto. Tenía varias salas amplias y confortables. En el sótano había una cocina grande y moderna, acondicionada para que las pensionistas pudieran practicar en ella.

En las alas del edificio estaban las aulas y los dormitorios de las alumnas. Cada habitación tenía dos camas y la limpieza de la misma corría a cargo de sus ocupantes. Cuatro sirvientas hacían el resto: el largo pasillo, las escaleras, las aulas y las salas del edificio principal. En la cocina, las mismas alumnas que daban clases culinarias la ordenaban y cuidaban.

La directora, la señorita Clara Moeller, exigía que sus discípulas aprendiesen a valerse por sí mismas, sin la ayuda del servicio. En ocasiones, un padre rico pedía, al matricular a su hija, una habitación para ella sola; pero también en este aspecto la señorita Moeller se mostraba inflexible. En su instituto no había

discriminación. Si los padres no estaban de acuerdo, sólo tenían una solución: llevarse a la niña a otra parte.

El colegio gozaba de tan buena fama que normalmente tenía más peticiones que plazas libres.

La señorita Moeller se mostraba autoritaria. Rondaba los sesenta años y, en opinión de sus alumnas, con frecuencia era bastante cascarrabias. Su estatura era mediana, su figura muy delgada, y llevaba su cabello gris peinado hacia atrás en forma de moño. Vestía siempre de negro, con cuello y puños blancos.

Algunas chicas, las más impertinentes, la llamaban a escondidas «El Vejestorio»; pero estaban equivocadas al aplicarle aquel alias. Tras las gruesas gafas de concha, los ojos de la directora brillaban claros e inteligentes.

La señorita Moeller estaba al día. Sabía todo cuanto hay que saber sobre educación de jovencitas y, aunque de aspecto severo, Clara Moeller era justa y buena consejera para sus alumnas, cuando éstas acudían a ella con sus problemas. Además, tenía sentido del humor.

Había pocos profesores en el instituto, pero eran muy selectos; todos eran pedagogos expertos, que podían dar la mejor formación a las discípulas a ellos confiadas.

Las clases se daban por la mañana, y tras un repaso obligatorio de las lecciones, las alumnas tenían la tarde libre después de la merienda hasta la hora de cenar. Luego podían salir, si querían, con la condición de regresar a las diez, en invierno, y a las once de la noche en verano. Sólo en casos muy especiales había excepciones a este horario.

El instituto estaba rodeado de un gran parque, quizá no tan extenso como los de los grandes palacios rurales, pero lo suficiente para poder desarrollar una activa vida al aire libre.

Disponían además de una piscina, de unos veinticinco metros de larga, con un buen trampolín. Aquél era el lugar favorito de las alumnas durante el verano. Una vez por semana la profesora de gimnasia, la señorita Nielsen, daba allí sus clases de natación, salvamento y respiración artificial.

La vida del colegio transcurría por lo general en paz y tranquilidad, aunque de vez en cuando ocurrieran incidentes poco agradables, nada extraño tratándose de jovencitas consentidas que

de pronto se veían sometidas a una estricta disciplina.

Un día, la señorita Moeller recibió la visita del director Erik Holst. Era un hombre de mundo: alto, distinguido y un tanto arrogante. Dirigía un negocio que importaba muchos millones, y quería matricular a su hija en el instituto. Erik Holst anunció su decisión de tal forma que parecía ser él quien, al ingresar allí a su hija, hacía un gran honor tanto a la señorita Moeller como a su pensionado. A la directora le irritó el tono. Abrió su libro de registro y dijo:

— Sí. Creo que me queda una plaza...

— ¿Habitación individual, espero?

— No, director Holst. Aquí sólo disponemos de habitaciones dobles para nuestras alumnas.

— Yo quiero que mi hija tenga una habitación individual. Y, naturalmente, estoy dispuesto a pagar...

—Entonces debe buscar usted otro colegio.

— ¿Cómo dice?

La señorita Moeller se quitó lentamente las gafas, como tenía por costumbre cuando algo le molestaba. Luego dijo:

— Creo haberme expresado con bastante claridad, señor. En este colegio tratamos a todas las chicas por igual. Quiero que vivan juntas de dos en dos. No me gustaría que una presumida se creyera más importante que las demás, sólo por disponer de una habitación individual.

— Mi hija no es ninguna presumida.

— Tanto mejor para ella —dijo la señorita Moeller poniéndose las gafas—. Así no le molestará compartir su habitación con una compañera. ¿Por qué quiere usted que viva sola?

El director Holst vaciló:

— Pues... Rita resulta a veces..., difícil...

— ¿Es hija única?

— Sí, eso es. Ella..., como yo diría, creo que es bastante mimada y consentida... En ocasiones resulta una fierecilla... Cuando se aburre, se le ocurren las ideas más extrañas.

— En este colegio estoy segura de que no se aburrirá. En caso contrario la curaremos de sus travesuras.

— ¡Humm!... Será difícil...

— Para usted, quizá; pero no para mí.

El importante hombre de negocios no estaba acostumbrado a que le hablaran en aquel tono y, contrariado, se mordió los labios. Luego dijo de mala gana:

— Está bien. Quisiera matricular a Rita en su instituto, señorita Moeller. ¿Quién será su compañera de habitación?

— Una chica llamada Bente Winther. Su padre es un ingeniero que está trabajando actualmente en la India. Según tengo entendido, se trata de una muchacha simpática y sensata.

De nuevo la directora se quitó las gafas y golpeó con ellas distraídamente sobre su mesa de trabajo. Y añadió:

— No puedo decirle más sobre Bente Winther, creo... Sólo sé que sus amigas la llaman Puck.

* * *

Había sido un gran día para Puck aquél en que su padre le dio permiso para ingresar en el «Instituto Clara Moeller», donde sus amigas Navio y Karen habían sido ya matriculadas después de que las tres terminaron sus estudios en el pensionado de Egeborg.

Cuando Puck llegó al instituto fue recibida con entusiasmo por Navio y Karen. Fue un reencuentro jubiloso, entre abrazos, risas y lágrimas. Cuando se hubieron calmado los ánimos, Lise Sommer, apodada Navio se puso el índice sobre su respingona nariz y dijo pensativa:

— Creo que lo pasaremos bien en este colegio... ¡Ejem!... Aunque nosotras estaremos algo mejor que tú.

— ¿Por qué? — sonrió Puck.

— Vas a compartir la habitación con Rita Holst. Es una chica de lo más chiflado que te puedas imaginar.

* * *

La advertencia de Navio sobre Rita Holst no asustó lo más mínimo a Puck. Después de su éxito con la pequeña estrella de cine Jill O'Flanagan, en Irlanda, no temía a nada ni a nadie.

— ¿Qué le pasa a Rita Holst? —preguntó.

Navio hizo una mueca:

— Es más fácil decir lo que no le pasa. Su padre es muy rico, según creo. Ella es hija única y terriblemente consentida. En su casa hacía cuanto se le antojaba y ahora cree que puede continuar haciéndolo aquí. Ayer empujó a una niña y la tiró vestida a la piscina. Una hora más tarde había trepado al árbol más alto del

parque. Estuvimos a punto de desmayarnos al verla allá arriba. La rama sobre la que se sentó era muy delgada y estaba a punto de romperse. Podía haberse matado. Tendrás problemas con ella.

— No te preocupes — sonrió Karen —; nosotras te ayudaremos.

—Será formidablemente palpitante vivir aquí — opinó Navio.

Puck sonrió al oír la expresión favorita de su amiga. Aunque solamente hacía un par de meses que se habían separado en el pensionado de Egeborg, a Puck le parecía que había pasado por lo menos un año. Encontraba muy cambiadas a sus dos amigas. Parecían mayores. Karen llevaba un nuevo peinado y su hermoso cabello rojizo brillaba como oro viejo bajo los rayos del sol. Los rizos rubios de Navio se agitaban como siempre a cada movimiento de su cabeza. Era maravilloso estar de nuevo juntas. Poco después, Puck subió al despacho de la directora. A primera vista, la señorita Moeller le pareció muy severa. Luego se dio cuenta de que también sabía sonreír. La muchacha entregó sus papeles y la directora le dio un impreso, al tiempo que le decía:

— Éste es el reglamento del colegio. Debes leerlo despacio. Si lo cumples, seremos buenas amigas. ¿Eres supersticiosa?

— ¿Supersticiosa? —repitió Puck un tanto sorprendida—. No. En absoluto.

La directora asintió satisfecha:

— Menos mal. La superstición es creencia de paganos. Los cristianos deben avergonzarse de ella, si la tienen. Tu habitación tiene el número trece. La compartirás con una chica llamada Rita Holst. Espero que sabréis entenderos.

— Estoy segura — murmuró, evitando mirar a los ojos de la directora.

— Dos de tus amigas han sido matriculadas aquí. Por casualidad me enteré de que en el pensionado de Egeborg te llamaban Puck. ¿Por qué?

— Pues... Creo que fue por casualidad. Todos teníamos un apodo cariñoso. Y como a mí me gustaba mucho la naturaleza y los grandes bosques que rodean el pensionado, me llamaron Puck, igual que el duendecillo de «El sueño de una noche de verano», de Shakespeare. Eso fue todo.



La señorita Moeller asintió;

—Los sobrenombres cariñosos no hacen daño; pero los mote maliciosos están prohibidos en mi colegio.

* * *

Las clases no comenzaban hasta el día siguiente. La mayor parte de las alumnas habían llegado ya, y el resto llegaría antes de la noche.

Acompañada por Navio y Karen, Puck fue a deshacer el equipaje a su habitación, que estaba en el primer piso. Desde su ventana tenía una vista maravillosa sobre el gran parque. Rita Holst no estaba en el cuarto.

Era una habitación muy confortable, grande y soleada. Casi todo estaba por partida doble: lavabos con agua caliente y fría, espejos, mesas de trabajo con sillas y lámparas, sillones cómodos y camas que durante el día podían ser utilizadas como sofás, o escondidas en la pared.

En el centro de la habitación había una mesa con sillas para las dos, y en un rincón un aparato combinado de radio y televisión. Una bonita alfombra cubría el suelo de parquet y en las paredes colgaban cuatro acuarelas. La lámpara del techo era moderna, y las cortinas ligeras y de buen gusto.

Puck no pudo menos que comparar aquella habitación con el «Trébol de Cuatro Hojas», del pensionado de Egeborg. Aquella había sido también una bonita habitación, pero no tenía

comparación con la del «Instituto Clara Moeller».

— ¿Qué te parece? —preguntó Karen.

— ¡Maravillosa! — declaró Puck, convencida —. Pero, ¿por qué no hay armario para la ropa?

Navio rió, y dio un salto hacia la pared. Apretó un botón y una puerta se abrió silenciosamente, dejando al descubierto un armario empotrado amplio, con colgadores y estanterías.

— ¿Verdad que es formidablemente palpitante? —preguntó Navio con orgullo, como si todo el colegio fuera de su propiedad.

Puck estaba impresionada. Después de colgar y colocar la ropa, las muchachas abandonaron la habitación. Karen y Navio habían llegado el día anterior, y ya podían servir de guías. Las tres amigas bajaron a la cocina, donde dos cocineras, ayudadas por unas chicas, estaban preparando la comida. Luego estuvieron en el gran comedor y, al final, salieron al parque.

Grupos de alumnas estaban jugando en el césped, otras paseaban por los senderos; pero la mayor parte de las chicas estaban en la piscina nadando, haciendo carreras o saltando desde el trampolín. Por todos lados sonaban gritos y risas alegres. Karen dio un codazo a Puck y señaló con el dedo hacia el trampolín:

— Allí tienes a Rita. Es la que va a saltar.

Puck miró con interés. Rita era una muchacha esbelta, de cabello negro. Su cuerpo estaba tostado por el sol. Parecía aún más morena por el contraste con su bañador blanco. Durante un par de segundos, la chica permaneció inmóvil, y Navio dijo:

— Está esperando para saltar a que todos la miren.

— No digas tonterías —interrumpió Puck.

Ella también saltaba desde el trampolín. Había aprendido en el pensionado de Egeborg, y sabía que Rita no estaba inmóvil para llamar la atención sobre su persona, sino porque era muy importante tanto la respiración como el equilibrio antes de efectuar el salto.

Rita se elevó sobre las puntas de sus pies, luego corrió tres pasos y un momento después volaba por el aire como una flecha. Su entrada en el agua fue tan perfecta que apenas salpicó.

Puck exclamó impresionada:

— ¡Qué salto tan bueno, Dios mío!

— Tú también saltas así — dijo Navio.

— Sólo por pura casualidad —declaró Puck, modesta, mientras con los ojos seguía a Rita, que nadaba con el estilo «crowl» hacia el otro extremo de la piscina —. Si Rita se lo propone, terminará siendo una campeona dentro de la natación. Es fantástica, tanto saltando como nadando.



—Pero ésa no es razón para tirar a otros a la piscina, vestidos y todo — opinó Navio.

Karen sonrió:

— Cierto, Navio, pero no está bien contar sólo la mitad de la historia. Rita empujó a la otra en broma, y se arrepintió en seguida. Incluso quiso regalarle un vestido nuevo para sustituir el mojado. Rita no es mala; pero se aburre y necesita acción.

— Espero que no se aburra demasiado — dijo Navio con sequedad—. Lo digo por Puck.

— Todo saldrá bien. No te preocupes — sonrió Puck.

Las tres amigas continuaron su paseo por el parque. Karen y Navio conocían ya a varias chicas y se apresuraron en presentarles a Puck. Como era natural, a ésta le interesaba conocer a sus compañeras de clase.

Las cincuenta muchachas del instituto estaban divididas en tres grupos, según la edad y anteriores estudios. Puck y sus amigas fueron destinadas al segundo curso. Durante el paseo, Puck contó a sus amigas sus aventuras en Irlanda. Karen y Navio le escuchaban boquiabiertas, y Puck concluyó su explicación diciendo:

— Cuando la productora cinematográfica me contrató como una especie de niñera para Jill O’Flanagan, ya me habían contado que era caprichosa y que solía llevar a cuantos la rodeaban al borde de la locura; sin embargo, resultó ser mucho peor. De haberlo sabido, no hubiera aceptado el trabajo.

— Pero debe de ser divertido acompañar a una estrella infantil — opinó Navio.

— No fue aburrido — sonrió Puck—. Ya creía que la chica no tenía solución cuando, después de ser salvada de los secuestradores, mostró su verdadero carácter. Durante los últimos días que pasamos en Dublín, comprendí que era muy infeliz. Le gustaba mucho ser admirada por el público, eso sí; pero se quedó callada y pensativa cuando le expliqué cosas sobre el pensionado de Egeborg y sobre mis amigos. No hay duda de que a Jill le falta algo de lo que tenemos nosotras. Tampoco debe de ser fácil vivir con una madre que sólo piensa en salir a divertirse. Durante su corta vida, Jill ha conseguido todo lo que se puede comprar con dinero; sin embargo, quizá preferiría el cariño de una buena madre.

— ¿Tú crees que una «vedette» famosa piensa en esas cosas? — preguntó Karen pensativa.

Puck asintió seria:

— Ya lo creo. Cuando hablé con Jill en el hotel, quedé convencida de que hubiera deseado cambiar su vida por la mía. Cuando le dije que mi padre me había dado permiso para matricularme en este instituto, sólo dijo: «Enhorabuena, Puck.» Luego se volvió hacia el balcón y se puso a contemplar las calles de Dublín. Cuando finalmente se volvió hacia mí, me di cuenta de que había llorado. Sólo una semana antes hubiera creído imposible que Jill pudiese llorar..., fuera del escenario, claro está.

Las tres muchachas se habían acercado al edificio principal.

— ¡Hola, Puck! Celebro volver a verte.

La chica que la saludaba con tanto entusiasmo era Jill O'Flanagan en persona.



II

Puck tardó unos segundos en reaccionar y luego subió las escaleras en un par de saltos. Abrazó a Jill, exclamando:

— ¡Hola, Jill! ¡Qué alegría! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

— En coche — sonrió Jill de buen humor.

— ¿En coche? Sí, claro... Pero, quiero decir..., si has venido a visitarme.

— Para visitarte ..., y para quedarme. Porque mi madre me ha matriculado en este instituto.

— ¡No me digas! —exclamó Puck, incrédula—. ¿Ya no vas a hacer más películas?

— ¡No más películas! —declaró Jill alegre—. Ya sabes, las estrellas infantiles suelen fracasar cuando crecen. Dicen que es mejor retirarse mientras la estrella de una brilla aún en lo más alto.

— ¡No lo dirás por la edad! —sonrió Puck.

Jill se puso seria:

— Es muy emocionante hacer películas..., y tener un público que te admire, pero no creo que sea una existencia natural para una niña de mi edad. Así que decidí retirarme para vivir tranquila.

— ¿Qué te dijo tu madre?

— Le da exactamente igual —contestó Jill con una mueca—. Lo cierto es que yo ganaba un montón de dinero que ella administraba, pero como sabes, tiene cuanto quiere. Me matriculó a mi regreso de Irlanda. No te lo dije porque quería darte la sorpresa.

— ¡Y qué sorpresa, Jill! ¿Te trajo tu madre?

Jill se encogió de hombros y contestó con amargura:

— No; mamá no tenía tiempo. Iba a una importante fiesta. Me trajo el chófer.

A Puck no le pasó por alto la tristeza de Jill.

— Ven — se apresuró a decir —. Voy a presentarte a Karen y a Navio: mis dos mejores amigas.

Karen se portó con naturalidad, pero Navio estaba muy impresionada al saludar a una famosa estrella de cine.

Sin embargo, el hielo se rompió pronto, y en seguida las cuatro charlaron animadamente. Les parecía increíble que aquella chica hubiera sido alguna vez una «vedette» caprichosa e imposible. Con ellas se portaba con mucha naturalidad.

Los rumores se extienden con rapidez y pronto se enteraron todas las alumnas de que Jill O'Flanagan permanecería en el instituto y podrían verla cada día, y sin pagar. Los comentarios fueron para todos los gustos: ¿Qué hacía Jill O'Flanagan en el instituto? ¿Había dejado para siempre el cine? ¿No resultaría una chica presuntuosa y arrogante? Al menos, eso decían los periódicos.

Pero si intentaba presumir en el colegio, le enseñarían cómo comportarse. Muchas alumnas se pusieron de acuerdo para tratar a Jill con frialdad.

Puck se dio cuenta en seguida, y aquello le pareció injusto. ¿Cómo podían juzgarla sin conocerla siquiera?

Puck quedó pensativa, tratando de encontrar solución para aquel nuevo problema, pero renunció. No era fácil reunir a todas las alumnas del instituto y explicarles que, aunque Jill hubiera sido de trato imposible, y una niña caprichosa, anteriormente, ahora había cambiado y era una chiquilla simpática y normal.

Había que esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas. Quizá su preocupación carecía de fundamento. Cuando Jill comentó que estaba en el primer curso, Puck dijo sonriente:

— Entonces será mejor que te quites el esmalte de las uñas.

— ¿Qué? — exclamó Jill, asombrada.

— Lo manda el reglamento del colegio. Veo que aún no te lo has leído. En el primero y el segundo curso, el maquillaje está prohibido. Sólo los días festivos podemos pintarnos un poquito. En el último curso hay más libertad para hacerlo.

Jill soltó una carcajada:

— Ya me di cuenta de que la directora me miraba las manos con disgusto. Pero no te preocupes; me quitaré el esmalte. Creo que la señorita Moeller es muy severa.

— No demasiado — opinó Puck —. Por lo menos, está reconocida como buena pedagogo. Además, no nos hace falta toda esa pintura que usan las mujeres mayores. No creo que nos favorezca.

* * *

Al sonar el timbre, las muchachas aparecieron corriendo por todos lados y subieron a sus habitaciones. Según el reglamento, el timbre sonaba media hora antes de cada comida, para que las alumnas tuvieran tiempo de arreglarse antes de ir al comedor. Puck subió a la habitación número trece y, al abrir la puerta, la saludó un alegre:

— ¡Hola, amiga! Me llamo Rita, y me han dicho que tú eres Puck. ¿Es verdad eso?

— Pues..., sí.

— Nos tuteamos, ¿no?

— ¿Tú crees? — sonrió Puck, dándole la mano.

Rita Holst se encogió de hombros:

— ¿Qué quieres que te diga? Este colegio es tan «litri» que una no sabe lo que se puede hacer y lo que no. Algunas de las nenas del último curso se enfadan si no son tratadas de usted y con el título de señorita.

— Según el reglamento, hay que tutearse.

— Puede que esas «señoritas» no se hayan leído ese párrafo del reglamento — contestó Rita con sequedad —. Y tú, ¿cómo eres?

— No sé qué quieres decir.

— Bueno, es que tengo el presentimiento de que nos vamos a aburrir como ostras en este «cole» y me gustaría saber si puedo contar contigo para animar un poquito el «cotarro». Si no, la «palmaremos» de aburrimiento.

Puck no pudo menos que reírse para sus adentros. Rita venía de un hogar muy rico y elegante, donde seguramente el tono era cultivado; sin embargo, ella parecía haber escogido su vocabulario de la calle. Claro que quizá eso estaba de moda entre la juventud de la clase pudiente de Copenhague.

— Lo pensaré — dijo Puck con diplomacia.

— ¡Fabuloso, Puck! — aprobó Rita—. Todos mis amigos me llaman «Torbellino». Tú también puedes llamarme así.

— Muchas gracias —sonrió Puck y empezó a arreglarse.

El primer día de colegio transcurrió tranquilo para las muchachas. El tiempo pasó en presentaciones a los profesores, recogiendo libros de texto, anotando los horarios de clases, etcétera. Luego les dieron el resto del día libre. Las chicas sabían muy bien cómo utilizarlo.



Navio dijo, entusiasmada, a sus amigas:

— Es un sistema maravilloso de ocupar el día. ¿Por qué no puede ser siempre así?

— Sí — contestó Karen, irónica —; así íbamos a aprender mucho. ¿No serás nunca formal, Navio?

— Espero que no — rió la traviesa muchacha agitando sus rizos rubios —. Estamos mucho mejor así. Los adultos deben pagar impuestos y esas cosas desagradables.

Puck y Karen se divertían con su amiga. En los años que habían estudiado con ella, siempre se había mostrado más interesada en las travesuras que en los libros. A pesar de ello, Navio había tenido suerte en los exámenes, y su padre, el capitán Sommer de la marina mercante, la había matriculado en el «Instituto Clara Moeller». Él navegaba casi siempre lejos de las costas de Dinamarca, pero sabía

que su hijita estaría bien cuidada en el colegio de la señorita Moeller.

En el pensionado de Egeborg, Karen tampoco se había mostrado contraria a las travesuras; sobre todo cuando las víctimas eran Alboroto y Cavador. Para ella, sin embargo, lo primero siempre habían sido los estudios. Quería hacer carrera. Sus exámenes, pues, habían sido brillantes.

¿Y Puck? Puck nunca había sido muy estudiosa. Le gustaba más la naturaleza. No obstante, había aprobado, y su padre se mostró satisfecho con el resultado. De vez en cuando, Puck había tenido que resolver problemás de distinta índole en el pensionado de Egeborg, y esto le había ocupado parte de su tiempo. Al parecer, también habría problemas en aquel colegio. Por el momento había ya dos: Rita Holst y Jill O'Flanagan.

El segundo día de estancia, Rita dio muestras de que se aburría. Cuando Puck subió a su habitación para buscar el bañador y abrió la puerta, sonó un violento estallido seguido de una carcajada.

—¿Qué ha pasado? — preguntó cuando se repuso del susto.

— Míralo tú misma.

Puck se dio cuenta en seguida. Rita había colocado un globo inflado, de forma que estallara si alguien abría la puerta.

— ¿Y eso te divierte? —preguntó Puck, tranquila.

— Ya lo creo —rió la traviesa muchacha—. Tengo un montón de sorpresas como ésta. ¡Lo que nos vamos a divertir!

— Eres todo un genio, Rita — dijo Puck con ironía, y tras tomar su bañador, salió aprisa, seguida por una risotada de su compañera de habitación.

Durante los días siguientes, Rita dio continuas muestras de su ingenio para las travesuras. No es que fueran malévolas, pero no estaban bien pensadas y resultaban poco agradables para sus víctimas.

Cuando Puck habló con sus amigas sobre sus pequeños contratiempos, Navio exclamó alegre:

— ¡Qué divertido compartir la habitación con una chica así!

— ¿Quieres cambiar conmigo? —propuso Puck.

Pero Navio sólo prometió pensar en ello. El otro problema de Puck era Jill, aunque se dijo a sí misma que no debía considerarla como un problema. Ella no tenía la culpa de que las compañeras

trataran a Jill con frialdad. Sobre todo, las del último curso, y entre ellas las peores eran Greta y Elsie, a quienes llamaban «Las Siamesas» porque siempre iban juntas.

Aquellas dos chicas eran carne y uña. Se veían muy despiertas y vestían con elegancia. Además, aprovechaban el permiso de maquillarse que tenían las del último curso. Para sus compañeras de clase eran «señoritas de mundo» y objeto de admiración.

Naturalmente, aún eran más admiradas por las chicas menores. Para ellas, su palabra era ley.

Por desgracia, la señorita Moeller ignoraba todo eso. De lo contrario hubiera tardado bien poco en poner las cosas en su sitio.

«Las Siamesas» habían decidido hacerle la vida imposible a Jill y aquella estúpida decisión la habían tomado seguramente por envidia. Se consideraban reinas entre las alumnas, y no estaban dispuestas a permitir que una famosa «vedette» de cine les oscureciera su propia gloria. El resultado fue que la pobre Jill paseaba sola, cuando no estaba con Puck y sus amigas. De momento no parecía que las cosas afectaran demasiado a Jill, sólo sus ojos mostraban tristeza de vez en cuando. A buen seguro que había imaginado su nueva vida bien distinta cuando tomó la decisión de abandonar el cine. Sin embargo, no se quejó.

Un día, cuando Puck le preguntó con gran tacto si le gustaba el colegio, ella contestó:

— Estoy muy bien aquí, Puck. Aprendo muchas cosas y... No; no echo de menos mi vida anterior.

Pero Puck no quedó convencida del todo y decidió hablar con sus amigas. La habitación de Karen y Navio estaba en el mismo pasillo que la de Puck. Navio acababa de recibir un paquete de su padre y pudo ofrecer chocolate. Como Karen había comprado refrescos y galletas, la pequeña reunión resultó casi una fiesta. El tema de conversación no fue alegre, sin embargo. Las tres amigas discutieron largo rato sobre qué se podía hacer para ayudar a Jill.

Con frecuencia Puck rebosaba de ideas, pero en aquella ocasión se encontraba como vacía. No se le ocurría la forma de resolver el asunto con tacto y delicadeza, y así se lo dijo a sus amigas. Cuando media hora después se marchó. Navio dijo suspirando:

— Esto no me gusta nada, Karen. Jill me da mucha pena, porque es una chica simpática; pero estoy más preocupada por Puck. Es

increíble, pero no sabe qué hacer. Tenemos que actuar nosotras.

— ¿Cómo? —preguntó Karen, escéptica.

Navio quedó pensativa, y al final exclamó:

— ¡Ya está! Tengo una idea.

— ¡Ya!...

— Aunque no lo creas, es una idea sensacional.

—



—Pues cuéntame de qué se trata.

— Nos asociaremos con Rita Holst.

— ¿Cómo? — se extrañó Karen—. Si ella es la mayor bromista de todo el colegio.

— Precisamente por eso. Tiene ideas a montones, y nos puede aconsejar como incordiar a «Las Siamesas», que son las culpables de todo esto. ¿Estás de acuerdo?

— Bueno... Pues... Está bien.

— Y tan bien. Entre las tres encontraremos un medio. Vamos a hacerles la vida imposible a esas presumidas. Además, todas las chicas del último curso son igual de tontas; sólo porque tienen un año más de estudios, se consideran señoritas adultas. Ayer tuteé a Elsie, una de «Las Siamesas», y me miró de arriba a abajo diciendo: «Prefiero que me llames *señorita* Elsie.»

— Y tú, ¿qué le contestaste? — preguntó Karen, sonriente.

— Le dije: «¡Vete a la porra, presumida!»

Karen rió:

— Eres valiente, Navio. Pero Elsie no te tendrá mucha simpatía.

— Y a mí qué, ¿eh? Tampoco su amiga Greta me tiene simpatía. Vino como un pavo real y se metió en nuestra conversación. Yo le dije: «¡Tú, calla! Aun eres más presumida que ella.» Fue formidablemente palpitante ver la reacción de las dos «reinas». Me divertí de lo lindo.

— Sí, lo comprendo —admitió Karen—. También comprendo tu deseo de hacerles la vida imposible a «Las Siamesas» y..., creo que

lo mejor será hablar con Rita. No puede negarse. Siempre está haciendo travesuras, así que no le importará escoger a «Las Siamesas» como víctimas. Pero, ¿qué dirá Puck?

— Si no lo sabe, no dirá nada —contestó Navio—. Ya sé que nunca hubo secretos entre nosotras, pero en estos momentos es como si Puck fuera un reloj parado..., y no estoy muy segura de que le guste mi plan.

— Yo tampoco, desde luego —aseguró Karen con sequedad.



III

Navio no tenía un pelo de tonta. Sabía que era inútil explicar a Greta y a Elsie el problema de Jill; pero confiaba en que, si un par de veces «Las Siamesas» quedaban en ridículo, sus compañeras les perderían el respeto y las muchachas de las clases inferiores harían lo mismo. De esta forma cabía la posibilidad de que Jill fuera tratada mejor en el colegio.

Cuando Rita se enteró del plan se entusiasmó.

— Vamos a bajarles los humos — dijo impetuosa.

— ¿Qué es lo que vamos a hacerles? —preguntó Karen sorprendida.

— A bajarles los humos de la azotea. ¿No sabes lo que es eso?

— No.

— Pues es una expresión bien clara, aunque no debieron de enseñártela en el pensionado. Significa que las bajaremos de la peana, que les meteremos plomo en el ala a esas palomas.

— ¿Cómo?

— ¿Tampoco conoces esa expresión? Oye, no tienes vocabulario, ¿eh?

— Según parece, lo tengo muy limitado, es verdad.

Karen se extrañaba, como Puck, de que una niña de casa bien pudiera hablar aquella jerga.

El resultado de la conversación de las tres muchachas fue una declaración de guerra a «Las Siamesas».

Cuando Elsie y Greta fueron a su cuarto para arreglarse antes de la cena, encontraron una cuartilla sobre su mesa donde estaba escrito con letra de imprenta lo siguiente:

Queridísimas «Siamesas»: Habéis alcanzado ya la cima de vuestra arrogancia. Habéis llegado a creeros reinas nuestras, y que podéis mandar en todo; pero os vamos a enseñar que estáis equivocadas. No lo vais a pasar muy bien durante los próximos días. Sólo si descendéis de vuestra nube de estupidez os indultaremos.

Cerrad el pico o nuestra venganza os llegará.

«Las tres bromistas»

Cuando las dos amigas terminaron de leer el anónimo se miraron asombradísimas. Greta preguntó incrédula:

— ¿Qué significará esto?

— Nada en absoluto — dijo Elsie con altivez —. Seguramente algunas de las pequeñas nos han querido gastar una broma. ¿Sabes lo que se debe hacer con estas tonterías? ¡Esto!

Elsie rompió la carta en pedazos y los tiró a la papelería mientras reía con desdén.

— A mí me divierten estas bobadas. Claro que podíamos haber entregado la carta a la señorita Moeller, pero esto hubiera sido hacerles el juego a esas crías. ¡Ejem! Además, la señorita Moeller hubiera preguntado sobre eso de que nosotras mandamos a las demás.

— Tienes razón —asintió Greta—. No vale la pena. ¿Qué nos importan a nosotras esas criaturas? No pueden ni impresionarnos ni asustarnos.

En aquel mismo instante la arrogante muchacha lanzó un agudo chillido. Había abierto la puerta del armario y un pequeño ratoncito blanco salió corriendo por entre sus pies. También Elsie chilló y, como movidas por un resorte, las dos se subieron a sendas sillas.

Entretanto, el ratoncito corría asustado a lo largo de la pared en un intento de esconderse bajo los muebles.

Greta gritó aterrorizada:

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un ratón! ¡Socorro!

La puerta se abrió y un grupo de niñas aparecieron en el umbral, miraron sorprendidas a sus compañeras, que seguían chillando subidas a las sillas y, al ver el pequeño ratón, también ellas empezaron a gritar huyendo por el pasillo.

Dejaron la puerta abierta de par en par, y el animalito se aprovechó de ello. Como una centella salió de la habitación, mientras «Las Siamesas» seguían con sus chillidos:

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un ratón! ¡Socorro!

En pocos segundos, la confusión reinaba en todo el pasillo. Todas las chicas hablaban a la vez. Aunque el ratoncito blanco había desaparecido, la excitación continuaba y varias muchachas se apresuraron a cerrar sus puertas por miedo al pequeño roedor. Desde la habitación de «Las Siamesas» se oyó preguntar con miedo:

— ¿Se fue ya el ratón?



Un par de las más valientes contestaron afirmativamente; y entonces «Las Siamesas» se atrevieron a bajar de sus sillas y salir al pasillo.

Poco a poco volvió la calma, y entonces surgió la pregunta: ¿Cómo había entrado aquel animalito en el armario de Greta? Lo

único que se sabía con seguridad era que el portero, el señor Olsen, tenía ratoncitos blancos en el sótano metidos en una jaula.

Sin embargo, era imposible que aquél hubiera llegado al armario de Greta por sí solo. ¿Quién había metido el ratoncito allí? Nadie podía contestar, pero algunas chicas se reían para sus adentros: «Las Siamesas» se merecían aquel susto y el ser el hazmerreír de todos.

Greta y Elsie sabían muy bien que debían informar a la señorita Moeller sobre el incidente, pero naturalmente no lo hicieron. Sin embargo, las demás alumnas no tardaron en enterarse de lo ocurrido.

Durante la cena, «Las Siamesas» fueron el blanco de las miradas de sus compañeras. En las mesas se hablaba en voz baja y algunas se reían a escondidas. Greta y Elsie se dieron cuenta, como es natural, y cada vez estaban más furiosas. Tan pronto acabaron de cenar bajaron a hablar con el portero.

El viejo Olsen estaba en el sótano y se sorprendió mucho de la visita. Las alumnas no solían ir a verle. Se rascó el cabello gris y preguntó:

— ¿A qué se debe vuestra visita, muchachas?

Elsie le regañó fastidiada:

— No debe llamarnos muchachas, sino señoritas. No lo olvide, Olsen.

El viejo portero quedó algo confuso, pero al final logró decir:

— La directora dice que debo tutearos y llamaros muchachas a todas. Yo estoy bajo sus órdenes. Si no os gusta, podéis marcharos.

Elsie se mordió los labios contrariada, pero decidió cambiar de actitud y dijo con indulgencia:

— Está bien, Olsen; naturalmente, debe usted obedecer a la directora. Sólo hemos venido a hacerle una pregunta. Usted tiene ratoncitos blancos en una jaula, ¿verdad?

— Sí, claro que sí. ¿Por qué?

— Porque quisiera saber si le falta alguno.

— Pues... ¿eh? ¡Ejem! No lo creo.

— ¿Los ha contado hoy?

— No.

— ¿Cómo sabe pues que no le falta ninguno?

De nuevo el portero se rascó el cogote. Luego contestó inseguro:

— No es fácil saber cuántos ratones tiene uno. Se multiplican

con tanta rapidez... Así que no sé nunca cuántos tengo.

— Tonterías.

— ¿Tonterías? —repitió Olsen ya más seguro—. ¿Has criado ratoncitos blancos en tu casa?

— No, gracias a Dios.

— Si lo hubieras hecho sabrías que los ratones aumentan como la mala hierba. Es todo lo que te puedo decir al respecto.

«Las Siamesas» intercambiaron una rápida mirada. Luego Elsie se encogió de hombros y abandonó el sótano con su amiga, sin despedirse siquiera. Al llegar al jardín dijo, con rabia:

— Ese viejo es un mentiroso.

— Sí — asintió Greta —. Es evidente que nos ha mentado. Claro que le falta un ratón, pero no lo confesará nunca. No nos tiene mucha simpatía, y puede que fuera él quien metió el ratón en mi armario.

— Ese vejstorio no se atrevería. Si lo descubrían sería despedido en el acto. Debieron de ser niñas del primer curso las autoras de esta broma, pero te prometo averiguar quién fue y, ¡ay de ella! Esas imbéciles no tienen cerebro.

— ¡Hum! — se limitó a contestar Greta sin convicción.

Cuando «Las Siamesas» se hubieron marchado, el señor Olsen se rascó el cogote por tercera vez, sacó un papelito de su bolsillo y releyó:

Querido Olsen: Como no pude encontrar un buen regalo de cumpleaños para uno de mis amigos, me he permitido comprar uno de sus ratoncitos blancos. Incluyo un billete de diez coronas. Perdona que no hiciera el trato directamente con usted.

La carta no estaba firmada, pero eso no le importaba a Olsen, porque el billete de diez era auténtico. Si le pagaran siempre a ese precio los ratones, se dedicaría exclusivamente a criar tan simpáticos animalitos. El negocio iba a salirle aún más redondo a Olsen. Al darse la vuelta, vio entrar corriendo en el sótano al pequeño ratón blanco. Se apresuró a capturarlo y lo metió con los demás en la jaula. Luego suspiró aliviado porque, si le iban con más preguntas sobre si le faltaba o no ratones, podría decir sin remordimientos que no.

* * *

Como es de imaginar, la idea del ratoncito blanco había partido

de Navio. Se había acordado de aquel día en el pensionado de Egeborg, algunos años atrás, cuando uno de los ratoncitos blancos de Alboroto y Cavador había sembrado el pánico en el pasillo de las muchachas. Aquella broma, pensó, podía repetirse de nuevo, y por fortuna, el portero tenía muchos ratones blancos en el sótano. Navio había sido también la autora de las dos cartas anónimas.

Las había escrito ella porque, como dijo a Rita:

— Es peligroso que lo hagas tú. Todos saben que eres la mayor bromista de todo el colegio, y si las cartas terminan sobre la mesa de la directora, sospecharán en seguida de ti. Así podrás decir con toda tranquilidad que tú no las escribiste.

Sus dos compañeras encontraron razonable la idea; pero, como ellas también querían tener su parte de responsabilidad, acordaron que Rita fuera por el ratón y colocara la carta con el billete de diez coronas para el portero.

Karen debía meter el animal en la habitación de «Las Siamesas», y dejar la carta sobre la mesa. Así había trabajo para todas, y todas serían responsables por un igual. Puck no sabía nada de aquel complot; sin embargo, sospechó en seguida que Rita, o «Torbellino» como la llamaban, tenía algo que ver con el incidente.

Cuando al día siguiente estaban las dos estudiando en su habitación, le preguntó de sopetón.

— Oye, «Torbellino». ¿Qué sabes tú sobre el ratoncito blanco?

— Nada en absoluto — mintió Rita resuelta.

— Es extraño. Estaba segura de que ese ratón llevaba tu firma.

— Pues estás equivocada, rica. Yo no metí ese animalito en el armario — declaró Rita, y no mentía.

Puck sonrió:

— De todas formas es igual. «Las Siamesas» se merecían esa pequeña sorpresa.

— ¡Y las que les esperan! — se le escapó a Rita.

— ¿Qué sabes tú?

— Pues... Nada... Sólo me lo imagino...

— Está bien. Sigamos con los libros — dijo Puck sonriente, y continuó estudiando.

* * *

En los días siguientes, «Las Siamesas» fueron el blanco de nuevas bromas. Una noche, les hicieron saltar de la cama, asustadas, unos

globos de los que hacen ruido, colocados bajo las sábanas; otro día, cuando Elsie iba a pintarse los labios, encontró que el carmín había sido sustituido por tiza roja.

«Las Siamesas» estaban furiosas. Para colmo, les era imposible cerrar su habitación con llave. Por miedo a los incendios, no había llaves en las puertas. La señorita Moeller no quería correr el riesgo de encontrar una puerta cerrada por dentro si pasaba algo. Las dos amigas tampoco se atrevían a quejarse a la directora porque en tal caso sería descubierto el motivo de tales burlas.

En la clase de francés, mientras esperaban a la profesora, la vecina de Elsie le preguntó con burlona sonrisa:

— ¿Has empezado a usar tiza roja para los labios, Elsie?

— ¿Cómo se te ha ocurrido esa tontería?

— Encontré este papelito en mi libro de texto. Mira.

Con cara de dignidad ofendida, la presuntuosa muchacha leyó:

Cuidado con Elsie, es peligrosa para sus acompañantes. Ha empezado a usar tiza roja para los labios.

— ¡Idioteces! — dijo Elsie con rabia, mientras rompía el papelito.

Su vecina se divertía en grande, y aquella misma tarde todas las compañeras se habían enterado del incidente. Las alumnas del segundo y primer curso, sobre todo, se alegraban y mostraban su ironía cuando se acercaban «Las Siamesas».

Las compañeras de clase de Elsie y Greta eran más reservadas, pero también se divertían para sus adentros.

Ni aun en su propia clase gozaban «Las Siamesas» de muchas simpatías, aunque sus compañeras se esforzaran en imitarlas y darles la razón en todo. Por ello su situación se hizo más difícil, pues no es fácil admirar a quien una y otra vez es el hazmerreír de todos. Aunque la causa de todo aquel jaleo era en realidad la pequeña Jill O'Flanagan, ella no lo sospechaba siquiera.

Durante las clases se mostraba muy aplicada, y sus compañeras de curso la trataban bastante bien. Sin embargo, aún no tenía ninguna amiga de verdad entre ellas. Las burlas contra las dos arrogantes «Siamesas» eran tan continuas que a veces éstas estaban a punto de llorar de rabia.

Un día, al entrar en su habitación, las dos inseparables amigas encontraron un papelito sobre la mesa:

¿Tenéis ya suficiente? Somos las chicas del segundo curso quienes nos burlamos de vosotras. Y si no os portáis bien con las pequeñas, seguiremos desquitándonos por ellas. ¿Por qué no os quejáis a la directora? ¿Os falta valor?

Un día, mientras Puck y «Torbellino» estaban estudiando en su habitación, Jill entró corriendo y dijo con expresión alegre:

— ¡Ay, Puck! ¡Me siento tan feliz...!

De pronto, al ver a Rita, se calló insegura. Puck se dio cuenta y dijo, animándola con una sonrisa:

— Continúa, Jill. «Torbellino» y yo no tenemos secretos la una para con la otra. ¿No es verdad, «Torbellino»?



—Es verdad —vaciló Rita, que había notado el tono burlón de Puck.

— ¿Por qué eres feliz, Jill? —preguntó Puck, con amabilidad.

— Tengo una amiga, Puck. Es Irene, ¿sabes? ¿La conoces?

— Sí —asintió Puck—. ¿Así que sois amigas?

— Sí — explicó Jill alegre y excitada —. Esta noche va al «Tivoli» con sus padres, y me ha invitado a mí. ¿Verdad que es estupendo?

— Claro que sí —admitió Puck—. ¿Verdad, «Torbellino»?

— Cierto.

Jill parloteó alegremente durante un buen rato y, cuando se hubo marchado, dijo Puck, seria:

— ¡Qué poco se necesita para hacer feliz a una niña solitaria! ¡Imagínate! Y todo se debe a unas simpáticas bromistas.

— ¡Hum! —murmuró Rita—. No me molestes. Estoy estudiando.



IV

La señorita Clara Moeller había introducido un sistema para que las alumnas pudieran hacer sugerencias al colegio por escrito.

Podían ser sugerencias sobre mejoras de algo ya existente, nuevas ideas, embellecimiento del colegio, cambios en el horario de clases y todo lo que tuviera interés común para el colegio y las pensionistas. Las cartas eran leídas por la directora y los profesores, y si alguna idea era puesta en práctica, había un bonito premio de libros para la autora. A Puck se le había ocurrido una idea.

No le gustaba que las habitaciones del instituto tuvieran sólo números para designarlas, en vez de nombres bonitos y románticos, como en el pensionado de Egeborg. Allí todas las habitaciones tenían nombre propio: «El Trébol de Cuatro Hojas», «Ramillete de Jacintos», etcétera. ¿No sería una buena idea hacer lo mismo en el instituto?

Puck sabía muy bien que el pensionado de Egeborg no tenía la exclusiva de tal idea; pero como había sido el director Frank quien la había introducido, le llamó por teléfono para pedirle su permiso. Como siempre, el director Frank se mostró muy amable con ella.

—Es una idea estupenda, Bente, y en Egeborg no tenemos celos de que nos copien. Aunque no lo necesitas, te doy mi consentimiento para que no haya la mínima sombra de duda. ¿Cómo te va en el nuevo colegio?

—Muy bien, gracias. Aunque de vez en cuando echo de menos a Egeborg.

— Gracias, Bente. Nosotros también nos acordamos mucho de ti y de tus amigas. ¿Cómo están Lise y Karen? ¿Siguen tan traviesas?

— Pues... No lo sé... No estoy segura...

— No necesitas decir más —rió el director Frank—. Sería muy extraño que hubiesen cambiado de repente.

— ¿Han llegado nuevos bromistas al pensionado, señor Frank?

— No. Después de que os marchasteis vosotras, y Alboroto y Cavador, la vida transcurre en paz y tranquilidad. Quizá incluso demasiado monótona.

Puck rió. Se despidió dando las gracias al director Frank y mandando saludos para su simpática esposa y para los profesores.

Aquella misma tarde, Puck mandó su sugerencia por escrito. Dos días después fue llamada al despacho de la señorita Moeller para informarle de que habían aceptado su sugerencia y de que había ganado el premio.

— Me ha gustado mucho, Bente —concluyó la directora — que admitas que la idea no ha sido tuya, sino del director de Egeborg... La honradez es muy importante. Y si el director Frank no tiene inconveniente en que le copiemos su idea, vamos a hacerlo. He hablado ya con un joven decorador y pintor. Pinta muy bien las flores y va a empezar a trabajar de inmediato.

La señorita Moeller actuaba con rapidez. A la mañana siguiente llegó el joven pintor, y con él algunos albañiles. Como de todos modos tenían que hacer obras, se podía aprovechar para efectuar algunas reparaciones tanto en los interiores como en los exteriores.

A los pasillos les hacía falta una capa de pintura, cal a los techos, y la fachada que daba al parque necesitaba ser revocada.

A veces, una pequeña causa puede traer consigo grandes consecuencias, y Puck pronto lo comprobaría. Cuando mandó su sugerencia a la señorita Moeller, no podía sospechar que con ello había originado un drama en el cual ella haría el papel de protagonista.

* * *

El joven pintor Jens Petersen conocía bien su oficio y era, en opinión de Puck, un muchacho simpático. Como muchos artistas, vestía con negligencia; pero no llevaba barba y sus ojos mostraban su bondad.

Mientras trabajaba, apenas hablaba; pero contestaba con

cortesía y amabilidad cuando las muchachas le preguntaban algo. Empezó su trabajo sistemáticamente, desde el principio del pasillo, en el primer piso. En la primera puerta pintó un ramillete de violetas y debajo el nombre «El Pomo de Violetas». La siguiente habitación fue bautizada «El Ramillete de Jacintos»; la tercera, «Flor de Guisante»; la cuarta, «El Trébol de Cuatro Hojas», etcétera.

En la puerta de la habitación de Puck y Rita fue pintado un maravilloso ramo de rosas, y la habitación fue bautizada con el nombre de «Las Rosas». Las dos muchachas seguían el trabajo con gran interés y, cuando estuvo terminado, «Torbellino» dijo:

— Te ha salido sensacional, pintor. Te mereces un par de «parches» de a diez. ¡Toma!

El joven artista quedó un tanto confuso con los dos billetes de diez coronas en la mano, pero reaccionó diciendo:

— Gracias, señorita, pero la directora me paga muy bien.

— ¿Qué más da? Son para que lles a tu novia al cine. ¡Qué os divirtáis!

— Bueno, bueno... Muchas gracias, señorita.

Cuando se quedaron solas, Puck dijo a su amiga:

— ¿Te falta un tornillo, «Torbellino»? ¿Cómo puedes gastar el dinero con tanta ligereza?

— Una propina la da cualquiera. Anteayer logré que mi padre soltara una «sábana» de quinientas.

— ¿Quinientas coronas? —hipó Puck, incrédula—. ¿Qué dijo tu padre cuando le pediste tanto dinero?

— Preguntó si era suficiente o si necesitaba más.

— ¿Eso quiere decir que te da todo el dinero que quieras?

Rita se encogió de hombros:

— Hasta el momento, nunca me ha negado nada.

Puck estaba casi asustada. Aunque el padre fuera millonario, era una locura estropear así a su hija. La cosa era bien distinta en el pensionado de Egeborg. Allí, sólo los alumnos de los últimos cursos podían disponer de una pequeña cantidad de dinero semanal. Era muy extraño que la señorita Moeller permitiera eso, siendo en otros aspectos tan sensata.

— ¿En qué estás pensando? —preguntó «Torbellino». Si necesitas dinero, puedo hacerte un préstamo.

— No. Tengo suficiente, gracias.

— Pues, fabuloso. ¿Vienes a nadar?

Puck aceptó y, después de ponerse los trajes de baño y los albornoces, bajaron a la piscina, donde, como siempre, estaban reunidas casi todas las alumnas.

Una chica en bañador estaba al borde de la piscina dudando si tirarse o no. Aquello era demasiado para «Torbellino». Sin poder contenerse, dio un empujón con el pie a la niña, quien, gritando asustada, cayó al agua. Tardó algo en salir a la superficie. Cuando logró sacar la cabeza, gesticulaba violentamente con los brazos, mientras chillaba medio ahogada.

Puck comprendió en el acto la situación. Rápidamente se quitó el albornoz, saltó a por la chica y logró llevarla hasta la escalerilla, aunque ella entorpecía sus movimientos al agarrársele, presa de pánico. Pero Puck había aprendido lecciones de salvamento en el pensionado de Egeborg, y sabía cómo evitar el abrazo peligroso de uno que está a punto de ahogarse.

La profesora de gimnasia acudió corriendo desde el otro lado de la piscina. Estaba furiosa.

— ¡Voy a informar a la directora! ¡Lo vi todo, Rita!

Antes de que ésta pudiera reaccionar, la profesora se alejaba en dirección al edificio principal. Puck procuró calmar a la asustada niña y luego se volvió hacia su compañera de habitación.

— Ha sido una broma muy pesada, «Torbellino».

— No pensé que...

— No, claro; pero Gerda tuvo un susto de muerte. Hay que pensar en eso...

Las demás chicas se habían reunido en torno a ellas. Rita tuvo que escuchar duros reproches. Al final, Puck dijo, tranquila:

— ¡Ya está bien! No hay que exagerar las cosas. «Torbellino» quiso solamente hacer una broma: no por malicia.

— El otro día empujó a Ilse, vestida y todo — sonó una voz.

— Sí, pero se arrepintió en seguida y ofreció a Ilse un vestido nuevo.

— Puck tiene razón — dijo una tercera —. Dejémoslo. La directora se ocupará de este asunto.

La profecía se cumplió. Media hora después, Rita tuvo que presentarse en el despacho de la directora. Sus ánimos dejaban mucho que desear. En seguida advirtió la severa mirada de la

señorita Moeller tras los cristales de sus gafas.

— Me han informado de tu desafortunada conducta en la piscina —empezó la directora con brusquedad—. ¿No comprendes que con tu irresponsabilidad puedes poner en peligro la vida de una compañera?

— No...

— No te creo, Rita. Sabes lo suficiente sobre natación y saltos de trampolín como para conocer las reglas. Una de ellas dice: «Nunca se debe tirar al agua a otra persona porque con ello se le puede provocar un «shock». Y eso fue lo que le ocurrió a Gerda. Menos mal que Bente Winther reacciona con rapidez; si no, tu travesura hubiese podido haber terminado en tragedia.

La señorita Moeller se quitó las gafas y se puso a golpear la mesa con ellas. Luego continuó con severidad:

— Además, tampoco me gusta nada tu comportamiento, Rita. He oído hablar de tus bromas pesadas y ésta ha sido la gota que ha hecho derramar el vaso. Es la última vez que te aviso. Si recibo más quejas de ti, me veré obligada a expulsarte del colegio. ¿Queda claro?

— Sí —murmuró «Torbellino» en voz baja.

Pero no hizo más que abandonar la oficina y ya lo había olvidado todo. No era mala, pero actuaba sin prever las consecuencias de sus travesuras. Cuando entró en «Las Rosas», Puck le preguntó:

— ¿Cómo te fue?

— No me fue del todo mal. Me echó una bronca fenomenal.

— ¿Sólo eso?

— Bueno, ese vejestorio me dijo que me expulsaría si alguien volvía a quejarse de mí.

— Querrás decir si cometes más travesuras, ¿no?

— Es lo mismo. Este pensionado parece una cárcel.

— ¿No te gusta el colegio?

Rita se sobresaltó y se apresuró a contestar:

— Claro que me gusta. De vez en cuando lo pasamos bomba. Además, sólo pensar en la cara que pondría mi padre si me echan, me pone la piel de gallina. Una vez me amenazó con matricularme en un internado de Suiza, y no creo que una se parta de risa allí.

— No; un colegio así no es cosa de risa — admitió Puck con

sequedad—. Eso quiere decir que, si tienes más bromas pesadas en preparación, harás mejor en olvidarlas.

— Lo pensaré —prometió «Torbellino».

Pero, por desgracia, siempre pensaba las cosas cuando ya era demasiado tarde.

* * *

Al día siguiente, cuando Puck iba a entrar en «Las Rosas», se quedó parada mirando incrédula el nombre escrito sobre su puerta. Se restregó los ojos, pero no había duda. Se leía claramente «Posas» donde horas antes decía «Rosas». ¿Cómo era posible?

Tan pronto se formuló la pregunta, tenía ya una sospecha. Aquello era obra de «Torbellino». ¿De quién si no? Tras un rápido examen vio que el rabo de la «R» había sido cubierto con algo que parecía carmín y así «Las Rosas» se había convertido en «Las Posas». No era fácil notarlo a primera vista, porque el color usado era casi igual que el color del fondo.

Puck frunció las cejas. ¡Qué tonta era «Torbellino»! La broma ni siquiera era divertida y, además, las cosas se pondrían feas para ella si la descubrían. La directora la había tratado con indulgencia la primera vez, pero no ocurriría lo mismo la segunda. Podían expulsarla del colegio. La señorita Moeller actuaría con mucha severidad pues podía creer que «Torbellino» lo había hecho a propósito para provocarla.

Con gesto decidido, Puck abrió la puerta para echar una buena regañina a su compañera, pero la habitación estaba vacía. ¿Dónde podía estar aquella loca? Seguramente ideando nuevas travesuras.

En la repisa del lavabo de «Torbellino» había una barra de labios; Puck la tomó para comparar el color con la pintura de la puerta. Ya no le quedaba ninguna duda: la barra de labios de Rita había sido utilizado para pintar en la puerta.

¡Qué rabia que no estuviera allí para obligarle a reparar el daño a ella misma! Puck no podía perder más tiempo. En cualquier momento podía pasar la profesora de guardia, y aquel día le tocaba a la señorita Meyer. Entre todos los profesores, era la más antipática. Por regla general estaba de mal humor, y las alumnas la apodaban «La Mocasines», porque siempre calzaba zapatos con suela de goma, y con ellos podía acercarse sin ruido y sorprender a las alumnas cuando cometían algún acto contrario al reglamento.

Puck sacó su pañuelo y frotó con cuidado el carmín que tapaba parte de la «R», pero no era nada fácil quitarlo. No se atrevía a restregar con demasiada fuerza para no estropear la obra del pintor.

Había limpiado ya la mitad del pegote, cuando la asustó una severa voz a sus espaldas:

— ¿Qué estás haciendo, Bente?

Era la señorita Meyer. Puck se quedó perpleja, sin saber qué contestar.

— ¿Qué estás haciendo? —repitió la profesora con aspereza.

Sin esperar respuesta se acercó a la puerta y contempló la «R» a medio limpiar. Con malicia en los ojos, le espetó:

— ¡Ya veo! Estás mejorando la obra del pintor cambiando «Rosas» por «Posas».

La mujer extendió la mano y le ordenó:

— Dame la barra y el pañuelo.

Puck obedeció sin decir nada. Su cerebro trabajaba a gran presión. ¿Qué podía hacer?

Podía, naturalmente decir la verdad; pero en tal caso las cosas se pondrían feas para «Torbellino». Quizá sería expulsada, a pesar de que su broma había sido de carácter inofensivo.



La señorita Meyer echó otra severa mirada a Puck, y le dijo:

— Tendrás noticias de la directora. Te lo prometo.

Luego desapareció con la misma rapidez y silencio con que había llegado. Puck se quedó un momento considerando aquella situación, tan poco prometedora. Luego se puso a buscar a «Torbellino». Pero la traviesa muchacha no se veía por ningún lado, ni en los edificios ni en el parque. A Puck no se le ocurrió buscarla en la habitación de Karen y de Navio, donde las tres bromistas estaban conspirando.

— Creo que «Las Siamesas» se están ablandando — decía «Torbellino»—. Sin embargo, aún debemos darles el último golpe. ¡Pensemos!

Y las tres se estrujaban el cerebro tratando de inventar nuevas travesuras.

* * *

Cuando Puck entró en el despacho de la directora se sintió tan mal como Rita se había sentido el día anterior.

La desagradable situación se debía sobre todo al hecho de tener que mentir para encubrir al verdadero culpable. A Puck nunca le había gustado mentir. En el pensionado de Egeborg, su honradez era proverbial. Sin embargo, hay momentos en la vida en que las personas se ven forzadas a decir alguna mentirijilla para evitar un disgusto a otra persona.

En el caso de Rita era distinto. Ella se había metido de cabeza en el lío. Había actuado como siempre antes de pensar. No obstante, Puck decidió, antes de entrar en el despacho, que encubriría a su amiga para evitar que fuera expulsada. A cambio, se prometió a sí misma reprender severamente a Rita cuando la viera.

— Siéntate, Bente — le ordenó la señorita Moeller con sequedad.

Puck obedeció y la directora se quedó un momento con las cejas fruncidas mientras daba vueltas a la barra de labios entre sus manos. Al final le dijo:

—La señorita Meyer se ha quejado. Ya sabes de qué se trata, ¿verdad?

— Sí, señorita — contestó Puck en voz baja.

— ¿Te parece divertido convertir el bonito nombre de «Las Rosas» en «Las Posas»?

— No, señorita.

— ¿Por qué lo intentaste, entonces?

— Bueno... ¡Ejem...! Seguía una repentina inspiración.

— ¡No me digas!

La señorita Moeller miró a Puck con ojos escrutadores y dijo:

— Hay algo en este asunto que no logro entender. La idea de dar nombres a las habitaciones fue tuya, y luego intentas estropearlo. ¿Te parece lógico?

— Pues..., no.

— ¿Y no tienes otra explicación?



— Obré bajo una inspiración repentina, y ahora comprendo que fue una tontería.

— Y tanto que fue una tontería — afirmó la señorita Moeller con ironía—. ¿Es ésta tu barra de labios?

— Sí.

— ¿También el pañuelo es tuyo?

— Sí.

La directora se quitó las gafas y repicó ligeramente con ellas contra la mesa, según su costumbre. Luego su voz sonó severa y decidida:

— Voy a darte la última oportunidad para decir la verdad, Bente. Estoy convencida de que me estás mintiendo para encubrir a alguien. No olvides que llevo muchos años tratando a chicas como tú, y es muy difícil engañarme. Por eso voy a preguntártelo de otra manera: Cuando la señorita Meyer te sorprendió, ¿estabas pintando o limpiando lo que había pintado antes alguien?

— Estaba pintando el palo con mi barra de labios.

— Me pregunto si alguna vez has tenido tú un pintalabios.

— Sí. Éste.

— ¿Lo has usado alguna vez en este colegio?

— No; sólo para pintar la puerta.

— ¿Es ésta la verdadera explicación? ¿Estás segura?

— Sí.

— Bueno... Bueno... Entonces, sólo me queda una alternativa: tendré que castigarte. Y no recibirás el premio que habías ganado. Eso es todo. Puedes irte.

Puck estaba a punto de llorar cuando salió del despacho. Le dolía tener que despedirse del premio, pero aún le dolía más haber tenido que mentir con tal descaro.



Cuando Puck entró en su habitación encontró a Rita estudiando.

— ¡Hola! — saludó.

Puck tiró la barra de labios sobre la mesa de su compañera y dijo:

— Toma, y gracias.

¿Qué? —se sorprendió Rita—. ¿La has tomado prestada?

— Sí, quería saber si había sido usada para pintar la puerta. Y ahora vas a escucharme.

Rita escuchó sin decir palabra las acusaciones que Puck lanzó contra ella, en su justa furia. La muchacha se quedó muda de asombro.

— ¡Ay, Puck! No tenía ni idea de que podía provocar semejante complicación. Sólo quería divertirme. Ahora mismo bajaré a contarle la verdad al «Vejestorio».

Puck hizo un gesto con la mano para retenerla:

— No lo hagas. He mentido ya tanto que no puedo volverme atrás, y tú corres el riesgo de ser expulsada del colegio. Eso no sería

muy agradable, ¿verdad?

— No, claro.

— Cálmate, pues. Aguantaré el castigo.

— Pero ¡el maravilloso premio de libros, Puck...!

— Sí, es triste.

«Torbellino» se levantó de un salto y dijo decidida:

— ¿Sabes qué? Tomaré un taxi para ir a la ciudad y te compraré una bonita colección de libros.

— ¡Bah, tonterías! —interrumpió Puck, que no pudo menos que echarse a reír—. Tranquilízate y olvídale todo. Vamos a estudiar.

— Lo siento, Puck.

— Yo también. Sin embargo; lo hecho, hecho está. No hay más que hablar. Y ahora déjame estudiar.

Cuando Puck había terminado sus deberes, decidió ir a dar un paseo por el parque. A veces le gustaba estar sola con sus pensamientos.

Aunque el cielo estaba cubierto de nubes oscuras, tendría tiempo de pasear antes de que empezara la lluvia. Pensó que le haría bien respirar un poco de aire limpio. Absorta en sus pensamientos, un tanto tristes, Puck dobló la esquina del edificio principal para bajar al parque. Vera, una de las chicas del último curso, conversaba animadamente con el albañil que aquellos días revocaba la pared. El joven se apoyaba en su escalera de mano y, al pasar Puck, le dijo con desenfado:

— ¡Hola nena! ¿Tienes un pitillo?

— No fumo — contestó Puck con sequedad.

El albañil rió:

— ¡Vaya! ¡Qué lástima! No tengo ni un céntimo y Vera tampoco.

— Sí, es una lástima — dijo Puck y continuó su paseo.

No le gustaba aquel tipo. Se llamaba Madsen. Lo había encontrado un par de veces y no había podido menos que compararlo con el joven pintor. Éste era tranquilo y modesto, mientras el albañil era un auténtico botarate. Seguramente las muchachas lo considerarían un «tipo guapo». No había duda de que sabía impresionarlas.

¿Por qué estaría hablando Vera con aquel tipo? Claro que no iba contra el reglamento del colegio que una alumna del último curso conversara con un albañil. Pero por desgracia aquel Madsen no era

muy recomendable. Una cara correcta, eso sí, cabello ondulado y anchos hombros; pero eso no era suficiente. Bueno; suponía que Vera ya sabría lo que se hacía.

Todas las ventanas menos una del ala izquierda estaban cerradas, seguramente porque las muchachas esperaban la lluvia. Desde la ventana abierta, Elsie contemplaba el jardín perezosamente. Al ver a Puck le gritó:

— Cuidado, nenita, que no te sorprenda la lluvia. Si uno se moja se puede resfriar, y el resfriado puede complicarse en pulmonía.

Puck ni siquiera se dignó contestar a las tonterías de «La Siamesa». Siguió su camino tranquilamente. Pensó que, a pesar de haber sido víctimas de tantas bromas, aquellas chicas aún no habían perdido las ganas de molestar a los demás. Seguían tan arrogantes como siempre, aunque su influencia iba en declive. La prueba estaba en que Irene había trabado amistad con Jill, desobedeciendo el aislamiento decretado por «Las Siamesas». Ojalá su ejemplo fuera seguido por las otras niñas.

— ¡Que te vaya bien, nenita! —aún gritó Elsie.

Puck la ignoró.

* * *

Aquella misma tarde, cuando «Las Siamesas» regresaban de su paseo por Strandvejen, vieron a una chica salir corriendo de su habitación, dejando la puerta abierta. Mientras la muchacha se alejaba a toda prisa por el pasillo. Greta le chilló:

— ¡Detente! ¿Qué hacías en nuestro cuarto?

Pero la intrusa había doblado ya la esquina del pasillo. Greta se volvió furiosa hacia su amiga Elsie:

— ¡La he reconocido! ¡Era Rita, del segundo curso! Pero, ¿qué estaba haciendo ésa en nuestro cuarto?

—No tengo ni idea.

Al entrar en la habitación empezó a llover, y Elsie cerró la ventana, mientras Greta exclamaba:

— ¡Mira eso!

— ¿Qué es?

— Una nueva carta. Estaba sobre mi mesa. Léela tú misma.

Y Elsie leyó:

Pronto habremos terminado con vosotras, estúpidas «Siamesas». En los próximos días os esperan una serie de sorpresas; así que manteneos

alerta.

Las dos amigas se miraron. Luego Elsie dijo:

— Por fin hemos atrapado a una de esas tontas con las manos en la masa. ¿No crees que podemos arreglarle las cuentas, sin involucrar al «Vejestorio»?

— Sí; será lo mejor — admitió Greta —. Ahora, vamos a cambiarnos de vestido.

Las chicas estaban sacando la ropa del armario y Elsie exclamó:

— ¡Greta; ¡Mi billetero ha desaparecido!

— ¿Qué?

Elsie insistió:

— Sí. Estoy segura. Estaba aquí, sobre la estantería del armario; pero ya no está. Contenía más de trescientas coronas.

— ¿Lo han robado?

— ¡Claro! —gruñó Elsie rabiosa—. Un billetero no puede desaparecer de un armario por sí solo. Por lo visto, esa mocosa de Rita ha hecho algo más que dejar el papelito sobre la mesa.

— ¡Hum! —dijo Greta algo preocupada—. No estamos seguras.

— Si no fue ella, ¿quién fue, entonces?

— No sé, pero la puerta nunca está cerrada. Todo el mundo puede entrar aquí. El padre de Rita es millonario y no creo que ella necesite robar.

— ¡Aunque el hombre tenga millones — dijo Elsie con rabia— eso no significa que le dé suficiente dinero a su hija! Voy a denunciar el robo al «Vejestorio».

— Reflexiona, Elsie. ¿No sería mejor hablar primero con Rita?

— ¡No! Esa estúpida lleva mucho tiempo molestándonos. ¡No hay duda! Ahora le toca el turno a ella!

— ¿Piensas acusarla del robo?

— ¡Naturalmente! ¿Qué creías?

— Bueno, está bien...

El drama se complicaba.

* * *

Naturalmente causó gran impresión que una de las alumnas del elegante colegio fuera acusada de robo. La directora hubiera preferido investigar el embarazoso incidente con tranquilidad, pero eso fue imposible, ya que «Las Siamesas» charlaban por los codos y, media hora después, todo el colegio conocía la historia.

Las alumnas discutían exaltadas. Lo que acababa de ocurrir era algo insólito. En toda la historia del instituto, nunca había habido un robo. Durante el interrogatorio en el despacho de la directora, Rita negó rotundamente haberse apoderado del billetero y de las trescientas coronas. La señorita Moeller preguntó con severidad:

¿Niegas haber estado en la habitación de las muchachas?

— No.

— ¿Qué estabas haciendo allí?

— Dejé una nota para Elsie y Greta.

— ¿Qué clase de nota?

— Me niego a contestar a eso — declaró obstinada Rita —. Se lo pueden decir «Las Siamesas», si quieren.

— ¿«Las Siamesas»?

— Sí, así las llaman. Estuve en su habitación, pero no toqué un céntimo de su asqueroso dinero.

— ¡Habla con corrección! — ordenó la directora con dureza—. No olvides que el asunto es muy grave y que estás bajo sospecha.

— Sí, ya lo sé; pero yo no robé el dinero. Si la puerta no está cerrada con llave, cualquiera puede entrar. ¿Por qué me culpan precisamente a mí? Yo no necesito robar calderilla ¿Me cree usted imbécil?



La directora golpeó la mesa con la palma de la mano.

— ¡He dicho que hables correctamente!

— No aguanto que me acusen de robo. Si usted tiene alguna duda, ¿por qué no recurre a la «poli»?

La directora se sobresaltó asustada. Tuvo que esforzarse para tranquilizar su voz antes de decir:

— Preferiría evitar que la policía se mezclara en esto. Vamos a registrar tu habitación.

— Por mí, encantada — dijo Rita encogiéndose de hombros —.

¿No sería más seguro registrarme a mí también?

— Ya que lo dices, no estará de más — asintió la señorita Moeller.

Rita fue cacheada por una de las profesoras, pero no le encontraron nada. En cambio, encontraron más de quinientas coronas en su armario de «Las Rosas». La muchacha declaró, muy tranquila, que era lo que su padre solía darle. La directora decidió comprobarlo y, por el momento, la cosa quedó así. Ordenó a Rita que se quedara en su habitación y que no la abandonara ni a la hora de comer. Pero la chica contestó rápida:

— No pienso probar bocado. Me declaro en huelga de hambre hasta que me den explicaciones sobre esta condenada acusación.

Más tarde, cuando la señorita Moeller estaba sola en su despacho, se sintió profundamente disgustada. Lo más correcto sin duda era avisar a la policía; pero, en tal caso, los periódicos publicarían la historia y se armaría un horrible escándalo en tomo a su elegante instituto.

¿Qué podía hacer? Rita Holst negaba rotundamente. Y, en su interior, la señorita Moller tenía el convencimiento de que la muchacha era sincera. Pero minutos después ocurrió algo que le hizo cambiar de opinión.

Llamaron a la puerta del despacho. Ingeborg, una compañera de clase de Rita, entró con gesto tímido.

— ¿Qué se te ofrece, Ingeborg?

La muchacha empezó a decir:

— No quiero ser una chivata, señorita Moeller... Pero... Pero...

— ¡Bien, habla!

— Bueno... Resulta que... Pues todas sabemos lo ocurrido con Rita... Y quisiera contarle algo que quizá pueda ayudar.

— Pues, cuéntalo.

— No es que yo crea que Rita robe el dinero... Pero... Bueno... Es otra cosa, que tiene que ver con la pobre Bente Winther.

— ¿Qué pasa con Bente?

— La han culpado de algo que no ha hecho. Rita no lo sabe, pero yo vi como pintaba la puerta con su barra de labios. También vi que Bente, más tarde, intentaba quitar la pintura, cuando la señorita Meyer la sorprendió. Bente es una compañera estupenda, y me da lástima pensar que ha sido castigada por algo que no hizo.

— Tienes razón, Ingeborg — asintió la señorita Moeller —. Gracias por tu información.

Cuando la chica se hubo marchado, la directora quedó pensativa. Ella había sospechado desde el principio que Puck no era culpable del retoque de la puerta. Así pues, Rita era la responsable, y si era demasiado cobarde para confesar su culpa, en tal caso no se le podía dar demasiado crédito a sus protestas de inocencia.

La señorita Moeller se encontraba en un buen apuro. Hubiera deseado mantener a la policía fuera del asunto, y por otro lado sería muy desagradable para ella hablar con el señor Holst, el padre de Rita.

La directora encendió uno de sus grandes puros, como era su costumbre, sobre todo cuando tenía que resolver serios problemas; sin embargo, no llegó a ninguna solución satisfactoria.

* * *

Puck estaba sentada en «Las Rosas», mirando pensativa ante sí. ¿Qué habría ocurrido de nuevo para que Rita fuese llamada otra vez a la dirección? Naturalmente «Torbellino» no había robado aquel dinero; ni hablar de ello. Pero en aquellos instantes lo tenía todo en contra de ella. ¿Qué hacer para ayudar a la chica?



Ayudarla. Puck sonrió con amargura. Acababa de sacar a su amiga de un apuro. Sin embargo, la cosa se había puesto mucho más difícil, por no decir imposible. ¿Quién sería el ladrón?

Puck meditaba sobre aquella cuestión, mientras sus ojos seguían a una mosca en un rayo de sol. ¿Quién era el ladrón? Todo el mundo podía entrar en las habitaciones. Todos. Las alumnas, los profesores, el joven pintor, los dos albañiles que trabajaban en el pasillo... Todos podían entrar libremente.

Pero, por desgracia, sólo habían visto a «Torbellino», y ella no era la culpable. Era completamente ridículo pensar que la hija de un

millonario robase trescientas coronas, cuando su padre le daba cuanto dinero ella le pedía. ¿Por qué iba a hacerlo, si no fuera una cleptómana? ¿Sería «Torbellino» una cleptómana? No. Resultaba estúpido pensar algo semejante. Se trataba de dinero, robado de la estantería de un armario, y los cleptómanos suelen apoderarse generalmente de lo que tienen ante sí, sin reflexionar si tiene valor o no. Se trata de una enfermedad, y esos enfermos son los primeros en sufrir por ella.

Rita regresó del despacho de la directora y dijo con brevedad:

— Ya está.

— Ya está ¿qué? —preguntó Puck—. ¿Capturaron al ladrón?

— No, pero han descubierto que fui yo quien pintó la puerta con mi barra de labios. Tu sacrificio ha sido inútil. La señorita Moeller sabía toda la historia. No sé quién demonios se habrá chivado. Y ahora «El Vejestorio» no cree ni una sola palabra mía. ¿Sabes lo que me gustaría hacer?

— No.

— Largarme de aquí, y en seguida.

— ¡Vaya idea tonta! Entonces creerían que te remuerde la conciencia. Y eso no es el caso, ¿verdad?

— No. Por lo menos en lo que respecta a las trescientas coronas. En lo de la pintura de la puerta puse encantada las cartas boca arriba. Estaba muy molesta conmigo misma por haberte dejado cargar con la culpa. Ahora me siento mucho mejor. Pero eso no ha cambiado nada a los ojos del «Vejestorio». Me cree capaz de cometer a sangre fría un robo a mano armada.

— ¡Ya será menos!

— Bueno; de momento está lejos de confiar en mí, aunque me da exactamente lo mismo. ¡Yo no robé el dinero de «Las Siamesas»!



Puck había quedado con Navio y Karen para ir al «Tívoli» por la noche.

Después de la lluvia, el tiempo había cambiado y prometía hacer una noche templada. Primero habían pensado llevarse también a «Torbellino», pero, debido al castigo, no fue posible. Puck no sintió remordimientos por ello. Si «Torbellino» hubiera sido su mejor amiga, se hubiera quedado a hacerle compañía, naturalmente; pero Rita era sólo una compañera de clase con quien compartía la habitación.

Durante un instante, Puck creyó que su noche en el «Tívoli» iba a fracasar, porque la llamaron al despacho de la directora. Eso siempre podía significar algo desagradable. Sin embargo, no fue tan desagradable como Puck había imaginado, aunque la señorita Moeller se mostrara muy severa al decir:

— No estaba equivocada. Intentaste encubrir a una amiga, y a eso lo llamo yo compañerismo mal entendido. Comprendo muy bien tus motivos para mentirme. Sabías que la situación de Rita en este colegio era delicada, mientras que a ti, por ser la primera vez, no podía ocurrirte nada grave. Sin embargo, esto no te disculpa. Como directora de este colegio, exijo que me contesten con honradez cuando pregunto.

Ya con más amabilidad terminó:

— Comprendo tus motivos para encubrir a Rita. Tengo en cuenta el factor humano. Por ello recibirás, a pesar de todo, el premio en libros; pero al mismo tiempo una seria advertencia por haber mentido. Y puedes estar segura de que he sido muy indulgente contigo.

— Muchas gracias —murmuró Puck.

La directora sonrió débilmente:

— Y no hablemos más del asunto, Bente; tengo suficientes cosas en qué pensar.

Puck comprendió lo que la directora quería decir y observó:

— Estoy segura de que Rita no robó ese dinero, señorita Moeller. Su padre le da todo el dinero que quiere, y sé que le dio quinientas coronas hace un par de días. Me lo dijo.

— ¿Cuándo te lo dijo?

— Ayer por la tarde.

— Gracias, Bente —dijo la directora con amabilidad—. Eso es todo.

Cuando Puck se hubo marchado, la directora encendió otro puro.

* * *

En el tranvía, camino del «Tívoli», Karen y Navio estaban algo intimidadas. No les gustaba en absoluto como iban las cosas. Al final Karen exclamó:

— Bueno, Puck, más vale que lo sepas todo de una vez.

— ¿A qué te refieres? —preguntó su amiga.

— Sobre Rita y nosotras.

Y Karen lo confesó todo sobre las burlas a «Las Siamesas».

— Sé — concluyó — que hemos cometido una estupidez manteniéndote al margen de esto, Puck, pero pensábamos que no te gustaría nuestra idea. Ahora resulta que «Torbellino» se ve envuelta en un horrible jaleo. Y tú tendrás que ayudarle.

— ¿Yo?

— Eres una experta en casos difíciles, y éste no será peor.

Puck sonrió.

— Me siento muy halagada por vuestra confianza; pero, aún poniendo todos mis esfuerzos en ello, no veo qué pueda hacer yo. Sé con seguridad que «Torbellino» no tiene nada que ver con el robo. Sin embargo... ¿Cómo queréis que encuentre al verdadero

ladrón?

— Es fácil para ti — opinó Navio.

— No digas tonterías — dijo Puck sonriente - Es un hecho que «Torbellino» entró en la habitación de «Las Siamesas», aunque todo el mundo puede haber entrado. La única pista que tenemos es que el ladrón debía de saber que la habitación estaba vacía, y eso tampoco es seguro. Así quedan sólo unos sesenta o setenta sospechosos de haber entrado en la habitación: alumnas, profesoras, sirvientas, las cocineras, el pintor y los albañiles... Y quizás algunas otras personas que no conocemos.

— No renunciarás a investigar, ¿verdad? — preguntó Karen seria.

—¿Renunciar? — se extrañó Puck con un sonoro suspiro—. ¿Qué os habéis creído? Aunque no sé por dónde voy a empezar. Éste es un caso que debe llevar la policía, si hay que interrogar a sesenta o setenta personas.

— ¿Por qué no les avisa la señorita Moeller?

— Es fácil de comprender — contestó Puck, encogiéndose de hombros—. La señorita Moeller protege el buen nombre y la intachable fama de su instituto. No quiere que haya un escándalo público. Claro que «Torbellino» puede exigir una investigación policíaca, pero seguramente no sabe que tiene derecho a ello.

En aquel momento, el tranvía paró cerca de la Estatua de la Libertad. Las tres amigas demostraron aquella noche que uno se puede divertir en el «Tívoli» sin gastar mucho dinero. Subieron a algunas atracciones, y tomaron helados y «perros calientes». En las noches de verano, el «Tívoli» era como un país encantado, con sus millares de bombillas multicolores, sus restaurantes profusamente iluminados, sus fuentes que cambiaban de color, sus variadas atracciones y muchas otras cosas más. El «Tívoli» había ganado a pulso su fama mundial.

Durante la temporada turística, idiomas de los cinco continentes zumban allí como mosquitos en una noche de verano. Eran casi las diez de la noche. Las tres amigas pasaban por delante de uno de los más elegantes restaurantes, con terraza al aire libre, del parque.

— Mirad, chicas. Allí están Vera y el albañil — dijo Navio.

Puck y Karen siguieron su indicación y vieron a Vera, la muchacha del último curso, y al joven albañil Viggo Madsen, el que

trabajaba en la fachada del instituto. El mozo vestía con mucha elegancia, y también Vera lucía sus mejores galas.

Sobre la mesa, junto a una gran fuente de comida exótica, había un par de botellas de vino de marca.

— ¡Vaya! —exclamó Karen—. Lo pasan a lo grande. Ojalá Vera no se olvide de la hora.

En aquel momento, Vera vio a sus compañeras de colegio. Dijo algo a su acompañante, se levantó y fue hacia ellas, sonriendo.

— ¡Hola, chicas! —dijo con voz alegre—. El mundo es un pañuelo. Venid a la mesa. Viggo quiere invitaros a tomar una copa.

— No, gracias — dijo Puck, rápidamente —. Son ya las diez, y debemos estar de vuelta antes de las once.

— ¡Ya lo sé! —se quejó Vera—. Es una hora estúpida. Viggo y yo lo estamos pasando tan bien... ¡No repara en gastos!

— ¿Vuelves con nosotras al colegio?

— Aún no. Viggo se ha gastado doscientas coronas esta noche conmigo. No puedo dejarle así, de pronto. Sé que me llevará en taxi.

— Si no puedes venir ahora — dijo Puck —, podemos encontrarnos luego junto a la estatua de «Pierrot», a las diez y media. Podemos pagar un taxi entre todas. ¿Qué te parece?

Vera vaciló antes de contestar:

— Está bien. Me reuniré con vosotras a las diez y media.

— ¡Hola, muchachitas! — gritó Madsen eufórico, saludándolas con la mano desde la mesa —. Venid a tomar una copa.

Puck ignoró la invitación y dijo rápida:

— Vámonos. Ese Madsen está ya algo bebido.

— También Vera ha bebido lo suyo —observó Navio—. ¡Menudo escándalo si la profesora de guardia la ve así!

Las tres amigas dieron otra vuelta y, a las diez y media, se acercaron a la estatua de «Pierrot». Vera no había llegado aún. Según pasaban los minutos, las muchachas se intranquilizaban. Ya no podían esperarla durante mucho tiempo más.

Miraron en todas direcciones, pero no la vieron. Ya era tarde y decidieron regresar. En el camino, reclinada en el asiento trasero del taxi, Puck estaba muy pensativa. El asunto de Vera terminaría mal, no cabía duda. Pero había otra cuestión. Puck había tenido una de sus repentinas inspiraciones.

Las tres amigas llegaron al colegio a las once menos cinco. El señor Olsen, el portero, les abrió la puerta de la verja y las saludó con amabilidad.

Puck devolvió el saludo, confusa. Tenía ganas de preguntarle si Vera había regresado, pero no se atrevió. El portero era muy buena persona, pero sabía sus obligaciones, y a la más pequeña anomalía informaba a la directora.

Puck sospechaba que Vera no había regresado aún. Pero aquello no era asunto suyo, sino de Vera. En la puerta del edificio, Puck se despidió de sus amigas:

— Voy a dar una vuelta por el jardín — dijo.

— ¡Vaya idea! —bostezó Navio—. Deberías irte a dormir. ¿Tienes que ver a alguien, acaso?

— Sí — sonrió Puck —; a la naturaleza. Buenas noches.

Puck se alejó por el césped iluminado por la luz de la luna. Caminando a lo largo del muro, Puck notó que la tierra aún estaba blanda, después de la lluvia de la tarde. Bajo la ventana de «Las Siamesas» se detuvo. Dio unos pasos hacia atrás, mientras examinaba concienzudamente la blanda tierra, y logró encontrar lo que buscaba: dos hoyos rectangulares se dibujaban claramente en el suelo.

Después de una rápida ojeada hacia la habitación de «Las Siamesas», se fue con paso ligero hasta el sendero y tomó un par de puñados de gravilla para llenar los dos hoyos. Las maniobras de Puck podían parecer misteriosas, pero la muchacha tenía sus buenas razones para obrar así.

Muy cerca de allí se oyó el murmullo de unas voces. Puck se escondió con rapidez tras unos matorrales y se quedó inmóvil. Un momento después vio dos siluetas a la luz de la luna. Eran Vera y el albañil. Debían de haber escalado el alto muro del jardín, para que Vera pudiera evitar al portero. Pero, ¿cómo entraría ella en su habitación?

La respuesta llegó en seguida. Madsen colocó la escalera que usaba para las reparaciones de la fachada, bajo la ventana abierta de la habitación de Vera, y ésta subió.

Puck suspiró aliviada cuando vio que Vera entraba en su habitación. El albañil desapareció en dirección al muro. Cuando

tuvo la certeza de tener el camino libre, Puck salió de su escondite y se acercó a la pared. Se detuvo junto a la escalera y la contempló detenidamente. Luego asintió satisfecha.

Cinco minutos más tarde entró silenciosamente en «Las Rosas». La habitación estaba a oscuras.

— ¿Eres tú, Puck? —sonó una voz desde el rincón.

— Sí.

— ¡Hola! ¿Os habéis divertido?

— Mucho — contestó Puck mientras encendía la luz.

En pocas palabras contó su salida, pero no mencionó para nada a Vera ni al albañil. Mientras Puck se desvestía, preguntó:

— ¿Hay alguna novedad?

— Ninguna.»

— ¿Bajaste a cenar?

— No pienso probar bocado mientras se sospeche de mí. «La Mocasines» vino a buscarme, pero la mandé a la porra. Y parecía muy contenta.

— Contenta, ¿por qué?

— Supongo que le di nuevo motivo para quejarse al «Vejestorio». Sus feos ojos brillaban como brasas cuando se marchó. ¡No puedo verla ni en pintura!

— No se lo digas — sonrió Puck.

— Me gustaría..., pero me expulsarían del colegio.

Puck subió a la cama y dijo a su compañera:

— Navio y Karen me lo han contado todo sobre vuestras bromas.

— ¡No me digas! —comentó «Torbellino» sin gran interés—. No está bien por su parte.

— ¿Por qué no? Esperan qué yo pueda ayudarte.

— ¿Cómo?

Puck sonrió:

— Yo también me lo pregunté al principio, créeme; sin embargo ahora estoy segura de que todo será aclarado muy pronto. A no ser por el miedo de la señorita Moeller al escándalo, todo estaría ya resuelto; si hubiera llamado en seguida a la policía, quiero decir. «Torbellino» asintió con energía:

— Sí, hubiera sido lo mejor. Mañana por la mañana exigiré que el «Vejestorio» avise a los «polis». Si no lo hace, acudiré a mi papá. Puedes estar segura de que armaré jaleo.

— Tranquilízate, «Torbellino». Ya no hace falta la policía.

— ¿Qué? —preguntó la chica asombrada.

— Antes del almuerzo, el caso habrá concluido, y nadie sospechará más de ti.

— ¿Qué dices? —exclamó «Torbellino», saltando de la cama—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

— Bueno, me limitaré a decir que hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de resolverlo; además, no creo que el uno por ciento que falta tenga importancia. No quiero decir más por ahora. No puedo correr el riesgo de que tú, siendo tan impulsiva, me vayas a estropear el juego. Aún me hacen falta un par de pruebas.

Puck apagó la luz y bostezó:

— ¡Que duermas bien, «Torbellino»!

— Pero, Puck...

— No pienso decirte más. Ya estoy dormida.

* * *

Al día siguiente, durante el recreo, Puck estuvo muy ocupada. Buscó a Jens Petersen, que seguía pintando flores en las puertas, y le preguntó sin rodeos:

— ¿Se ha enterado usted del robo de ayer?

— Sí, no he podido evitarlo. Todos hablan de lo mismo. ¿Por qué me lo preguntas?

Puck vaciló antes de contestar:

— Es un asunto muy delicado. Rita Holst ha sido acusada.

— No parece ser una muchacha de las mejores.

— ¡No tiene usted derecho a hablar así! — le recriminó Puck—. Comprendo muy bien su actitud hacia ella, después de lo que hizo con su pintura, pero eso no significa que sea una ladrona.

—No, claro — admitió el joven a regañadientes.

— El robo fue cometido por la tarde. ¿Trabajaba usted aquí?

— Sí, estaba dando esmalte a las pinturas.

— ¿Vio entrar a alguien en la habitación de la señorita Elsie?

— Sólo vi a Rita Holst. Estuvo dentro sólo unos segundos y, además, dejó la puerta abierta. Entonces fue cuando la señorita Elsie la sorprendió y ella salió corriendo. No vi más; pero quizá los dos albañiles sepan algo más.

Sin embargo, los dos albañiles no añadieron nada importante a

lo dicho por Jens Petersen. Estaban arreglando el techo y las paredes, mientras cantaban a pleno pulmón. Ambos habían trabajado el día anterior cerca de la habitación de «Las Simesas», pero tampoco habían visto entrar a nadie que no fuera a Rita Holst.

— ¿Permaneció mucho rato en el cuarto?

— El tiempo de dar nosotros un par de brochazos.

— ¿Un par de segundos, nada más?

— Seguro, jovencita. Pero, ¿por qué demonios te interesa tanto?

¿Trabajas para la policía?

— Sólo durante las vacaciones — sonrió Puck y se despidió.

Detrás del edificio encontró al albañil Viggo Madsen que estaba mezclando cal en un cubo. Se levantó al verla y rió con impertinencia.

— ¡Hola, nenita! ¿Por qué no querías tomar una copa anoche?

— Porque debíamos regresar antes de las once —contestó Puck con sequedad—. Por cierto que Vera también debía regresar a esa hora.

— ¡Vaya por Dios! Esto parece una cárcel; pero por suerte ella se mostró tan sensata como para saltarse el reglamento, y todo nos salió a pedir de boca.

Y sonrió ampliamente mientras señalaba la escalera:

— Con ayuda de un artefacto como éste, no hace falta preocuparse por los reglamentos. ¿Te gustaría salir conmigo esta noche?

— No, muchas gracias.

— ¡Nos divertiríamos mucho!

— Sí, sería maravilloso — dijo Puck con ironía —. Pídaselo a Vera; ella parece más dispuesta. Yo no recibo invitaciones de extraños «caballeros».

Madsen rió. Era demasiado tonto para darse cuenta de la ironía que Puck había puesto en la palabra «caballeros».

— Está bien, preciosa. Si cambias de opinión, dímelo. Nos divertiremos mucho. Y para el regreso contamos con la escalera.

Puck sentía aversión hacia aquel presumido, tan seguro de su atractivo masculino. Le parecía increíble que una muchacha pudiera enamorarse de un tipo así, con la cabeza llena de serrín en vez de cerebro.

— ¿Se ha enterado usted del robo de las trescientas coronas?—

preguntó Puck de sopetón.

— Sí; Vera me contó algo — admitió el albañil —. Dice que fue tu compañera de habitación quien las robó.

— Hasta el momento, sólo sospechan de ella — contestó Puck con brusquedad—. ¿Estuvo usted ayer por la tarde trabajando aquí? Toda la tarde, quiero decir.

— Sí, menos durante el recreo, cuando llovía tanto.

— ¿Vio usted rondar a alguien por los alrededores?

— No; a nadie.

— ¿Seguro?

— Naturalmente, tengo ojos en la cara y sé usarlos. ¿Por qué estás tan interesada?

— Porque quiero librar a mi amiga de sospechas.

— Será difícil.

— Ya veremos —contestó Puck, evasiva, y se despidió del albañil con una leve inclinación de cabeza.

— Si cambias de opinión, nenita —gritó Madsen—, me encontrarás aquí. Te prometo una noche alegre.

Ella ni siquiera se dignó contestar. Poco antes de empezar la clase, Puck entró en el aula. Casi todas las alumnas se habían sentado ya. La profesora, la señorita Meyer, aún no había llegado. «Torbellino» tampoco. Puck salió rápidamente y subió a su habitación. Allí encontró a su amiga mirando pensativa ante sí.

—Va a comenzar la clase — anunció Puck, jadeando —. Date prisa, «Torbellino».

Su compañera movió la cabeza:

— No pienso moverme de aquí. Durante toda la mañana, las demás me miraban como si fuera un animal sarnoso. Además, le toca a «La Mocasines» dar la clase... No, gracias, no voy.

— Pero ¡eso puede costarte caro, «Torbellino»!

— ¿Y a mí qué? Pienso continuar la huelga hasta verme libre de sospechas.

— Nadie sospechará ya de ti.

— ¿Cómo es eso?

— Sí, te lo prometo. Ahora estoy segura al ciento por ciento; pero no tengo tiempo de explicártelo. ¡Date prisa, caramba!

— ¿No me engañas?

— No. Confía en mí. ¡Vamos!

— Está bien.

Cuando las dos muchachas entraron en el aula, la señorita Meyer ya estaba sentada tras su mesa. Había iniciado su explicación. Con fingido asombro, miró a las recién llegadas y dijo:

— ¡Vaya! Aquí tenemos a Bente y a Rita. Llegan con un par de minutos de retraso. Os pondré una mala nota en mi libreta negra.

— Como guste, señorita — dijo «Torbellino».

— ¿Qué dices? —hipó la señorita Meyer.

— Dije: como guste, señorita. Por mí ya puede continuar su explicación.

La profesora estuvo a punto de desmayarse ante tal impertinencia. Las risas a hurtadillas se oían en toda la clase. «La Mocasines» no era muy popular entre sus alumnas. Después de la acusación de robo, «Torbellino» había sido tratada con dureza por sus compañeras; pero en aquel instante tenía la simpatía de todas.

— Rita —dijo la profesora con dureza—. Voy a ponerte otras dos malas notas, y debes dar gracias de que no me queje a la directora.

— ¡Un millón de gracias! — contestó Rita con ironía.

— ¡Siéntate!

—A la orden.

Mientras sus compañeras reían, Puck y «Torbellino» se sentaron. La clase fue reanudada, pero a la señorita Meyer le fue difícil concentrarse en su lección de alemán. Había una mirada maliciosa en sus ojos cuando se dirigió a Rita y le preguntó:

—Como sabes contestar tan bien, quizá sepas qué preposiciones van con el acusativo.

Rita se levantó y salmodió:

—*Durch, für, gegen, ohne, wieder, um...*

—El orden alfabético está mal — atajó la señorita Meyer casi con alegría —. Detrás de *Um* va *wieder*.

«Torbellino» asintió amable:

—Ya sé que durante siglos se han dicho así; pero yo prefiero decirlas de esta forma: «*durch, für, gegen, ohne, wieder, um..., wer kennt nicht Akkusativ, sie ist sehr dumm*» (Por, a, hacia, sin, contra, alrededor de..., la que no se sabe el acusativo es una tonta).

Sus compañeras se reían a carcajadas. La profesora se había puesto lívida.

—¡Silencio! —chilló.

Cuando se hubo restablecido la calma dijo:

—¡Fantástico, Rita! A ver si la directora encuentra tu poesía tan graciosa como tus compañeras.

A Puck no le gustó la situación en absoluto ni tomó parte en el jolgorio general. No es que a ella le gustase «La Mocasines», pero «Torbellino» había empeorado las cosas.

A pesar de que no faltaba mucho para que se viera libre de sospechas, las muchas malas notas en la libreta negra de la señorita Meyer hablarían en su contra. Eso suponiendo que la comprensiva señorita Moeller no lo tomara como parte de la rebeldía de la traviesa muchacha.

Había que desear lo mejor.

* * *

Después de la clase, Puck bajó corriendo al despacho de la directora. Encontró a la señorita Moeller fumando uno de sus grandes puros.

—¡Buenos días, Bente! —saludó—. ¿Qué se te ofrece?

—Le ruego que llame usted en seguida a la Brigada Criminal.

—¿A la Brigada Criminal? —hipó la señorita Moeller, a punto de ahogarse con el humo de su puro—. Pero, ¿por qué?

—Rita Holst no robó aquel dinero... Y yo he encontrado al verdadero culpable.

La directora se sorprendió tanto que dejó su puro en el cenicero. Normalmente, era una mujer tranquila con mucha sangre fría, pero en aquellos instantes se sentía confusa.

—¿Que tú has encontrado al ladrón? —preguntó perpleja—. ¿Quién es?

—Me gustaría decírselo primero a la policía, señorita. ¡Ejem!... Así nadie se precipitará. Este caso es muy difícil; pero le aseguro que no estoy equivocada.

—Estás muy segura de lo que dices, Bente.

—Sí, y tengo mis motivos. Si usted llama a la policía, no habrá escándalo...; mejor dicho, así lo evitará, porque Rita está dispuesta a hablar con su padre, como es natural. Pero podríamos evitarlo si la policía viene pronto. Confíe usted en mí, señorita Moeller, y llámela en seguida.

—Está bien, Bente. Lo haré.

Cuando Puck hubo abandonado el despacho, la directora tomó

de nuevo su puro del cenicero y marcó un número en el teléfono.

* * *

En muy pocas ocasiones se mostraba Puck nerviosa o intranquila; pero en aquellos momentos lo estaba. Repasando los hechos, le pareció seguro que había encontrado pruebas decisivas para culpar al ladrón. Sin embargo...

Quedaba una duda. No era la primera vez que un cúmulo de pruebas contundentes caían al suelo como un castillo de naipes, y eso que no había considerado la posibilidad de que la acusación de Elsie fuera falsa. Quizá ni siquiera le habían robado, y ella había tenido alguna extraña razón para acusar un robo. Nadie podría ni probarlo ni negarlo. No obstante, aquella solución parecía increíble.

Poco a poco, Puck se convenció de que había encontrado la solución. Al menos ya no podía echarse atrás. Había que seguir el juego hasta el final.

Mientras esperaba a la policía, evitó a sus compañeras; incluso a «Torbellino», por temor a tener que dar unas explicaciones que prefería guardar para la policía. Sentía ganas de meterse en la piscina, pero no se atrevía a alejarse demasiado del despacho de la directora.

Veinte minutos más tarde un automóvil se detuvo ante la entrada principal del instituto. Había llegado la Brigada Criminal. Poco después Puck entró en la oficina donde la señorita Moeller dio una breve explicación de lo ocurrido a los dos agentes.

— Es un asunto muy delicado para mi colegio — concluyó —, sin embargo esta joven, cuyo nombre es Bente Winther, insiste en haber descubierto al ladrón y tener suficientes pruebas en contra del mismo.

— ¡Hum! —exclamó uno de los agentes con escepticismo y se volvió sonriente hacia Puck—. A veces la gente está convencida de haber resuelto un caso criminal, y casi siempre se equivoca. Sin embargo, señorita, puede que usted haya encontrado alguna pista que nos ayude. ¿Quiere por favor contamos lo que sabe?

Puck asintió seria:

— Voy a empezar desde el principio: Mi compañera de habitación, Rita Holst, ha sido acusada del robo. Sin embargo, es inocente. Es cierto que ella entró en el cuarto del suceso ayer por la tarde; pero permaneció sólo unos segundos. Fue allí para dejar una

nota y en tan poco tiempo era imposible que registrase toda una habitación. El billetero y el dinero se encontraban escondidos en un armario...

— ¿Cómo sabe usted todo esto, señorita? —la interrumpió el agente.



—Hay tres testigos. Todos afirman que Rita estuvo un instante dentro y salió corriendo. Son el pintor Jens Petersen y dos albañiles que estaban trabajando en el pasillo. Si les preguntan, confirmarán lo que he dicho.

— ¿Había estado Rita Holst anteriormente en aquel cuarto?

— No, nunca. Las muchachas del último curso no se tratan con las del segundo.

— ¡Hum! Comprendo. ¿Qué más sabe?

— El pintor y los dos albañiles afirman estar seguros de que nadie más entró en el cuarto por la puerta. Lo hubieran visto. Eso quiere decir que el ladrón entró por la ventana.

— ¿Por la ventana?

— Sí; por la ventana que da al parque. El ladrón se llama Viggo Madsen, y en estos momentos trabaja allí; es albañil.

La directora soltó una exclamación de sorpresa. El agente comentó con sangre fría:

— Es una acusación muy seria, señorita Winther. Debe usted probarla antes de que nosotros podamos hacer algo.

— Puedo probarlo —aseguró Puck tranquila—. Ayer por la tarde

me crucé con ese Madsen y me pidió un cigarrillo. Se excusó diciendo que no tenía ni un céntimo; sin embargo, horas más tarde pudo gastar doscientas coronas en el «Tívoli».

— ¿Cómo lo sabe?

— Dos amigas mías y yo le vimos allí. Y nos enteramos por casualidad de que había gastado esa cantidad.

— Sí, admito que resulta extraño; pero esto no prueba nada.

— Aún hay más pruebas en contra de él. Ayer por la tarde amenazaba lluvia. Todas las ventanas estaban cerradas menos la de Elsie. Lo recuerdo porque esa chica se burló de mí diciendo que me iba a mojar.

— Bien; siga.

— Madsen utiliza una escalera alta para su trabajo. Y sólo tiene que revocar la pared del lado sur del edificio. ¿No es verdad, señorita Moeller?

La directora asintió:

— Sí, las otras fachadas no necesitan reparación.

— Sin embargo, ese albañil colocó su escalera bajo la abierta ventana de Elsie.

— Vaya — exclamó el agente con interés —. ¿Cómo lo sabe usted?

— Por un detalle — sonrió Puck —. Bajo la ventana de Elsie hay dos hoyos rectangulares en la tierra que había reblandecido la lluvia: marcas de la escalera. No hay ninguna duda, porque la distancia entre ambas marcas corresponde a la anchura de la escalera.

— ¿Aún existen esos hoyos? — preguntó el agente de policía.

— Yo creo que sí — contestó Puck —. Los vi ayer noche y los llené con gravilla del sendero, para evitar que se borrasen en caso de lluvia. Si baja usted al parque, se convencerá.

Los dos agentes cambiaron una mirada que hablaba por sí misma.

— Debo admitir que sabe usted utilizar sus ojos y oídos, señorita Winther — dijo uno de ellos —. Juntando todas estas pruebas, llego a la misma conclusión que usted... pero es sumamente importante encontrar las marcas de escalera.

— Las encontrará.

— Está bien; pero, para más seguridad, vamos a cerciorarnos.

¿Llevas tu cinta métrica, Sivertsen?

— Sí.

— ¿Quiere usted acompañarnos, señorita Moeller?

— Desde luego.

El pequeño grupo salió al parque. La directora fumaba con gestos nerviosos su gran puro. Se volvió hacia Puck y le preguntó:

— No habrás cometido una estupidez, ¿verdad, Bente?

— Yo no — contestó Puck con sequedad —; pero el ladrón, sí.

El albañil Madsen estaba en lo alto de su escalera cuando el pequeño grupo pasó junto a él. Los miró de reojo, pero continuó su trabajo. Nadie parecía preocuparse de él. Bajo la ventana de Elsie, Puck se detuvo y señaló con el dedo los dos hoyos llenos de gravilla.

— Ahí tiene usted su prueba... Ya pueden usar la cinta métrica.

— ¡Adelante, Sivertsen! — dijo el inspector.

El policía obedeció y, un momento después, informaba a su jefe:

— Hay cincuenta y seis centímetros y medio entre uno y otro.

— Bien, ahora vamos a examinar la escalera.

Entretanto, Madsen había bajado de la escalera. Estaba nervioso y sus ojos vagaban de un lado a otro.

— Compruebe usted la medida, Sivertsen — dijo el policía con tranquilidad.

— Hace exactamente cincuenta y seis centímetros y medio. Se trata de la misma escalera. Las medidas son exactas.

El agente de la Brigada Criminal se volvió hacia el albañil, que se había puesto muy nervioso, y le espetó con brusquedad:

— Ayer fueron robadas trescientas coronas de una habitación y hemos descubierto que...

No tuvo tiempo de decir más porque el albañil empezó a correr hacia el muro del jardín. Los dos agentes eran tan rápidos como él, y no tardaron en darle alcance. Puck se volvió hacia la directora:

— ¿No cree usted que esta huida es toda una confesión, señorita Moeller?

La directora aspiró el humo de su puro y asintió:

— Estoy segura, Bente. Has hecho un buen trabajo.

* * *

Las pruebas contra Viggo Madsen eran tan abrumadoras que confesó en el acto. Al registrarle, sólo le encontraron cien coronas. El resto lo había gastado la noche anterior en el «Tívoli».

El emocionante final del caso se divulgó por todo el colegio en menos que canta un gallo.

Como es natural, «Torbellino» estaba entusiasmada, y aún lo estuvo más cuando la directora le dijo:

— Todos podemos equivocarnos, Rita, como yo en este caso; sin embargo, no toda la culpa fue mía. Por otra parte, Bente Winther ha demostrado ser un buen detective y una compañera de primera... ¡Ejem! Y te ofrezco mis disculpas.

Con una sonrisa añadió:

— Tienes algunas malas notas en la libreta negra de la señorita Meyer; pero le he dado orden de borrarlas, pues comprendo perfectamente tu estado de ánimo durante las últimas veinticuatro horas. Con eso creo que hemos terminado con este desagradable asunto, ¿verdad?

— ¡Desde luego! — declaró «Torbellino».

Cuando Rita hubo abandonado el despacho, la directora meneó sonriente la cabeza; luego encendió otro puro. El entusiasmo entre las alumnas era general. Se sentían contentas de que la traviesa muchacha se viera libre de sospechas. «Las Siamesas», sin embargo, no participaban de aquella alegría. Vera, por otra parte, tenía miedo.

— Esto es horrible, Puck — le dijo Vera en un aparte —. No tenía ni idea de que Viggo gastara dinero robado. Ahora seguramente me expulsarán.

— Nada de eso — le tranquilizó Puck—. Tu nombre no ha salido

en todo este asunto. Nadie sabe nada de ti. Por ello me permito decirte ahora que estoy muy enfadada contigo. Es asunto tuyo salir con un tipo como Viggo Madsen; también el que bebas vino y esas cosas. Pero fue muy mezquino por tu parte dejarnos plantadas junto a la estatua de «Pierrot». En vez de acudir a nuestra cita, te dejaste acompañar por ese tipo, un vil ladrón.

— ¡Perdóname, Puck! —dijo Vera, acongojada, y le tendió la mano—. Comprendo que me he portado como una idiota.

Puck le estrechó la mano y rió:

— Está bien, Vera. Pero ten más cuidado en el futuro.

— Lo haré, Puck; puedes estar segura.

— Estupendo, Vera... Así, al menos, este triste asunto habrá dado algún resultado.

Por la tarde hubo gran animación en «Las Rosas». Puck y «Torbellino» habían invitado a Navio, Karen y Jill a su habitación. «Torbellino» había ido de compras, y no faltaba nada en lo que a golosinas se refiere: refrescos, pasteles, fruta confitada y chocolate.

La anfitriona declaró, con humor negro:

— ¡Adelante, chicas! Comed; no son cosas robadas.

La golosa Navio exclamó entusiasmada:

— ¡Qué chocolate más bueno! No se come una cosa así todos los días.

— Come pues.

No era necesario animar a Navio. Sus amigas tampoco se mostraban tímidas y el ambiente pronto se caldeó. La ruidosa fiesta se podía oír en todo el edificio. De pronto se abrió la puerta y apareció la señorita Meyer. Contempló al pequeño grupo con fastidio y gruñó:

— Basta de ruido, muchachas. No dejáis estudiar a las demás.



«Torbellino» estuvo a punto de contestar con mordacidad, pero

Puck se le adelantó diciendo:

— Perdóneme usted, señorita Meyer, pero estamos tan contentas del desenlace que queremos celebrarlo. —Y concluyó, burlona —: Además, tenemos permiso de la directora. Así que, en realidad, su intervención está fuera de lugar. ¡Adiós, señorita!

Durante un instante, «La Mocasines» se quedó perpleja; luego cerró la puerta de golpe.

Las cinco amigas estallaron en risas. Karen hipó, medio ahogada:

— Te has superado a ti misma, Puck. Nunca te había oído usar ese tono con una profesora.

— Quizá se deba a la edad, hijita — dijo Puck con ironía —. Además, entre nosotras, puedo decir que nunca había tenido que enfrentarme con tan desagradable ejemplar de la raza humana como es la señorita Meyer.

La alegre fiesta continuó. Nadie pensaba en los deberes. En este aspecto, Puck había podido tranquilizar a sus amigas con una noticia que fue acogida con entusiasmo: la directora había dado el día libre a las cinco. Era estupendo estudiar cosas útiles, pero también era fabuloso disfrutar de un día libre para descansar y hacer todo lo que se les antojase..., o casi todo.

Jill fue la más entusiasmada de todas por aquel inesperado día libre. Decidió llamar a su madre y le pidió que le prestara el coche y el chófer para ir a dar un paseo por el norte de Selandia con su nueva amiga.

Puck sonrió alegre al ver el desbordante entusiasmo de la pequeña ex estrella de cine.

¡Qué diferencia de esta Jill con aquella «vedette» que había conocido durante su estancia en Irlanda! Ya no quedaba nada de aquella caprichosa niña. Se había convertido en una muchacha resuelta y simpática. ¡Ojalá durase!

Navio atrapó con glotonería un nuevo bombón relleno, y dijo:

— Han sido unos días formidablemente palpitantes. Por cierto; ¿cómo creéis que regresó Vera ayer noche?

— No tengo ni idea — contestó Puck evasiva.



Después del desagradable lío del robo, Puck pensó que Rita iba a ser más pacífica. La muchacha había recibido un buen susto y debía aprovechar la lección. Sin embargo, el optimismo de Puck resultó ser excesivo. Un día, al entrar Puck en «Las Rosas», encontró a «Torbellino» sentada junto a la ventana, contemplando el jardín con una expresión de aburrimiento en la cara.

— ¿Qué, «Torbellino»? ¿Empezamos a estudiar? —propuso Puck. Su compañera hizo un gesto de fastidio:

— Estoy hasta la coronilla de esos estúpidos deberes. Es para volverse loca tener que tragarse tanta sabiduría. Odio las matemáticas, el francés, y la historia del Arte. Matisse, Degas, Renoir, o como se llamen todos esos vejestorios, no me interesan lo más mínimo.

— Pero algún día estarás contenta de haber aprendido algo sobre los grandes maestros de la pintura.

— ¡Vete al cuerno! Tampoco me importa un pito saber algo sobre los cosenos, las tangentes, el teorema de Pitágoras y todas esas tonterías. ¿Para qué te sirven, cuando haces vida social? Sólo en caso de que tengas como vecino de mesa a un profesor de matemáticas y, por fortuna, ya no quedan muchos de esos carcamales llenos de moho.

Como en otras ocasiones, a Puck le divertía el lenguaje populachero de su amiga. Sin embargo, esperaba que «Torbellino»

olvidase aquella su jerga antes de iniciar su vida social.

La traviesa muchacha arrojó un par de libros de texto sobre su mesa y se puso a hojearlos sin gana. De repente, exclamó desesperanzada:

— Me volveré loca si no ocurre algo emocionante en este condenado colegio. Me aburro como una ostra.

A Puck no le entusiasmaron las palabras de su amiga. Tenía el presentimiento de que «Torbellino» había dado la señal de alarma.

* * *

Puck tenía algo en qué pensar. Sospechaba que las dificultades con Rita iban a comenzar de nuevo, aunque la muchacha temiera tanto ser expulsada del colegio. Su padre la había amenazado con mandarla a un internado en Suiza si originaba problemas en el «Instituto Clara Moeller», y para Rita aquello era una horrible amenaza.

Aunque sólo conocía los internados suizos por referencias, tenía el presentimiento de que eran lugares terriblemente aburridos, y si había algo en este mundo que Rita no soportarse, era aburrirse.

Puck pensaba que aquella reacción era normal. «Torbellino» era una chica muy mimada y consentida. Seguramente sus padres le habían dejado hacer cuanto se le antojaba, y ella se había convertido en una fierecilla incorregible, siempre dispuesta a la acción.

Sus padres, sin embargo, se habían opuesto a su deseo más ardiente: estudiar para profesora de gimnasia y natación. Resultaba extraño que la muchacha hubiera visto cumplidos todos sus deseos menos aquél que significaba tanto para ella. Quizá tenían la idea de que tal profesión no era lo suficientemente elegante para su hija, aunque ésta mostrara enormes disposiciones precisamente para aquellas cosas.

«Torbellino» dominaba la gimnasia y la natación con maestría. Saltando del trampolín era algo único. Puck, que también saltaba, sabía apreciar aquel elegante deporte, y reconocía que no podía competir con Rita. Después de clase hubo reunión en «La Flor de Guisante», la habitación de Karen y Navio. Puck necesitaba confiarse a sus dos amigas, las cuales, en muchas ocasiones, habían sabido ayudarle.

La conversación giraba en torno a «Torbellino», pero Karen

reaccionó con mucha serenidad diciendo:

— No te anticipes a los problemas, Puck. Después del asunto con «Las Siamesas», ella sabrá comportarse, aunque se aburra.

— ¿Crees que «Torbellino» piensa enfrentarse con «Las Siamesas» de nuevo? — preguntó Navio con velada emoción.

Puck se encogió de hombros:

— Cuando se aburre es difícil saber lo que piensa hacer.

— Menos mal que estamos las tres para frenarla —intervino Karen.

—Sí, tienes razón — admitió Puck con una débil sonrisa—, pero lo principal es que pueda contar con vosotras en caso de apuro.

— Tenlo por seguro —ofreció Navio, entusiasmada.

Karen dio su aprobación con un gesto de cabeza. Puck se sintió mejor y más segura. Con sus dos amigas como aliadas, los problemas se resolverían más fácilmente.

* * *

La profesora Dagmar Ebbesen daba clases de Geografía e Historia Universal. Era una mujer robusta, de unos cincuenta años, y de un humor exuberante. Entre sus alumnas era muy popular, seguramente porque no usaba el sistema de la libreta negra.

Había momentos en que se sentía tentada a usarla, por ejemplo cuando «Las Siamesas» llegaban tarde a sus clases y hacían una entrada como reinas en el destierro. La señorita Ebbesen tenía una forma muy amena de explicar sus asignaturas. No seguía los textos de los libros a rajatabla, sino que en ocasiones escogía otros temas que tuvieran interés para sus alumnas.

Aquel día estaban todas muy animadas porque la profesora había prometido explicarles la evolución de los perfumes y maquillajes a través de la Historia. Como éste era un tema de especial interés para las muchachas del último curso, se mostraron irritadas cuando Greta y Elsie entraron, como siempre, después de haberse iniciado la clase.

La señorita Ebbesen les echó una mirada severa, pero «Las Siamesas» se portaron con tanta arrogancia como siempre y se sentaron juntas en su mesa. Ni siquiera se dignaron disculparse por su retraso. Con la mirada clavada en las dos presumidas, la señorita Ebbesen comenzó con ironía:

— Bien, chicas; como al fin estamos todas reunidas, voy a

cumplir mi promesa y contaros algo sobre perfumes y maquillaje a través de las épocas. Quizás alguien opine que es un tema sin importancia, pero no es así.

«Muchas mujeres que ejercieron gran influencia en la Historia Universal, utilizaron los productos de belleza como medio para conseguir sus fines. Las sustancias olorosas y fragantes han sido usadas desde hace millares de años. Se han encontrado perfumes y afeites en las tumbas de faraones egipcios que reinaron cuatro mil años antes de nuestra Era. Algunos tarros de ungüentos han conservado su fragancia hasta hoy en día.

Al notar el interés de las muchachas, continuó, animada:

— Los ungüentos estaban compuestos normalmente de grasa, resina y algo de bálsamo. Otros pueblos civilizados, como el griego y el romano, se bañaban con frecuencia y luego untaban sus cuerpos con óleos y ungüentos perfumados.

»La famosa..., o quizá la difamada, Cleopatra se pintaba los párpados y las cejas de negro, y se ponía sombras verdes bajo los ojos. Cleopatra sabía muy bien lo que hacía y, como sabéis, logró enamorar al gran César, y más tarde a Marco Antonio.

»Sin embargo, a pesar de sus encantos, su belleza y sus cosméticos, no logró impresionar a Augusto, a quien quizá no le gustaba la mezcla de colores de su cara, y se quitó la vida dejándose morder por un áspid.

— ¿Fue una mordedura perfumada? — preguntó Greta con cara inocente.

La señorita Ebbesen no se inmutó por la impertinente pregunta y contestó tranquila:

— La Historia no nos ha aclarado este detalle, Greta; pero yo me inclino a creer que no estaba perfumada. ¿Algo más?

— No, gracias.

— Bien; sigamos, entonces. Las pomadas para los labios eran conocidas por lo menos tres o cuatro mil años antes de Jesucristo, y la alheña fue utilizada para teñirse las uñas y las palmas de las manos. En el Antiguo Testamento existen alusiones sobre la fabricación y uso de los cosméticos.

»Al principio, la elaboración fue muy sencilla; pero, poco a poco, la humanidad aprendió a extraer el perfume de las flores por destilación y a hacer aguas olorosas. Estos perfumes meridionales y

orientales fueron traídos a Europa por los cruzados, que deseaban ofrecer algo insólito a sus damas.

«Durante el Renacimiento, entre 1500 y 1600, el uso de cosméticos se redobló, sobre todo el de perfumes, porque durante aquella época, en muchos aspectos tan brillante, la higiene personal era escasa. El perfume ayudaba a disimular los malos olores corporales, y así evitaban lavarse. Procedimiento poco recomendable éste que, por fortuna, sólo es seguido por una mínima parte de las mujeres de hoy en día.

Como veía que Greta y Elsie se movían inquietas en su banco, les echó una mirada severa y ordenó:

—¡A ver si os estáis quietas!

—Pero...

—¡Silencio!

Las alumnas que estaban sentadas en tomo a «Las Siamesas» también empezaron a moverse. Giraban la cabeza y olfateaban, perplejas. La señorita Ebbesen pareció no darse cuenta, porque continuó su explicación:

—Poco a poco, el uso de cosméticos fue tan grande que se convirtió en problema político. En el año 1770 fue propuesta la siguiente ley en el Parlamento inglés: «Todas las mujeres, cualesquiera que sean su edad, cuna, profesión o educación, doncellas o viudas, que, usando fragancias, maquillajes, aguas cosméticas, etcétera, seduzcan a un súbdito de Su Graciosa Majestad para que contraiga matrimonio, serán castigadas según la ley de brujería, y el matrimonio declarado nulo.»

Hubo risas divertidas y la profesora continuó:

—Las cosas no ocurren así hoy en día, pero es triste que, tanto mujeres jóvenes como mayores, abusen del maquillaje. La cosmética debe ser usada de forma discreta para hacer resaltar la belleza natural de una persona, o para disimular algún defecto. Lo mismo ocurre con el perfume. Muchas mujeres parecen ducharse con perfumes vulgares, y se convierten en un verdadero tormento olfativo para quienes las rodean.

—¡Y que lo diga! —exclamó Vera—. ¡Vaya peste hay aquí!

La profesora iba a reñirle, pero en aquel instante «Las Siamesas» se levantaron de sus asientos como movidas por un resorte, mientras lanzaban agudos chillidos. En la tapicería de sus sillas

había unas manchas oscuras, y un olor dulzón y penetrante de perfume vulgar se propagaba por toda el aula. La profesora bajó rápidamente hasta la mesa de «Las Siamesas» y preguntó:

—¿Qué habéis hecho?

Greta frotó la mano por su falda húmeda y contestó molesta:

—Nosotras no hemos hecho nada. Sin duda se trata de una broma pesada. ¡Uf, qué olor más molesto!

Toda la clase se reunió en torno a la mesa de las dos inseparables cuando la señorita Ebbesen descubrió lo que en realidad había pasado. Bajo la tela de los asientos habían sido colocadas dos bolsitas de plástico con perfume, que se habían reventado al sentarse las dos jovencitas.

Las alumnas rompieron a reír a carcajadas, y «Las Siamesas» tuvieron que soportar muchas burlas.



—¡Vaya perfume más vulgar habéis empezado a usar! — les decían.

—¿Queréis imponer la moda de perfumarse las posaderas?

—¿Habéis ido de rebajas?

—¿Asistís a una recepción en la Corte esta noche?

—No lograréis quitaros esa peste antes de Navidad.

—¿Me dais la dirección de vuestra perfumería? Ese olor es irresistible.

— ¡Socorro, socorro, voy a desmayarme con tanta fragancia!

Entre las muchachas del último curso, Greta y Elsie no gozaban de gran popularidad debido a su arrogancia. En aquel momento, sus compañeras lo demostraban con su alegría al verlas convertidas en el hazmerreír de todos.

«Las Siamesas» estaban coloradas como tomates, y echaban chispas de rabia. Como la ruidosa alegría continuaba, la señorita Ebbesen intervino con severidad:

—¡Silencio! ¡Esto no es divertido! Además, deseo saber quién es

la autora de esta pesada broma... Bien; estoy esperando.

La clase quedó sumida en un profundo silencio. Las chicas se miraban de reojo. Era evidente que aquello no era obra de Greta y Elsie, porque estaban furiosas. Pero, entonces, ¿de quién era obra?

Todas ellas sabían de antemano que la señorita Ebbesen iba a hablar sobre perfumes, y la broma era apropiada a la ocasión. Entre las veinte alumnas que componían la clase, «Las Siamesas» sólo tenían amistad con siete u ocho. Cualquiera de las restantes podía ser la culpable.

—Bien... ¿Nadie confiesa? —preguntó la profesora impaciente.

Al ver que ninguna contestaba, continuó con severidad:

—Pues lo siento por vosotras. Como bien sabéis, no me gusta quejarme a la directora; pero en este caso me veré obligada a hacerlo. Abrid las ventanas, a ver si logramos que se vaya este olor. No puedo seguir dando clase así. Voy a hablar con la directora.



Tan pronto hubo desaparecido la profesora, empezó la tormenta.

—¡Sois todas unas cobardes! —declaró Greta, furiosa.

—¡Calla! —le interrumpió una—. En todo caso, lo será la culpable mientras no confiese.

—¿Por qué no lo hizo ya? —rugió Elsie—. ¡No podremos quitar nunca este asqueroso olor de nuestros vestidos!

—Quizás a vuestros novios les guste ese perfume —se le escapó a Valborg Fritzen, que no podía ver a «Las Siamesas» ni en pintura.

—¡Imbécil! — chilló Elsie excitada, y su exclamación fue seguida de una sonora bofetada en la mejilla de Valborg.

Pero aquella bofetada fue una estupidez por parte de la atacante que, un segundo después, se encontraba pataleando de rabia en el suelo. Valborg era una de las mejores deportistas del colegio y tenía conocimientos de jiu-jitsu. Había agarrado a Elsie con una «llave» y la había derribado.

Al ver a Elsie por el suelo, todas rompieron a reír a carcajadas; incluso las que se consideraban amigas de «Las Siamesas» se divertían de lo lindo. Elsie se puso en pie y, durante un momento, quedó indecisa. Desde luego, se le habían quitado las ganas de abofetear otra vez a Valborg, así que tomó el brazo de su inseparable amiga y dijo con voz temblorosa:

—Vámonos, Greta; no quiero estar ni un minuto más con esta piara.

Al salir, las dos amigas intentaron mostrarse arrogantes, pero no hubo forma. La risa les siguió hasta el pasillo.

Luego fueron abiertas de par en par todas las ventanas del aula.



Como era de suponer, el incidente, corregido y aumentado, se supo en todo el colegio a los pocos minutos. Casi todas las chicas se regocijaron por la broma recibida por «Las Siamesas».

No hay que decir que Valborg Fritzen se convirtió en la heroína del día, porque había sabido darle una buena lección a Elsie.

¿De quién había salido aquella idea del perfume? ¿Quién de las muchachas del último curso se confesaría autora de la hazaña? En el colegio no se habló de otro tema en todo el día.

Las chicas de tercero tuvieron que presentarse en el despacho de la directora, pero no se sacó nada en limpio.

La señorita Clara Moeller las fue recibiendo sentada tras su mesa de trabajo, con una mirada severa tras las gruesas gafas de concha y un puro encendido en la mano. Fumaba ininterrumpidamente mientras duraba el interrogatorio, y en ocasiones golpeaba la mesa con sus gafas, como era su costumbre cuando algo le molestaba o estaba enfadada. Pero todo fue en vano.

Todas se declararon inocentes y al final la directora perdió la paciencia.

— Así pues sólo queda una solución —concluyó tras reunirías a todas—. Como es natural. Greta y Elsie no han planeado esta broma pesada, así que la culpable es una de vosotras. Voy a daros la última oportunidad para confesar. Si no, ninguna de vosotras podrá salir durante el próximo fin de semana.

Miró en derredor y preguntó con sequedad:

— ¿Bien, muchachas?...

Pero su pregunta no encontró más que silencio, y la señorita Moeller continuó, tranquila:

— Estoy en contra de los castigos colectivos, los cuales alcanzan a todas porque la culpable es demasiado cobarde para confesar; sin embargo, en este caso, no veo otra solución. Que la culpable es una de vosotras, es evidente, y sólo me queda lamentar que en mi colegio haya alguien que permita el castigo de sus compañeras porque ella es una cobarde.

Golpeó la mesa con sus gafas por última vez y declaró:

— Esto quiere decir que Greta y Elsie serán las únicas que podrán salir del colegio este fin de semana.

* * *

Cuando Puck se enteró de lo ocurrido, quedó confusa. ¿Habría hecho «Torbellino» una de las suyas?

La chica no podía soportar a «Las Siamesas» desde que la habían acusado de ladrona, y por sus malos tratos a la pequeña Jill O'Flanagan. ¿Había tenido posibilidad la traviesa muchacha de planear aquella broma? Era muy hábil e inteligente y, estando

enterada de que la señorita Ebbesen iba a dar una clase sobre cosmética y perfumes, podía habersele ocurrido la descabellada idea. En tal caso, tampoco hubiera tenido dificultades para poner su plan en práctica.

En «La Flor de Guisante», Puck discutió el asunto con Karen y Navio. Esta última encontraba muy divertido que «Las Siamesas» hubieran sido víctimas de aquella burla, y sonreía ampliamente:

— Es muy posible que «Torbellino» haya hecho una de las suyas; sin embargo, no escuchará ningún reproche de mi parte — dijo —. Todo lo contrario. Además, no tienes ninguna prueba contra ella.

— Es sólo una sospecha — admitió Puck con súbita sequedad.

— De todas formas, no creo que nosotras podamos hacer nada — dijo Karen con sensatez —. Igual que Navio, opino que «Las Siamesas» se lo merecían. Esas arrogantes presumidas son una verdadera plaga en el colegio. ¿No opinas igual, Puck?

— Claro. No son muy simpáticas ni me gustan nada, pero quienes me preocupan son sus compañeras, que no podrán ir a sus casas este fin de semana.

Navio y Karen estaban de acuerdo con ella en esto, pero tampoco podían hacer nada. Puck volvió pensativa a «Las Rosas». Encontró la habitación vacía, lo cual significaba que «Torbellino» se divertía en la piscina. Por la ventana entraban las risas y gritos de las que jugaban allí.

Se sentó en la silla ante su mesa de trabajo, y dejó correr la vista por toda la habitación.

Poco después entró «Torbellino», y encontró a su amiga absorta en sus pensamientos. Saludó, alegre:

— ¡Hola! ¿Por qué estás aquí encerrada? Tienes cara de malas pulgas.

— Sólo estoy pensando.

— Déjalo. Te dará dolor de cabeza. ¿Tienes problemas?

— No se puede decir que tenga problemas. ¡Ejem! Pero llevo un rato admirando el bonito frasco de perfume que tienes en tu estantería. Si te interesa mi opinión, es un frasco demasiado hermoso para contener un perfume tan malo. Si piensas utilizarlo para el próximo baile en el colegio, no te sacará nadie a bailar.

— Tienes razón. Es un perfume muy vulgar; voy a tirarlo.

— A «Las Siamesas» tampoco les gusta.

Durante un instante, «Torbellino» se quedó confusa. Luego se dejó caer en un sillón y dijo:

— Está bien, Puck. Tú ganas. Yo lo hice.

— Lo suponía.

— Bueno, ¿y qué? ¿Quieres que vaya a pedirles perdón a «Las Siamesas»?

— Eso es cuestión de tu propia conciencia, «Torbellino». De todos modos, el asunto se ha complicado tanto que sólo la directora puede decidir. Además, temo que sea una cuestión desagradable para ti.

— Nadie tiene pruebas contra mí.

— Yo sí.

— ¿Tú? —dijo «Torbellino», atónita—. Bueno, sí, claro;, pero no pensarás chivarte. ¿Crees que fue una broma demasiado pesada?

— Si quieres saberlo, te diré que te has pasado de la raya, aunque las otras chicas piensen lo contrario. Quizá «Las Siamesas» se lo merecían, pero siento lástima por sus compañeras de clase.

— ¿Por qué?

— ¿No te has enterado del interrogatorio en el despacho de la señorita Moeller?

— No...

— Ha llamado a todas las de tercero pero, como es lógico, nadie se ha confesado culpable, y todas han sido castigadas. Ninguna de ellas podrá salir del colegio durante este fin de semana..., ¡excepto «Las Siamesas»!

«Torbellino» se quedó un momento mirando ante sí en sombrío silencio. De repente, se levantó y abandonó la habitación sin decir palabra. Llena de asombro, Puck la vio marchar. ¿Qué pretendía aquella chiflada? ¿Iría en busca de «Las Siamesas» para empeorar las cosas? Tratándose de ella, podían esperarse las reacciones más sorprendentes. Puck suspiró y trató de estudiar, pero le fue difícil concentrarse. Era un problema muy serio. Ella, desde luego, no denunciaría a su compañera, pero ¿cómo terminaría aquel desagradable asunto?

Era muy comprensible la manía que la incorregible bromista les tenía a «Las Siamesas»; sin embargo, aquella guerra no podía seguir. Concluyó diciéndose que ya era demasiado tarde para remediar nada. Puck intentó concentrarse en su libro. Después de haber leído

una página entera, se dio cuenta de que no había comprendido ni una sola palabra. Lo intentó de nuevo, pero con el mismo resultado.

Iba a releer la página por tercera vez cuando la puerta fue abierta y «Torbellino» entró. Su cara mostraba obstinación y tristeza al mismo tiempo, pero sólo dijo una frase:

— Asunto concluido. Me han echado del colegio.

* * *

Puck puso a un lado su libro de texto y repitió confusa:

— ¿Que te han echado del colegio? ¿Cómo ha ocurrido?

«Torbellino» estaba a punto de llorar, aunque se esforzaba por mostrarse valiente. Se sentó frente a su compañera y le dijo:

— No me gustaba que las otras chicas fueran a pagar por algo que no habían hecho, así que bajé al despacho de la señorita Moeller y se lo conté todo.

— Ya veo —asintió Puck en voz baja—. ¿Qué pasó entonces?

La muchacha hizo una mueca.

— Primero, «El Vejestorio» me dijo unas palabras amables porque había ido a confesar. Luego me castigó con tres días sin salir de la habitación. Yo estuve de acuerdo, claro. También acepté pagar la limpieza de la ropa de «Las Siamesas». Pero, cuando me mandó pedirles disculpas a esas cretinas, salté, como puedes comprender.

— ¿Te negaste?

— ¡Claro! ¿Qué te crees? Bueno, en realidad acepté disculparme con ellas, si ellas lo hacían primero por haberme acusado de robo.

— ¿Y qué te dijo la señorita Moéller?

— Dijo que no quería hacer ningún trato, y que su sentencia era firme. ¿No te parece una injusticia? ¡Imagínate! ¿Yo debía ir de rodillas a pedirles perdón a esas estúpidas presumidas? ¡Ni hablar! Me importan un comino... ¡Todo el colegio me importa un comino! «El Vejestorio» me dio dos horas para pensarlo. Si no cambio de opinión, me expulsarán.

— Cambia de opinión, pues — propuso Puck, tranquila.

— No. Y no quiero discutirlo más.

Durante un momento, Puck guardó silencio, mientras repasaba mentalmente los hechos.

«Torbellino» había demostrado ser una compañera de primera al confesar su culpabilidad para que no fuesen castigadas injustamente las veinte muchachas del último curso; pero luego se preguntó:

¿Había sido justa la directora en su sentencia?

Tres días sin salir era un castigo leve, la limpieza de la ropa y la disculpa también eran justas; pero «Torbellino» había exigido que las dos muchachas se disculpasen también con ella por haberla acusado de robo. Era una petición comprensible, aunque por otra parte también era natural que la señorita Moeller no estuviera dispuesta a negociar sobre esta cuestión. Si hubiera cedido, cualquier otra alumna, al ser castigada, intentaría poner condiciones. Y eso no sería bueno para la disciplina del colegio. Decididamente, no se podía acusar a la señorita Moeller de injusta.

Puck dio una palmada en el hombro de su amiga:

—Cálmate, «Torbellino». Aún te quedan dos horas para pensarlo. Supongo que no querrás ir al internado de Suiza, ¿verdad?

— Lo preferiría mil veces antes de darles una disculpa a esas...

—contestó la chica con decisión—. Ponte en mi lugar, Puck. Es horrible ser acusado de un robo, sobre todo si luego no se disculpan siquiera contigo. ¿Por qué no les exigió «El Vejestorio» que se disculpasen conmigo? ¿Era pedir demasiado?

Hubo unos segundos de silencio.

— No —admitió Puck con honradez—. Pero... quizá la señorita Moeller lo olvidó.

— Entonces, yo también tengo derecho a «olvidar» y... No; no quiero discutirlo más.

La voz de Rita se tornó aguda:

— Nadie me comprende... ¡Nadie!... ¡Os odio a todas!

— Pero, Rita...

— ¡Cállate con tus tonterías! — chilló su amiga, excitada—. No quiero hablar con nadie. Os odio... No puedo más...

Le dio la espalda, y se echó sobre su cama. Poco después sollozaba con tal fuerza que Puck se asustó y se acercó para intentar consolarla; pero sólo recibió una contestación histérica.

— ¡Vete!... ¡Vete de aquí!

Puck salió de la habitación. Una vez en el pasillo se quedó vacilando, sin poder decidirse. ¿Qué podía hacer? Era evidente que su amiga estaba tan excitada que podía terminar con una depresión nerviosa. ¿Serviría de algo avisar a la directora? Ojalá en su ausencia la temperamental muchacha no cometiese alguna tontería.

De pronto, Puck tuvo una idea y corrió hacia la habitación de

sus amigas. Las encontró estudiando. En pocas palabras les puso al corriente de lo ocurrido y concluyó:

— Voy a llamar al padre de «Torbellino», pero vosotras debéis cuidar de ella en mi ausencia. Está tan excitada que puede cometer cualquier locura. Si no podéis con ella, llamad a la directora. Confío en vosotras.

—Descuida, Puck.

Ésta advirtió:

— No le digáis que he ido a telefonear a su padre.

— Ve tranquila. Nos ocuparemos de todo.

Y Puck salió corriendo de la habitación.

* * *

El director Erik Holst era un hombre de negocios muy ocupado. Era dueño de una empresa muy importante y en aquellos momentos tenía tanto trabajo que se molestó cuando la telefonista de la centralita le anunció que una tal señorita Bente Winther deseaba hablar con él.

— ¿Bente Winther?... —dijo irritado—. ¿Quién es y qué quiere?

— Es compañera de colegio de su hija, señor director, y dice que el asunto es muy importante.

— Está bien; hablaré con ella.

Al principio el atareado director se mostró frío; sin embargo, cambió de actitud cuando Puck le explicó en pocas palabras la seriedad del caso. Acordaron encontrarse media hora más tarde en la esquina de Strandvejen, no muy lejos del «Instituto Clara Moeller».

Por regla general, Puck no se ponía nerviosa, pero en aquellos momentos lo estaba. Además, se sentía preocupada por su compañera. Su crisis había sido muy violenta. Ojalá Karen y Navio pudiesen con ella hasta la llegada del señor Holst, pensaba. Sería horrible que la chica cometiese una locura.

Un lujoso automóvil se detuvo al lado de Puck y, un instante después, estaba sentada junto al señor Holst, que lo conducía. No le gustó aquel hombre. A pesar de su elegancia, resultaba glacial, aunque en aquellos momentos mostrase cierta preocupación por su hija.

Puck tuvo que explicarle otra vez lo ocurrido. El director la escuchaba con las cejas fruncidas. Al final dijo con una voz casi

amable:



—Has sido muy gentil preocupándote tanto por Rita. A veces, es una fierecilla indomable.

— No estoy de acuerdo con usted, señor Holst — dijo Puck con calor—. En realidad, Rita es una chica extraordinaria, y no dudo que sería una muchacha feliz si usted cumpliera su más ardiente deseo.

— ¿Qué deseo? —preguntó sorprendido el director.

— Convertirse en profesora de gimnasia y natación.

— ¡Hum! Mi esposa y yo tenemos planes educativos más importantes para nuestra Rita. Es la única forma de ser alguien en este mundo.

— Pero ¡Rita sólo desea enseñar gimnasia y natación!

El director Holst la interrumpió en tono seco:

— Dejaremos eso por ahora. Mi tiempo es muy valioso y tengo que hablar en seguida con la directora. ¿Vienes conmigo?

— Gracias; prefiero caminar —contestó Puck y se apeó del automóvil.

Cuando iba a cerrar la portezuela, el señor Holst dijo:

— Espera un momento, hijita... Rita me ha contado que tienes dos buenas amigas en el colegio, ¿verdad?

— No, en realidad tengo tres. Se llaman Karen, Lise y Rita.

— Estupendo, Bente — asintió Holst y su cara se iluminó con

una amplia sonrisa que favorecía mucho a aquel hombre de negocios—. Cuando termine de hablar con la directora, no habrá más problemas, y quisiera invitarte a ti y a tus amigas a pasar el próximo fin de semana en mi finca del norte de Selandia. ¿Sabes montar a caballo?

— Sí, y me entusiasma — contestó Puck, radiante.

— La equitación es un gran deporte — asintió el señor Holst —, y no nos faltan caballos en la finca. Así que os espero el sábado.

— Bueno... Muchas gracias..., pero todo depende de su conversación con la directora.

— No te preocupes. Todo saldrá bien.

— Así lo espero — murmuró Puck.

Pero no parecía muy convencida cuando Holst la dejó. Él estaba demasiado seguro de que cada deseo suyo era ley. Al parecer, no conocía bien a la señorita Moeller. Ella no se dejaría sobornar, por muchos millones que tuviera el director Holst.

Puck emprendió el regreso de muy mal humor. No creía que de la conversación entre el director Holst y la señorita Moeller saliera nada bueno.



Puck iba a recibir una de las mayores sorpresas de su vida. No supo de qué habían hablado el director Holst y la señorita Moeller, pero el feliz resultado fue que la directora modificó su sentencia, y «Torbellino» sólo tuvo que pagar la factura de la tintorería a «Las Siamesas».

—Lo pagarás de tu propio bolsillo, Rita — dijo, severo, el padre.

— Me parece muy razonable, papáito — asintió la muchacha.

En realidad, aquello no era para ella un gran sacrificio, porque cuando no tenía más dinero su padre le daba lo que le pedía. En varias ocasiones le había extrañado a Puck aquella actitud. Era muy irresponsable. ¿Cómo iba a conocer «Torbellino» el valor del dinero? Lo gastaba con gran despreocupación, como si su padre estuviera en posesión de todos los tesoros del mundo.

Después del incidente del perfume, Rita parecía haberse calmado. Sin embargo, a Puck le inquietó la tranquilidad de su amiga. «Torbellino» no era una chica que pudiera estarse quieta por largo tiempo. Sin duda no pasarían muchos días antes de que la fierecilla sacara las uñas de nuevo.

* * *

A las doce en punto, un lujoso automóvil con chófer uniformado ante el volante se detuvo frente al colegio. Era uno de los coches del director, señor Holst. Puck, Karen, Navio y Rita subieron a él para ir a la finca del norte de Selandia. En el camino charlaron animadamente. Para Rita, aquello no era nada nuevo, pero sus amigas estaban ilusionadas. Tenían el presentimiento de que la finca del director Holst era algo fuera de lo común. Y no quedaron decepcionadas.

La finca, llamada «Frederiksholm», tenía la extensión de una hacienda grande, con una gran mansión, establos y cuadras, y pequeños anexos rodeados por un maravilloso parque.

Puck y sus amigas estaban entusiasmadas, mientras que Rita no parecía concederle una importancia especial. Ella ya estaba acostumbrada a todo aquello.

Cuando el coche se detuvo frente a la impresionante escalera de piedra labrada, Rita se apeó y dijo alegre:



— ¡Venid conmigo, chicas! Vamos a pasarlo bomba.

Seguida de las otras, entró corriendo y cruzó un elegante vestíbulo. De pronto sonó una voz autoritaria:

— Pero, niña, ¿qué forma de correr es ésta? ¿No sabes andar?

— ¡Hola, mamá! —saludó Rita con despreocupación—. Éstas son mis tres amigas. Me ayudarán a derribar esta cabaña durante el fin de semana. Hemos decidido divertirnos como vacas en un campo de coles.

— ¡Rita! ¡Cuida tu lenguaje! —recriminó la señora Holst con las cejas fruncidas—. ¿No aprenderás nunca a hablar un danés distinguido?

— No. Me quedé en tierra. Esas solemnes y vacías frases que pronunciáis durante las cenas, no son para mí.

— ¡Rita!

— Bien... No te enfades, mamá.

Con un gesto de renuncia, la madre se volvió hacia las chicas para darles la bienvenida. Sus palabras eran amables, pero Puck pensó que así debía de sonar la voz de la reina cuando recibía a personas que le eran indiferentes, en un baile de la Corte.

La señora Holst era una mujer hermosa y elegante. Su vestido, un modelo de París, hacía resaltar su belleza. Los rasgos correctos de su cara sólo eran afeados por la severidad de su boca. Sin duda, la señora Holst sabía lo que quería. Mientras el chófer se ocupaba de subir el equipaje, la señora Holst dijo:

— Ha sido una buena idea, Rita, traer a tus amigas... pero supongo que sabrás que tu padre y yo vamos a asistir a una cena esta noche.

— No lo sabía, pero eso no es ninguna novedad. Lo pasaremos bomba de todos modos.

— ¡Rita! — sonó de nuevo la voz llena de reproches.

— Está bien. ¿Qué culpa tengo yo de que tú y papá seáis unos anticuados? ¿Volveréis tarde?

— Supongo que la cena durará hasta bastante tarde.

— ¡Yupii! —exclamó «Torbellino», entusiasmada—. Tenemos toda la cabaña para nosotras solas. Celebraremos una gran fiesta.

— Pórtate bien, Rita —le rogó su madre.

— ¡Si no hago otra cosa que portarme bien! No hay otro remedio en ese colegio de mala muerte.

— Estoy segura de que tus amigas no hablan así.

— No; aún no las tengo amaestradas. Bueno... Vamos a ver las madrigueras donde vais a dormir. ¡Adelante, chicas!

En camino hacia las habitaciones para los huéspedes, o las «madrigueras», como «Torbellino» las llamaba, Puck se había quedado pensativa. La vida familiar del director Holst, su mujer y Rita le parecía un tanto extraña. Los padres asistían de continuo a cenas y a grandes fiestas, mientras la chica tenía que contentarse con un segundo lugar. No parecía afectarle en absoluto, pero ¿era verdadera su aparente despreocupación?

Puck lo dudaba. Pensaba que la consentida hija del millonario, en su interior, era una niña triste y solitaria, que tenía dificultades para encontrar seguridad en la vida.

Las «madrigueras» resultaron ser unas habitaciones fabulosas, con baño particular. Había suficientes para que cada una tuviese la suya propia, pero las muchachas prefirieron estar juntas de dos en dos, y escogieron un par de habitaciones contiguas. Puck se sentó en un confortable sillón y dijo.

—¡Esto es fabuloso!

—Sí, no está mal — admitió Rita —. La casa de tu padre en Copenhague también debía de ser bonita, ¿verdad?

—Sí; maravillosa. Pero no era ni la mitad de elegante que ésta.

— ¿Y qué importancia tiene eso? Tu padre te quiere mucho, ¿no?

— Sí, ya lo creo.

— Entonces, ¿qué más quieres? Todo lo demás no importa un comino. ¿No te parece?

Puck notó cierta amargura en la voz de su amiga. Al parecer, se encontraba en el mismo caso que la pequeña Jill O'Flanagan quien,

a pesar de su brillante carrera cinematográfica, no tenía lo más importante: unos padres cariñosos.

* * *

Hacía un par de años que el director Erik Holst había comprado la finca «Frederiksholm» y, gastándose una fortuna, no sólo había restaurado la impresionante mansión principal, sino que había organizado una granja digna de admiración, donde la agricultura le daba buenos beneficios cada año.

El señor Holst era negociante hasta la punta de sus dedos, y cuando gastaba una cantidad de dinero era porque esperaba recuperarla, y con creces. Los establos eran modélicos en lo que respecta a limpieza y mecanización: azulejos blancos hasta el techo, iluminación moderna, máquinas de ordeñar eléctricas, forrajeo y abrevado automático para los animales y, naturalmente, también la limpieza era automática.

A Puck lo que más le gustó fue la cuadra de los caballos. Como todo el trabajo del campo se hacía con tractores, no había animales de tiro, pero sí seis preciosos caballos de montar, de piel brillante, bien alimentados, sin que les sobrara un solo gramo de grasa.

Puck los miró maravillada. En el pensionado de Egeborg había montado con frecuencia junto con Annelise, y se había convertido en una excelente amazona. Uno de los caballos era, en opinión de Puck, más bonito que los restantes. Le acariciaba el cuello y el blanco hocico y, a juzgar por la expresión de los ojos del animal, parecía que disfrutaba con aquellos mimos.

— Éste es el que más me gusta de todos — dijo Puck alegre—. ¿Cómo se llama?

— «Pinto» —contestó su dueña—. Es un caballo de primera y un buen saltador. Pero lo encuentro lento.

— ¿Lento? —se sorprendió Puck—. Pues no lo parece.

— Puede ser. Yo prefiero a «Cayo». En ocasiones, es casi indomable; ojalá siga así. Es muy divertirlo montarlo.

— ¿Tienes permiso de tu padre para hacerlo?

«Torbellino» se encogió de hombros:

— Si no preguntas, no obtienes negativas. Me ha hecho caer un par de veces, pero no importa. Aún no me he roto el cuello.

— Ten cuidado, «Torbellino».

— ¿Para qué? Si una se rompe el cuello, se acabaron los

problemas.

Puck creyó notar de nuevo cierta amargura en tales palabras, aunque, para una fierecilla como aquella Rita, lo natural era montar el caballo más brioso.

— Cuando mis padres se hayan ido a su fiesta, daremos un largo paseo a caballo ¿eh, Puck? —dijo «Torbellino»—. ¿Sabes conducir una motocicleta?

— No sé. No lo he intentado nunca.

— Es condenadamente divertido — declaró la traviesa muchacha—. Tengo una aquí con escape libre; así se puede ir más aprisa.

— Pero eso está prohibido.

«Torbellino» hizo una mueca:

—Me importa un bledo; muchos chicos van en motos con escape libre.

— Sí, y se matan por la misma razón — dijo Puck con seriedad.

Cinco minutos más tarde, «Torbellino» dio una demostración de carrera, en la especialidad de «campo traviesa», montada en su moto con escape libre.



Sin ninguna preocupación, saltaba sobre campos y colinas, y en más de una ocasión pareció que iba a caerse.

— Está completamente chiflada — opinó Navio, pálida —. Si sigue así, tendremos que llamar a la ambulancia en seguida. Es... ¡Ay!

Sus palabras terminaron en un grito de angustia. En aquel instante, la moto patinó y cayó, mientras su conductora salía despedida y terminaba en el suelo.

Las tres amigas corrieron aterrorizadas hacia el lugar del accidente, esperando encontrar a su compañera malherida, pero la terrible chiquilla ya se había puesto en pie, aunque con cierta

dificultad. Su ropa estaba rota y sucia, pero ella había salido bien librada con un par de arañazos.

— ¡Qué vergüenza, chica! — exclamó, cojeando un poco —. Siempre ocurre algo cuando una quiere mostrar sus habilidades.

* * *

Cuando «Torbellino» y sus amigas iban a subir a sus habitaciones para cambiarse de ropa, la señora Holst se cruzó con ellas en el vestíbulo. Cuando vio el aspecto de su hija, juntó las manos con una expresión de horror en su cara:

— Pero, niña, ¡cómo te has puesto!

— Sí, no estoy muy elegante — admitió la chica con sequedad —. Tendré que cambiarme.

— Pero ¿qué ha ocurrido, querida niña?

— ¡Ay, mamá! —gruñó «Torbellino», fastidiada—. Deja ya de llamarme niña a todas horas. Mis amigas creerán que aún uso pañales.

— Quizá debieras llevarlos, si no sabes cuidarte mejor. ¿Te caíste otra vez de la moto?

— Sí, y con estrépito. Pero aterricé bien. Vámonos, chicas.

A pesar del daño sufrido, subió la escalera saltando con la ligereza de un cabrito, mientras sus amigas la seguían a paso moderado, algo intimidadas por la situación.

No había sido agradable presenciar la escena entre madre e hija, pensó Puck, pero por otro lado comprendió que «Torbellino» se irritara al oírse llamar continuamente «niña»

o «querida niña», y cosas por el estilo. Debía de resultar fastidioso tener que oír aquellas tonterías durante mucho rato.

Habían alcanzado el rellano, cuando la madre llamó:

— ¡Rita!

— Dime, mamá.

—Mañana mismo pienso regalar tu moto.

— ¡Estupendo! Ya es muy vieja, y así podré comprarme el último modelo.

Sin esperar la contestación de su madre, entró corriendo en la habitación donde, con movimientos rápidos, se quitó la ropa para luego tirarla en un rincón. Finalmente, se metió en la ducha.

Puck, entretanto, se quedó pensativa. Por un lado, era horrible que una muchacha como «Torbellino» pudiera disponer de tanto

dinero. ¿Qué pasaría si sus padres caían en la bancarrota? No sería la primera vez que una cosa así le ocurría a un millonario. En ese caso, la chica estaría perdida.

«Torbellino» salió del baño vistiendo pantalones, mocasines y una blusa ligera. Se dejó caer en una silla y dijo, satisfecha:

—Me siento como nueva. ¡Lista para nuevas aventuras!

—¿Es necesaria de veras tanta acción? —sonrió Puck.

—Sí, ¡caramba! Hay que vivir. ¿Es que tú nunca te aburres?

—No.

—Eres rabiosamente afortunada —opinó «Torbellino», subiendo los pies al asiento para apoyar su barbilla en las rodillas—. ¿No echas de menos a tu padre?

—Sí, y también a mi madrastra.

—Quizá esto te parezca extraño, Puck, pero yo también echo de menos a mis padres, aunque los veo con frecuencia. Cuando mi padre termina de ganar sus millones en la oficina, él y mi madre asisten por la noche a grandes fiestas, a estrenos de teatro, y a todas esas burradas absurdas. ¡Estoy harta!

Durante un rato se quedó callada, luego continuó:

—El sábado pasado le pregunté a mamá si quería jugar a las damas conmigo. A mí me gusta mucho ese juego. Pero se fue, porque tenía hora en su salón de belleza. ¡Ja! Un sitio estúpido donde la amasan como si fueran a hacer pan con ella, y la dejan rendida. Y dice que así se mantiene en forma... ¡Bobadas! A papá tampoco le dio la gana de jugar a las damas conmigo. Tenía mucho trabajo en su despacho y añadió que no había jugado a un juego tan tonto desde que era niño. ¿Sabes lo que hice?

—No.

—Subí en mi moto y me fui a toda velocidad al fiordo, donde mi padre tiene amarrada su lancha rápida. Puedes estar segura de que hice volar aquel trasto sobre las olas.

Rita rió:

—Era la primera vez que la pilotaba. Fue muy emocionante. Llegué tan cerca de la orilla que varé en el lodo.

—¿Qué hiciste para sacarla de allí?

—Unos jóvenes me ayudaron a ponerla a flote y les di un billete de cincuenta coronas por su molestia. No llevaba más dinero encima. Durante el regreso procuré ir más despacio. Cuando se lo

conté a mi padre, puso cara de pocos amigos y dijo que una lancha rápida no era un juguete para una niña de mi edad. Pero, ¡caramba!, él podía haber jugado a las damas conmigo. Su maravilloso negocio no hubiera sufrido ningún daño por ello. Vamos, creo yo.

— Seguramente no — admitió Puck, que no sabía qué decir.

El ambiente era algo tenso entre ambas, y a Puck se le ocurrió preguntar:

— ¿Por qué no jugamos a las damas tú y yo?

— ¿Lo dices de veras? —preguntó «Torbellino» con vivacidad, levantándose de un salto.

— Me encanta jugar a las damas —asintió Puck alegre

Pero estaba mintiendo descaradamente. No le interesaba nada aquel juego, pero pensaba que con su mentira haría feliz a su amiga.

Cuando, algo más tarde, Navio y Karen entraron en la habitación, se quedaron atónitas. No les sorprendió tanto ver a Puck inclinada sobre un pacífico tablero de damas, como que «Torbellino» lograra estarse quieta durante tanto rato. Más que sorprendente, era increíble.

* * *

Al regreso de su oficina, el director Holst estaba de mal humor. Su mujer sin embargo, no se dejó impresionar por ello. Le preguntó, con tono despreocupado:

— ¿Alguna dificultad en la oficina, Erik?

—No tengo más que dificultades —gruñó iracundo su marido—. Además, ese condenado armador se muestra tan tozudo que no puedo con él. ¡Qué el diablo se lo lleve!

—Eso no te serviría de nada — contestó su mujer con ironía —. Si el diablo se lo lleva, tendrías que renunciar a la representación de sus nuevas lanchas rápidas.

—De todas maneras, creo que es inútil. No nos llevamos muy bien, y él tiene otras buenas ofertas.

—¿Tan importantes son para ti esas lanchas, Erik? Tienes ya suficiente trabajo. Las ganancias de esa representación no pueden ser tan primordiales para ti.

—No es el dinero lo que me importa. Es una cuestión de honor para mi empresa. Quiero que siga siendo la primera en este ramo.

— ¿Vendrá a almorzar mañana con nosotros el armador Nielsen?

— Sí. Y atracará en el embarcadero el modelo de su lancha rápida, así podremos examinarla de cerca y probar su velocidad en el fiordo. Ese hombre la cuida como a la niña de sus ojos.—Bueno, ¿alguna novedad?

— Sí, por desgracia.

La señora Holst le explicó el accidente de moto, y su marido exclamó irritado:

—¡Otra vez con quejas de esa fierecilla! ¡Estoy hasta la coronilla de sus travesuras! Será mejor mandarla a Suiza.

— ¿A Suiza? — repitió su esposa con una expresión agria —. No tardaría un mes en ser expulsada de todos los internados del país.

— ¡Demonios! —gruñó el gran hombre de negocios—. Mándamela al despacho. Voy a reñirle..., aunque dudo que nos ayude mucho.

Cuando «Torbellino» entró en el despacho de su padre, encontró a éste inclinado sobre unas hojas escritas a máquina, las cuales parecía estudiar con gran atención.

— ¡Hola, papi! — dijo la muchacha, y se sentó en una silla frente a él—. ¿Estás de malas pulgas?

— Deja ya de una vez tu maldita jerga — contestó irritado el padre—. Tu madre me ha dicho que has tenido un accidente.

—Yo no; la moto —le corrigió su hija con una sonrisa dulce—. Recibió un golpe en el morro, y de paso destrocé unos trapos que, de todas maneras, no servían ya para nada. Sin embargo, el mundo sigue su curso. Tenía que hacer algo para entretener a mis amigas, invitadas por ti, aunque no sé para qué las invitaste. Tú no tienes ningún interés en ellas, y encima te vas con mamá de juerga. Podíamos habernos quedado a pasar el fin de semana en el «cole». ¿Por qué demonios no dijiste que os largabais de parranda?

El director golpeó la mesa con la palma de la mano:

— ¡Basta de impertinencias, niña! ¿Crees que debo rendirte cuentas de mis actos?

— Yo tengo que rendirte cuentas a ti, ¿no? En el colegio acaban de dar una conferencia sobre literatura francesa y, ¿sabes qué dice uno de los escritores más famosos?

— No, ni me importa.

— De todos modos quiero que lo sepas. Ese maravilloso hombre dice: «Uno debería ser más prudente al escoger a sus padres...» ¿Verdad que suena divertido?

— ¡Suena estúpido!

— No del todo, papá.

«Torbellino» continuó con una voz que temblaba de excitación:

— Estoy hasta la mismísima coronilla de que tú y mamá sigáis tratándome como a un niño de pecho, sin capacidad de decisión. Estáis convencidos de que todo marcha a las mil maravillas atiborrando mi estómago de buena comida y mi bolsillo de dinero. Pero eso no es verdad...

— ¡Rita! —gritó el padre.

— Sí, me da igual; si no quieres oír lo que voy a decirte, no tienes más que echarme de aquí. Si alguna vez vengo a pasar el fin de semana, sólo os veo en el momento en que subís al coche, vestidos de gran gala, y mamá con tantas joyas que parece un árbol de Navidad. Los domingos no me dejáis comer con vosotros porque siempre hay algún invitado.

El señor Holst se había quedado mudo de asombro, y su hija continuó:

— Y encima siempre tengo que escuchar reproches por mis travesuras. ¿Por qué crees tú que tengo necesidad de hacerlas, eh? Porque me aburro como una ostra y porque no me dejáis estudiar para profesora de gimnasia y natación.

— Es una profesión absurda, Rita — dijo el padre con severidad.

— ¿Cómo lo sabes? Nunca fuiste profesora de gimnasia. A mí qué me importa todo ese dinero que me das, si no puedo dedicarme a lo que me gusta.



—Yo quiero una carrera universitaria para ti. Y no hablemos más. Si no te gusta vivir aquí, te mandaré a Suiza.

— ¿Ha terminado la «audiencia»?

— ¡Vete!

— ¡Gracias por la agradable conversación!

«Torbellino», al cerrar la puerta, luchaba por contener el llanto, pero todo fue inútil y no pudo evitar dar rienda suelta a sus lágrimas.

Un hombre sabio dijo que las lágrimas son en muchos casos una buena medicina para el ser humano. Pero, en aquella ocasión, «Torbellino» abusaba del medicamento.

Un par de horas más tarde, sus padres, vestidos con sus mejores galas, partían para la fiesta.

* * *

Si sólo se hubiera tratado de tener buena comida y buen servicio, Rita y sus amigas no hubieran podido quejarse de que sus anfitriones se hubieran ido a cenar, porque la mesa estaba bien provista. Todos los platos favoritos de las niñas estaban ante ellas. Una simpática sirvienta se ocupaba de que nada les faltara. A pesar de ello, las cuatro muchachas apenas probaban bocado.

El ambiente era tenso. Las tres amigas se habían dado cuenta de las lágrimas de «Torbellino», aunque ella no había dicho ni una palabra sobre el motivo de su llanto. Mientras estaban cenando, dijo:

— Os pido disculpas por la ausencia de mis padres. No sabía que iban a salir. Seguramente os han hablado de esas cenas oficiales donde sólo se trata de engullir y beber en un aburrimiento total.

— A tus padres debe de gustarles —opinó Navio.

— A mamá le gusta, y papá está obligado a ello. Un hombre de su categoría tiene un montón de deberes estúpidos. Para colmo, mañana tendremos la visita de un viejo y agrio armador. Viene a comer y no podremos estar en la mesa con ellos porque hablarán de negocios. En realidad, me gustaría regresar al pensionado. ¿Qué os parece?

— No podemos. No estaría bien, «Torbellino» —contestó Puck—. Tu padre ha sido muy amable al invitarnos a pasar el fin de semana aquí y, a pesar de todo., las cuatro podremos divertirnos juntas. Además, hablaste de un paseo a caballo.

— ¡Caramba! Lo había olvidado. ¿Sabéis montar vosotras también?

Karen se defendía bastante bien con un caballo, pero Navio

confesó francamente que se encontraba mejor montada en un caballito de madera.

El resultado fue que Puck y «Torbellino» salieron solas. Karen tenía ganas de ir también, pero no quería dejar sola a Navio, y ambas decidieron jugar una partida de ping-pong en el sótano.

Cuando las dos amazonas habían ensillado sus monturas y las sacaban de la cuadra, pasó el capataz Jensen. El hombre se detuvo para decir en tono desaprobatorio:

— Señorita Holst, su padre le tiene prohibido montar a «Cayo». Es demasiado nervioso.

— No sé nada sobre esa prohibición — dijo la chica mientras montaba—. Mi padre me ha aconsejado montar los otros caballos, pero ha perdido el tiempo... ¡Vámonos, Puck!

El capataz quedó confuso. Hubiera querido evitar aquel paseo a caballo pero, al mismo tiempo, sabía que carecía de autorización para usar la fuerza, y de momento no había otra alternativa.

Con cara preocupada vio marchar a las dos chicas y desaparecer por el portalón. Ojalá no ocurriese nada. «Cayo» era un animal maravilloso, pero a veces se tornaba caprichoso e indomable.

* * *

Mientras cabalgaban a campo través, Puck miraba de vez en cuando a «Cayo» que, de momento, se portaba con mucha tranquilidad. Su paso era en ocasiones nervioso, e hizo una cabriola cuando una liebre se le cruzó por delante, pero «Torbellino» lo dominaba a la perfección. Puck no tardó en darse cuenta de que su amiga era una buena amazona, tanto al trote como al galope, e incluso en los saltos.

Tras cabalgar media hora sin rumbo fijo, «Torbellino» propuso:

— Vamos al fiordo. Quiero enseñarte la lancha rápida de papá.



La finca «Frederiksholm» tenía en el fiordo un par de embarcaderos entre los altos juncos.

En ellos estaban atracados un par de yates de recreo y una elegante lancha rápida.

A poca distancia había una casita con techo de brezo y contraventanas verdes, a la que llamaban la Casa del Barquero, aunque era dudoso que algún barquero hubiera vivido allí alguna vez. El director Holst no la utilizaba nunca.

Hacía una semana, tres jóvenes de Copenhague la habían alquilado como refugio mientras se dedicaban a la pesca. Una vez que los pescadores se instalaron en ella, el director Holst ya no se interesó más por ellos.

Él no pescaba nunca ni comprendía a las personas que, con la pipa en la boca y caña en ristre, se pasaban horas y horas esperando a que los peces picasen. El activo hombre de negocios consideraba la pesca un deporte aburrido. Sin embargo, disfrutaba yendo de caza y celebrando grandes fiestas para los cazadores en su hermosa hacienda.

Al acercarse las dos muchachas al embarcadero, «Torbellino» detuvo a su caballo y preguntó extrañada:

— Oye, ¿qué hace ese gorila en la lancha?

El «gorila» era un hombre alto, de cabellos oscuros, que con un papel en la mano estaba inclinado sobre el motor. Al oír voces se

irguió rápidamente y se metió el papel en su bolsillo.

Las muchachas se acercaron y «Torbellino» le preguntó:

— ¿Qué hace usted en esta embarcación?

El hombre, repuesto de la sorpresa, contestó tranquilo:

— Sólo estoy admirando esta maravilla. Nunca estuve a bordo de una lancha rápida. Supongo que no le pasará nada por mirarla.

— Es propiedad privada... —empezó «Torbellino».

Iba a decir algo más, pero en aquel instante otro hombre salió corriendo de la Casa del Barquero. Estaba muy excitado y gritó furioso:

— ¿Qué hacéis aquí?

— Disfrutar de la naturaleza desde lo alto de los caballos — contestó la rebelde muchacha con arrogancia —. ¿Y qué?

— Pues largaos a disfrutarla a otro sitio. No queremos mocosas como vosotras husmeando por aquí. ¡Largo!

— Ni lo sueñe. ¿Es que le falta un tornillo? Quizá usted no sepa quien soy... que...

— Me da exactamente igual. ¡Largo!

— ¡Ni hablar!

— Con que no, ¿eh?

El exaltado desconocido dio un violento manotazo en las ancas de «Cayo», y el nervioso animal hizo una violenta cabriola.

«Torbellino», sin embargo, logró hacerle bajar las manos, pero el animal temblaba furioso y se lanzó a un desenfrenado galope por la carretera rural. La muchacha luchaba con todas sus fuerzas por dominarlo, pero todo fue en vano. «Cayo» se había desbocado.

Puck comprendió en el acto la peligrosa situación de su amiga y puso a «Pinto» al galope. Intentaría alcanzar al caballo desbocado y agarrarle del cabezal, pues era evidente que «Torbellino» había perdido el control de su asustada montura. La chica incluso parecía tener sus dificultades para mantenerse en la silla.

Inclinada sobre la cabeza del animal, Puck seguía incitándole:

— ¡Vamos, «Pinto»! ¡Corre!

Pero, aunque el bonito caballo corría a toda velocidad, la distancia entre él y el animal desbocado parecía siempre la misma.

— ¡Vamos, «Pinto»! ¡Vamos, chico! ¡Vamos! ¡De prisa!...

De pronto, «Cayo» saltó la cuneta y continuó por el campo, mientras «Torbellino» se tambaleaba en la silla. Sin embargo, logró

recuperar el equilibrio, y la furiosa carrera continuó. Una nube de polvo se levantaba tras los dos caballos al galope.

Puck tuvo alguna esperanza al darse cuenta de que «Pinto» estaba ganando terreno poco a poco.

— ¡Bien, «Pinto»! ¡Vamos! ¡Vamos!

Un pequeño arroyo cruzaba el campo. Cuando «Cayo» lo saltó, «Torbellino» salió despedida.

Describió una curva en el aire, mientras el animal continuaba su furioso galope hacia «Frederiksholm».

La terrible caída hizo gritar a Puck, y un momento después había llegado al lugar del accidente, esperando encontrar a su amiga malherida o quizá muerta.

Cuál no sería su sorpresa al ver que la chica se levantaba de en medio del arroyo. El agua le llegaba hasta la cadera y estaba muy pálida.

Puck desmontó rápidamente y le tendió una mano mientras, temblorosa, preguntaba:

— ¿Estás bien, «Torbellino»?

— De primera —contestó la muchacha con una mueca que intentaba ser una sonrisa—. ¡Vaya carrera, y vaya caída!

— ¿No te ha ocurrido nada en absoluto?

— Sí; me he mojado.

Se sentó en el suelo y empezó a quitarse las botas de montar, de las cuales salieron un par de litros de agua. Luego miró a Puck con vacilante sonrisa:

— Bueno... El jaleo vendrá cuando papá se entere. El capataz, por fuerza, verá entrar a «Cayo» en el patio sudando espuma. ¡Vaya lío éste!

Puck no pudo menos que sonreír. «Torbellino» era tremenda. Su vida había estado en grave peligro y ella lo consideraba simplemente «un lío».



El capataz Jensen no sólo era un hombre eficaz en su trabajo, sino también una persona amable y buena que siempre deseaba lo mejor para su prójimo.

Comprendió en seguida lo ocurrido. El sudoroso «Cayo» llegó tan nervioso que apenas pudo dominarlo.

Acababa de devolverlo al establo cuando Puck y «Torbellino» regresaban a pie, llevando a «Pinto» de las riendas.

Cuando vio a Rita empapada, le preguntó con tono preocupado:

— ¿Se ha hecho daño, señorita Holst?

— Por poco me mato, Jensen. ¿Cómo se encuentra «Cayo»?

— Se está calmando en la cuadra. ¿Cómo ocurrió?

«Torbellino» iba a contestar, pero Puck le dio un ligero codazo de advertencia y se apresuró a decir:

— Fue culpa de un tipo irresponsable que le pegó a «Cayo», y el animal se desbocó. Tras una larga carrera, Rita fue a caer en un remanso del arroyo, cuando el caballo saltó sobre el cauce. El agua la salvó. Si hubiera caído en la carretera, el desenlace hubiera sido fatal. Nunca vi un caballo tan nervioso como ése.

El capataz asintió, serio:

— Intentaré amansarlo yo mismo, aunque sea empresa difícil. La señorita Holst ha sido advertida ya en varias ocasiones y voy a darle un buen consejo.

— Usted dirá.

— «Olvidaremos» mencionar el incidente ante su padre, si usted me promete mantenerse alejada de ese caballo.

— Es usted un amigo de verdad, Jensen; pero no me gusta jugar sucio. Aguantaré la bronca de mi padre con la cabeza alta, y no tardaré mucho en montar de nuevo a «Cayo». Es un caballo maravilloso, y nos estamos convirtiendo en grandes amigos.

— ¡Humm!

«Torbellino» sonrió ampliamente:

— Sí, ya sé lo que está usted pensando, Jensen. Que no se tira a un amigo de cabeza al arroyo, pero... Voy a considerarlo un malentendido entre «Cayo» y yo. Aunque mi padre monte en cólera, le contaré lo ocurrido. Su idea era muy buena, Jensen. ¡Gracias!

De nuevo Puck se extrañó ante el comportamiento de aquella muchacha: salvaje e indomable, a veces incluso impertinente para con el prójimo, le parecía natural obtener cuanto se podía comprar con dinero; sin embargo, estuvo a punto de llorar porque su padre no quiso jugar con ella a las damas.

Sobre todo, eran de admirar su valentía y honradez. Se había confesado culpable para que las chicas del último curso no fuesen castigadas injustamente, y ahora se negaba a hacer un trato con el capataz, porque quería contarle a su padre la verdad de lo ocurrido. Sí; decididamente, «Torbellino» era algo único.

La inquieta chiquilla se cambió por segunda vez aquel día. Tiró su ropa mojada a un rincón de la habitación y rió, alegre:

— Si sigo así, me quedaré sin ropa que ponerme. El arroyo es muy bonito de lejos, pero su agua no es precisamente perfume «Chanel». Huele que apesta. ¡Uf, qué asco! Voy a bañarme.

—



Mientras «Torbellino» ocupaba el baño, Puck quedó pensativa.

Había algo misterioso en aquellos hombres del puerto. Uno de ellos anotaba o dibujaba algo en la lancha rápida cuando ellas llegaron, y se había apresurado a ocultar el papel al oír sus voces. No había duda de que estaba haciendo algo indebido.

¡Y el otro que había salido de la casa como una furia! No le había dado tiempo a Rita ni a decir su nombre..., y luego había dicho que no quería mocosas husmeando por allí. ¿Husmeando?

Cuando aquél tipo hablaba así, sólo podía significar que estaba ocultando algo. Era evidente que aquellos dos tramaban algo ilegal y querían estar solos. ¿De qué podía tratarse?

Cuando su amiga se hubo bañado y vestido, Puck le preguntó:

— Dime una cosa, ¿esa lancha rápida de tu padre tiene algo especial? Quiero decir si se diferencia en algo de las demás lanchas rápidas.

— Ni idea, chica. La trajeron de Inglaterra hace un par de semanas. Puede que sea algo especial, pero no lo sé. Lo único que sé es que navega a una velocidad vertiginosa. Lo sé por experiencia. ¿Por qué te interesa?

— Pues... Pienso que el comportamiento de aquellos dos hombres en el fiordo fue un tanto extraño. Uno se había subido a la lancha, que no es suya, y parecía anotar o dibujar algo en un papel que escondió rápidamente al vernos. ¿No te diste cuenta? Y el otro dijo que no nos quería ver «husmeando» por allí. ¿No te parece extraño eso?

— ¡Es cierto! No lo había pensado... Es rabiosamente emocionante, y vamos a investigarlo en seguida.

— Espera, cálmate. Tenemos que hablar más del asunto. Dijiste que tus padres esperaban la visita de un armador mañana, y que iban a tratar sobre un nuevo modelo de lancha rápida, ¿verdad?

— Sí, creo que papá está obsesionado por lograr la representación en Escandinavia de uno de esos trastos; dice que son algo sensacional. Oí que le decía a mi madre que su propia lancha rápida era una tortuga comparada con éstas. También oí que la lancha del armador Nielsen llega esta noche a «Frederiksholm», y que van a salir a probarla mañana. ¿No crees que sería mejor hablar con mi padre respecto a esos dos hombres..., o mejor dicho sobre los tres que alquilaron la Casa del Barquero?

- Tenemos que pensarlo muy bien — dijo Puck—. ¿No

comprendiste por qué te di el codazo cuando ibas a contestar al señor Jensen?

—No, chica.

—Quizá hubiera sido una tontería, al menos por ahora, contar lo ocurrido con todo detalle. Por eso me apresuré a contestar yo. No he dudado ni un instante de que aquellos hombres del fiordo están tramando algo criminal, pero... Tal como están las cosas, tus padres no parecen muy contentos de ti, y mañana aún será peor.

—¡No lo dudes!

—Así que debemos hacer algo que les haga cambiar de opinión, algo que le haga a tu padre sentirse orgulloso de tener una hija como tú.

—Creo que no lograré verle orgulloso de mí hasta conseguir un título académico, llevando gafas, corbata y zapatos planos con suela de goma. Pero, ¿qué has pensado hacer?

—Como tus padres han salido, no hay prisa. No regresarán hasta las dos. Puede ser una buena idea ir con Navio y Kuren a vigilar de cerca a los misteriosos hombres que viven en la Casa del Barquero. Tengo el presentimiento de que lograremos descubrir algo.

—¡Fabuloso, Puck! —gritó «Torbellino», dando palmadas de alegría—. Por fin ocurre algo emocionante en este aburrido lugar. Esta noche iremos a la Casa del Barquero a darles su merecido a esos golfos. Yo me ocuparé personalmente de aquél que espantó a «Cayo»... Ese plan suena rabiosamente interesante.

Puck se limitó a sonreír. Sabía que no iba a ser tan fácil como su amiga parecía creer. Seguramente las cuatro no podrían hacer otra cosa que «husmear», como dijo el tipo aquél, pues no les quedaría otro remedio que llamar a la policía en seguida.

—¿Dónde están Karen y Navio? —preguntó «Torbellino», impaciente—. Nos reuniremos en consejo de guerra de inmediato.

—Muy bien —sonrió Puck.

Encontraron a sus amigas en el sótano, jugando al ping-pong. Navio estaba hueca como un pavo, porque había logrado vencer a Karen en una partida.

—Escuchad, chicas... —empezó Puck.

Y se puso a contar a sus dos amigas lo ocurrido durante el paseo a caballo. Karen apenas se inmutó. Sin embargo, la siempre

animada Navio se sentía emocionada al pensar que le esperaba una nueva y posiblemente emocionante aventura.

* * *

El armador F.B. Nielsen era un hombre extraño. Sus enemigos, y tenía bastantes, decían que era un viejo cascarrabias, con el cual era imposible tratar. Y en parte tenían razón, pero sólo en parte. Con un gran esfuerzo y un sentido asombroso de las oportunidades, había comprado su primer barco y fundado su propia compañía naviera, cuyo presidente era él mismo.

El dinero en sí no tenía gran interés para el armador F.B. Nielsen. Tenía demasiado, y sólo su administrador conocía en realidad la cifra exacta de su fortuna; pero el progreso de su empresa se había convertido para el viejo lobo de mar en un deporte. No sólo se ocupaba de su numerosa flota mercante, sino que aprovechaba cada oportunidad para negociar. Y en aquellos momentos estaba interesado en las ventas de un nuevo modelo de lancha rápida.

Sentado en su impresionante despacho, desde donde se dominaba en vasta panorámica todo el puerto de Copenhague, el viejo armador estaba pensativo. De pronto pareció decidirse y apretó un botón. Casi en el mismo instante su secretario privado apareció sin hacer ruido. El anciano le miró casi con rabia antes de ordenar:

— Siéntese, Soerensen, y tome nota.

— A la orden, señor director.

—Director..., director —gruñó el jefe—. ¡Déjeme en paz con lo de «señor director», y «señor armador»! Estoy harto. Llámeme capitán y nada más. ¿Es que no le entra esto a usted en la cabeza, Soerensen?

El pobre secretario era nuevo, ya que los secretarios de F.B. Nielsen no aguantaban mucho tiempo en el empleo, y aún no se había acostumbrado a que aquel gran hombre quisiera ser llamado capitán a secas.

Todos en la compañía consideraban aquello una manía del viejo, pero estaban equivocados.

En su vejez, los pensamientos del armador Nielsen volvían con frecuencia a aquel glorioso día en que por primera vez mandó su propio barco. Había logrado ascender a capitán, y no quería ser

llamado de otra manera en su vida.

—A la orden, mi capitán — dijo el secretario titubeando.

—La lancha rápida saldrá a las cuatro de la tarde. Irá directamente a la finca «Frederiksholm» y estará lista para las pruebas de mañana. Moeller y Sdhroeder la llevarán. No deben dejar la embarcación sola bajo ningún pretexto. Esperan nuevas órdenes a bordo. ¿Entendido?

—Entendido, capitán.

—Esos dos holgazanes deben mantener los ojos y oídos bien abiertos. Hay muchas personas interesadas en nuestra nueva lancha..., y no sólo los que luchan por el contrato. El director Holst, ese camello, también está muy interesado en conseguir la representación para Escandinavia. ¿Qué le parece, Soerensen?

— Pues... No tengo el honor de conocer al director Holst.

— Es un camello, nada más. He prometido hablar con él mañana por la mañana, y soy un hombre de palabra. Pero, aunque ofrezca un veinte por ciento más que sus competidores, no estoy dispuesto a concederle la representación. Está tan seguro de sí mismo que es para sentir mareos, y no me he mareado en cincuenta años. ¿Y usted, Soerensen?

— Pues..., mareado, lo que se dice mareado...

— ¡Incompetente! Me refiero a si tomó usted nota de todo lo referente a la lancha rápida.

— Sí ... capitán.

— ¿Cuando regresa «Candy» de la peluquería?



—Su chófer la traerá a las cuatro y cuarto en punto.

— ¿Y su comida?

— También la trae el chófer.

—Gracias... Puede retirarse.

* * *

Más tarde, reclinado en el asiento trasero de su lujoso «Cadillac», camino de su casa en Hellerup, el armador F.B. Nielsen parecía otro. Había olvidado por completo sus negocios y acariciaba con gesto cariñoso la suave piel de «Candy», cuyos ojos aterciopelados le contemplaban con afecto.

«Candy» era una encantadora perrita «cocker-spaniel», de dos años, que el armador había comprado un año atrás. El inteligente animal había llenado de alegría su soledad. El viejo armador era un hombre solitario y le disgustaba la vida social. Sus colaboradores, clientes y competidores hubieran quedado boquiabiertos al verle practicar el «juego del chocolate» con su perrita. El viejo armador encontraba divertido aquel entretenimiento, y «Candy» también.

Encerraba al animal en su despacho y luego arrastraba una pastilla de chocolate por el suelo hasta un escondite. Luego soltaba a la perrita y ésta debía seguir el rastro, a veces pasando por varios salones. Al final de la pista debía encontrar el trozo de chocolate escondido en los lugares más inverosímiles.

Cuando abría la puerta del despacho, «Candy» empezaba la búsqueda. Iba con las largas orejas arrastrando por el suelo, mientras emitía extraños gruñidos. En cuanto encontraba el chocolate, se mostraba tan orgullosa como su amo. El armador insistía en que «Candy» era el único perro del mundo capaz de menear todo el cuerpo.

La que no se mostraba tan entusiasmada con aquel juego era el ama de llaves, pues cada mañana le tocaba limpiar los rastros de chocolate dejados en el parquet. Ya en su casa, mientras acariciaba la cabeza de «Candy», F.B. Nielsen miró de reojo al teléfono. ¿No sería mejor llamar al director Holst y decirle que se olvidara del contrato? De esa manera no tendría que almorzar con aquel camello.

Si el armador se hubiera preguntado a sí mismo el porqué de su antipatía hacia el director Holst, seguramente no hubiese podido contestar. Quizá se debiera a que actuaba como si va tuviese el contrato en el bolsillo.

«Cambiará de opinión — se dijo el anciano —. Hay muchos con los mismos deseos que él..., y también algunos dispuestos a robarme el invento al más mínimo descuido. Esos holgazanes de Moeller y Schroeder, ¿serán capaces de vigilar la embarcación?»

F.B. Nielsen sólo confiaba en una persona, y esa persona era: F.B. Nielsen.

Un par de veces estuvo a punto de descolgar el teléfono, pero cambió de parecer. No, lo mejor sería almorzar con Holst y terminar con él.

Tendría que ocurrir un milagro para que aquel hombre obtuviese el contrato.

* * *

Era ya noche cerrada cuando las cuatro amigas se preparaban para la expedición al fiordo. Casi todas las luces de la gran hacienda habían sido apagadas. Como sombras, salieron por el portalón. Sólo había luz en el despacho del capataz. Jensen estaba inclinado sobre sus libros de cuentas, escribiendo.

Yendo en línea recta por la carretera, no tardarían más de diez minutos en llegar hasta la Casa del Barquero, pero Puck había comprendido que no sería tan fácil. Si no querían correr el riesgo de ser descubiertas, debían cruzar el último tramo por la arboleda que rodeaba la casa, desde donde había una buena vista sobre el embarcadero de la finca.

Puck echó una mirada al cielo. Un par de horas antes había estado cubierto de nubes, pero el viento se las iba llevando y pronto la luna brillaría en un cielo casi despejado. El tiempo era perfecto para andar por el campo.

— Crucemos la arboleda, chicas — dijo Puck en voz baja—, pero tened cuidado de no pisar las ramas secas del suelo. Cualquier ruido se oye a mucha distancia en una noche como ésta.

Las cuatro amigas avanzaron sigilosamente durante un buen rato, y pronto llegaron al otro lado de la arboleda. Casi en el mismo instante sonaron gritos desde el embarcadero, seguidos del tumulto de una lucha furiosa.

Miraron hacia el fiordo y, a la luz de la luna, vieron que unos hombres luchaban violentamente, pero todo era tan confuso que no lograron contar cuántos eran. Sin embargo, era un detalle sin importancia. Lo que sí estaba claro era que entre las cuatro muchachas no podían resolver aquello, y necesitaban una ayuda rápida.

Puck se volvió hacia Karen para decirle:

— Tú tienes buenas piernas. ¡Corre a casa del capataz y dile que

algo violento está ocurriendo aquí! ¡Date prisa y olvídate de las ramas secas!

La muchacha dio media vuelta y empezó a correr por la arboleda, mientras sus amigas miraban intrigadas hacia el puerto, donde la lucha continuaba. Pudieron ver que eran cinco hombres quienes, lanzando gritos y juramentos, luchaban unos contra otros.

— ¿No podemos hacer nada? —preguntó Navio, con voz ronca por la emoción.

— Nada en absoluto — contestó Puck —. Tenemos que esperar a Jensen y a su gente.

— Pero..., quizá se maten...

— No podríamos evitarlo, de todas maneras. Sólo Dios sabe qué está ocurriendo allá abajo. Oye, «Torbellino», mira; aquel barco no estaba esta tarde, ¿verdad?

— No.

— ¿De quién es?

— No tengo ni idea... ¡Sí, espera!... Seguramente se trata del nuevo modelo que van a probar mañana... ¡Vaya! ¿Qué ocurre ahora?

La lucha había cesado. Las muchachas vieron a tres hombres llevarse a rastras a los otros dos hacia la Casa del Barquero. Parecían desvanecidos.

Poco después, los cinco desaparecieron dentro de la casa y el silencio de la noche envolvió el lugar.

— ¡Ay, Puck, esto es horrible! — dijo Navio, temblando —. ¿Seguro que no podemos hacer nada? Quizá van a matar a estos pobres hombres. ¿No podías tener alguna de tus felices inspiraciones?

Puck se quedó un momento vacilante, y luego dijo:

— No creo que dé resultado, pero voy a acercarme a la casa para ver si logro descubrir algo. Esperadme aquí.

Para la ágil Puck no fue difícil avanzar, con rapidez y en silencio, hasta la casa. Actuaba como un indio en el sendero de la guerra, utilizando cada arbusto y cada árbol como escondite hasta llegar al pequeño jardín de la parte de atrás.

Allí había arbustos frutales, y la muchacha llegó hasta el muro de la casa sin ser vista. En dos ventanas había luz. Puck se puso de puntillas y, a través de una de ellas, pudo observar lo que ocurría

en el interior.

Tres hombres discutían. Uno de ellos era aquél que vieron papel en mano en la lancha del director Holst; el otro, el que espantó a «Cayo»; pero al tercero no lo conocía. Era un hombre alto y corpulento, de facciones desagradables, que parecía dar órdenes a los otros dos. Los dos hombres vencidos en la lucha no se veían por ninguna parte; quizá estaban atados y encerrados.

«¿Qué más puedo hacer?» pensó Puck.

Contrariada, la muchacha hubo de admitir que su misión había concluido. Lo mejor sería regresar junto a sus dos amigas y esperar en su compañía a que llegase ayuda de la finca.

Poco después, Puck se había reunido con ellas, pero no fue capaz de contestar a sus preguntas.

— ¿Han matado a los dos hombres? —musitó Navio.

— No digas burradas — contestó, irritada, Puck —. Estás en Dinamarca, y aquí no se mata a la gente así como así. Les habrán dado unos cuantos golpes, pero a pesar de ello estarán vivos.

Puck calló. Se oían voces procedentes de la casa y vieron como los tres hombres iban con gran rapidez hacia el embarcadero.

De repente, la muchacha comprendió la situación: los dos hombres vencidos en la lucha debieron de llegar en la nueva embarcación, y los otros tres tipos se proponían robarla. Puck no supo cómo había llegado tan de repente a tal conclusión, pero le parecía muy verosímil. De momento, su teoría parecía cierta. Cuando los tres hombres llegaron hasta la lancha rápida, subieron a bordo y, mientras hablaban animadamente, empezaron a trabajar con el motor.

Puck estaba sobre ascuas. Entonces se oyó un esperanzador sonido en el silencio de la noche. Unos automóviles se estaban acercando a gran velocidad. ¡Llegaba la ayuda!



Un par de coches se detuvieron, tras un chirriar de frenos, junto al embarcadero. Varias personas se apearon de prisa y corrieron hacia la lancha rápida.

— ¡Hurra, chicas! — exclamó Puck emocionada—. Tendremos acción.

Y no se equivocaba. Casi en el mismo instante oyeron gritos y ruido de lucha violenta en el silencio de la noche. Sin duda eran el capataz y los mozos de la granja quienes peleaban contra los tres misteriosos hombres.

Como era difícil ver lo que ocurría desde la arboleda, Puck propuso, rápida:

— ¡Vamos, chicas! ¡No nos perdamos el último acto del drama!

Las tres amigas corrieron a toda velocidad hacia el puerto, donde la pelea había alcanzando su máxima violencia. Karen fue a su encuentro y dijo, radiante:

— ¡Todo fue a pedir de boca!... Es una buena batalla, ¿eh?

— ¡Formidablemente palpitante! —declaró Navio—. ¿No podríamos echarle una mano a Jensen y a su gente?

— No podemos hacer nada — se apresuró a decir Puck —. Lo mejor será quedamos aquí como espectadoras.

Los tres hombres luchaban con desesperación, pero poco podían contra el capataz Jensen y los siete u ocho fuertes mozos que habían llegado con él. Pronto los misteriosos desconocidos fueron inmovilizados. Con los rostros señalados por los golpes, se

encontraron fuertemente sujetos por manos de hierro.

El capataz se volvió hacia uno de sus hombres:

— Frederiksen, tome un coche y avise a la policía. Nosotros ya no podemos hacer nada más.

Cuando el mozo se hubo marchado, Jensen dijo a las cuatro amigas:

—Ha sido muy emocionante, ¿verdad? Creo que hemos hecho una buena caza; aunque, debo admitirlo, no entiendo nada.

— En la Casa del Barquero encontrará a dos hombres que se lo pueden explicar — dijo Puck —. No sería mala idea ir a saludarles.

— Si tú lo dices... —aceptó el capataz Jensen—. Vamos.

Los dos prisioneros fueron hallados en la casa, atados de pies y manos. Tenían un aspecto deplorable. Sus caras estaban hinchadas por los golpes y se quejaban, doloridos, mientras eran librados de las ataduras.

—Seguramente podrán explicar ustedes todo este lío — dijo el capataz—, pero será mejor esperar la llegada de la policía.

Luego se volvió hacia las muchachas y les pidió:

— Será mejor que volváis a la hacienda. Habéis hecho un buen trabajo.

Las cuatro amigas no parecían muy contentas, pero no protestaron. Uno de los mozos fue encargado de llevarlas a «Frederiksholm». En la mansión, el ama de llaves y dos sirvientas se habían levantado. Cuando «Torbellino» terminó de contarles la aventura, añadió:

— Ha sido rabiosamente divertido. Ahora nos iría bien una taza de café bien cargado. Vamos, señorita Adrián; a ver qué nos puede ofrecer la casa.

El ama de llaves sonrió:

— Muy bien, señorita Holst, aunque es algo tarde y me pregunto qué dirá su padre.

— A mí me es exactamente igual lo que pueda decir — declaró «Torbellino», eufórica—. Después de tantas emociones, necesitamos algo fuerte. Usted y las sirvientas tomarán el café con nosotras.

— Pero...

— Claro que sí, señorita Adrián. Vaya a hacer el café.

El ama de llaves abandonó el salón con gesto preocupado. Ella no estaba tan segura de que a los señores les gustase que las

sirvientas tomasen el café con la señorita y sus amigas.

Diez minutos más tarde, las siete mujeres estaban sentadas en torno a la mesa, charlando animadamente.

— Bajo mi responsabilidad, puede usted tomarse un coñac, señorita Adrián — dijo «Torbellino».

— No, no. Pero gracias de todas formas.

— ¿No les gusta el coñac?

— Claro que sí... Pero ya es muy tarde.

— El coñac se puede beber a cualquier hora — opinó la chica—, pero como usted guste... ¡Qué bien lo estamos pasando!

En aquel momento se abrió la puerta, y el director y su esposa entraron en la estancia. La señorita Adrián y las dos sirvientas se pusieron nerviosas, pero «Torbellino» saludó a sus padres con alegría:

— ¡Hola! ¿Qué tal la cena?

— ¡Santo Cielo! —empezó la señora Holst, contemplando el pequeño grupo con expresión agria—. ¿Qué ocurre aquí?

— Estamos tomando café — informó su hija en tono provocativo.

La cara de la madre expresaba descontento. Miró a todas las presentes, y sus joyas tintinearón. El director también miraba asombrado la escena, pero renunciaba a hacer preguntas; para eso tenía a su mujer.

— Pareceis caídos de la Luna — rió «Torbellino» —. ¿Quiere usted otra taza de café, señorita Adrián?

— No, gracias, señorita.

Seguida de las dos sirvientas, el ama de llaves abandonó el salón en silencio. La señora Holst dijo con severidad:

— Exijo una explicación, Rita. ¿Te falta un tomillo?

— ¿Sólo uno? —fue la respuesta rápida de su hija—. Creía que estabas convencida de que ya no me quedaba ninguno. Bueno, es igual; dentro de un rato llegará el capataz Jensen y él os dará una explicación de todo. Entretanto, terminaremos el café.

El director Holst y su esposa se quedaron atónitos cuando, más tarde, vieron entrar a un extraño grupo en el salón. Eran el capataz Jensen, varios mozos de la granja, dos hombres con las caras golpeadas, tres más con las manos esposadas, y un par de jóvenes que se presentaron como agentes de la Brigada Criminal.

— Esto parece un manicomio — murmuró el señor Holst, secándose la frente con su bufanda de seda—. ¿Quieren decirme qué significa todo esto?

Tan pronto como hubo escuchado el relato de lo ocurrido, su severo rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Los dos hombres golpeados habían llegado con la nueva lancha rápida del armador Nielsen. Estaban a punto de acostarse cuando fueron asaltados por tres desconocidos; los que ahora se hallaban esposados, y desde entonces la acción se había sucedido vertiginosamente.

Los tres atacantes habían tenido la intención de robar el nuevo modelo de lancha rápida; pero, como dijo el capataz, la señorita Holst y sus amigas habían avisado a tiempo y evitado el robo.

— ¿Me permite hacerle unas preguntas a solas, señor Holst? — preguntó uno de los agentes de la Brigada Criminal.

— Sí, claro.

El señor Holst y el policía conversaron durante un par de minutos, y luego los agentes se marcharon con los detenidos. Holst, alegre, se volvió hacia Jensen y su gente.

— Han hecho ustedes un excelente trabajo. Les felicito. Tomaremos todos café y unas copas de coñac.

— Es tarde ya, Erik — dijo la señora Holst con cara de fastidio—. ¿No te importa si yo me retiro a acostarme?

— No, naturalmente... ¡Que duermas bien!

Momentos después comenzó una alegre fiesta. El gran hombre de negocios, el director Erik Holst, se mostraba eufórico. Al cabo de pocas horas intentaría obtener el mejor contrato de su vida con el armador F.B. Nielsen. Cuando aquel viejo cascarrabias se enterara de todo lo ocurrido, era muy posible que se pusiera de tan buen humor que firmara el contrato.

— Haga usted el café bien cargado, señorita Adrián, y procure que a nadie le falte coñac.

* * *

Cuando el gran «Cadillac» se detuvo ante la escalera de piedra labrada, el armador Nielsen fue recibido con gran amabilidad por el director Holst.

Mientras la mesa era preparada para el almuerzo, los dos caballeros conversaban en el despacho. «Candy» permanecía en el regazo de su amo. El anciano preguntó, en tono casi provocativo:

—Supongo que no le importará que haya traído a mi perrita.

— Al contrario. Es una «cocker-spaniel» encantadora. Naturalmente, será una buena cazadora, ¿verdad?

— No tengo ni idea — gruñó el viejo —. No la dejaría perder el tiempo con esas tonterías; pero le encanta buscar una pastilla de chocolate cuando yo se la escondo. ¿Tiene usted chocolate?

— Sí... Supongo que sí, señor Nielsen...

— *Capitán* Nielsen, si no le importa — corrigió el viejo gruñón.

— Sí, claro; perdone...

El director Holst creyó llegado el momento de explicar los dramáticos sucesos nocturnos.

Cuando terminó su relato, añadió:

— El que todo haya salido tan bien se debe únicamente a mi hija y a sus amigas; sobre todo a una de ellas, Bente Winther se llama. Supieron estar a la altura de los acontecimientos.

— ¿Qué? — interrumpió el viejo —. ¿Bente Winther ha dicho? Sus amigas la llaman Puck, ¿verdad?

— Pues... Creo que sí...

— Quiero verla en seguida.

— Pero...

— ¡Que venga inmediatamente!

El señor Holst estaba confuso; no obstante, tocó el timbre y ordenó a una sirvienta que buscara a Puck. Luego se volvió hacia el armador y preguntó, vacilante:

— ¿Conoce usted a esa chica, señor armador?

— ¡*Capitán!*... Claro que la conozco. Es una chica encantadora.

El viejo lobo de mar quedó callado durante un buen rato, mientras sus pensamientos giraban en torno a los dramáticos días en Roarsborg, cuando tuvo que ayudar económicamente a la familia Wilhelmsen. Allí conoció a Puck, la cual había arreglado los problemas en un santiamén. El viejo misántropo admitía haberse rendido ante el encanto de aquella irresistible colegiala.

La puerta se abrió y entró Puck.

Durante un momento se quedó perpleja, pero pronto gritó con gran alegría:

— ¡F.B.!... ¡Vaya sorpresa!

Fue corriendo hacia el viejo armador y se echó en sus brazos. «Candy» la observaba con desaprobación. El viejo rió contento y

acarició la mejilla de Puck.

— Así que nos vemos de nuevo, ¿eh, traviesa incorregible? ¡No sabes lo contento que estoy! ¿Cómo te encuentras?

— Maravillosamente bien, F.B. ¿Y usted?

— ¡Hum! Aún te atrae la acción, según veo. Holst me ha contado lo ocurrido. Os estoy muy agradecido a ti y a tus amigas.

— No tuvo importancia...

— Claro que sí, hijita. Y ahora vamos a almorzar juntos. Así tendremos ocasión de charlar.

— Habíamos pensado... —interrumpió Holst vacilante—, que las niñas comieran solas...

— ¿Qué había pensado usted? —gruñó furioso el armador—. Si Puck y sus amigas no comen con nosotros, yo pierdo el apetito y será mejor que me vuelva a Hellerup en seguida.

Y concluyó más amable:

— Quiero comer al lado de mi vieja amiga Puck.

Naturalmente, todo fue arreglado según el deseo del viejo armador. Fue una comida alegre y animada, aunque el señor Holst estaba sobre ascuas respecto al contrato. No se atrevía a tocar el tema, ya que el viejo lobo de mar sólo estaba pendiente de Puck. Entonces Puck fue en su ayuda. Preguntó:

— Me han dicho, F.B., que van a probar su nueva lancha rápida en el fiordo. ¿Nos dejará ir a las cuatro con ustedes?

— ¡Naturalmente, naturalmente! —asintió alegre el armador—. Hay sitio para todos en la embarcación. No sería tan divertido si vosotras no vinierais... Y «Candy» también, claro está. Le encanta navegar, ¿sabes? ¿Cuándo salimos, director Holst?

— Cuando usted guste, capitán —contestó el director, aliviado. Tenía el presentimiento de que todo iba por buen camino.

* * *

La gran lancha, esbelta y elegante, parecía volar sobre las olas. Había momentos en que daba la impresión de que no las tocaba en absoluto. El agua se abría en dos cascadas a ambos lados de la proa. La velocidad era fantástica y tomaba los virajes con tanta rapidez que los pasajeros casi sentían vértigo.

— ¡Esto es rabiosamente emocionante! —exclamó «Torbellino»—. La lancha de mi padre es una gabarra comparada con ésta.

Mientras «Candy» apoyaba ambas patas delanteras sobre uno de los hombros de su amo para mejor olfatear el mar, el armador preguntó:

— Bien, Puck. ¿Qué te parece?

— ¡Fantástica! — declaró convencida la chica —. ¿Va a vender estas embarcaciones el director Holst?

— ¡Humm! Aun no me he decidido —contestó el anciano, y su voz sonó glacial —. Tengo varias ofertas y debo considerarlas todas... Ya veremos.



En opinión de Puck, aquellas palabras no eran favorables para el señor Holst. Durante un buen rato se quedó callada.

— ¿Cómo se encuentra tu «cocker-spaniel», Puck?

— «Plet» está maravillosamente bien en casa del veterinario de Sundkoebing, pero nos echamos mucho de menos.

El viejo armador asintió comprensivo:

—Sí; un animal puede convertirse en el centro de la vida de uno, hijita. Si no tuviera a «Candy», podría morirme.

En aquel instante la lancha hizo un viraje muy cerrado. El armador perdió el equilibrio y «Candy» cayó al agua.

— ¡Para! —gritó asustado el viejo armador—. ¡Parad en seguida, torpes!

El timonel paró el motor, invirtió la rotación de la hélice y la lancha fue aminorando la marcha.



Pero, mientras, Puck ya se había tirado de cabeza al agua. Mientras los demás gritaban, ella nadaba con el estilo «crowl» hacia «Candy», la atrapó y emprendió el regreso hacia la lancha.

Ambos fueron sacados del agua con rapidez. El empapado animal saltó al regazo de su entusiasmado amo, sacudiéndose en todas direcciones y mojando a los que le rodeaban.

Puck, entretanto, estaba intimidada. Se reírían de ella, no cabía duda. La lancha podía haber hecho marcha atrás, y hubiesen sacado a «Candy» del agua sin dificultad. Era bien sabido que los «cocker-spaniels» nadaban a la perfección.

Pero el armador Nielsen no parecía pensar lo mismo, porque apretó la mano de Puck lleno de gratitud:

— Gracias, hijita. ¡Un millón de gracias por tu valiente actuación! Si hubiera perdido a mi pequeña «Candy»... Sólo pensar en ello me da escalofríos. Será mejor regresar en seguida para que puedas ponerte ropa seca.

—No se preocupe por mí — sonrió Puck —, a no ser que hayan terminado la prueba.

El armador asintió sin gran interés:

—Sí, creo que hemos probado lo suficiente. Además, debo regresar a Hellerup. Mi chófer, que debía de estar pensando en las musarañas, se olvidó de la comida de «Candy».

—No se preocupe, encontraremos buena comida para «Candy», señor armador —interrumpió con rapidez el director Holst.

— ¡Capitán!

—Sí... Claro... Naturalmente... Capitán... Tenemos una buena comida para su perro.

—Quizá «Candy» no opine lo mismo... Pero volvamos a tierra; Puck se va a resfriar.

* * *

El optimismo del director Holst había desaparecido. Momentos antes creyó tener ya el contrato en el bolsillo, pero de pronto

parecía que el viejo cascarrabias hacía de las suyas. Declaró que no deseaba quedarse para la cena, pero Puck intervino de nuevo. Agarró del brazo a F.B. Nielsen, mientras le decía:

— ¡Vamos, F.B.! Hace tanto tiempo que no nos vemos, ¿y quiere usted marcharse ya?

—«Candy» quiere su comida, pequeña.

— Yo me ocuparé de eso.

— ¿Sabes prepararla?

— Seguro. «Plet» siempre la pone por las nubes.

— Bueno; me quedaré... Pero... —y continuó en voz baja En cierta forma sería abusar de la hospitalidad del director Holst, porque no pienso concederle la representación de mis lanchas.

—¿Lo ha decidido ya?

— Sí. No me gusta esa seguridad de Holst en sí mismo.

—¿Y qué me dice del dinero, F.B.?

El armador le dio una palmada amistosa en el hombro:

— Me importa un bledo, hijita. Tengo ya tanto dinero y soy ya tan viejo que no sé en qué gastarlo. Soy un hombre solitario; sólo tengo a «Candy»...

— Y su empresa, F.B. — continuó seria Puck —. Ha pasado toda su vida para levantarla, y eso también obliga.

— ¿A qué?

— Pues..., ¿qué sé yo...? Usted debe de tener algún pariente que pueda continuar su gran empresa.

— Mis únicos parientes son unos sobrinos; pero son tan tontos que no comprendo cómo no han sido encerrados en un manicomio. Y luego ¿qué me queda?

— Pues... Yo no entiendo mucho de estas cosas, F.B. ¿Qué le parece si saliésemos a dar un paseo por el parque con «Candy»?

— ¡Es una buena idea, Puck! —aceptó el armador, levantándose—. Vamos, «Candy».

Mientras paseaban por el hermoso parque, Puck pensó que el armador F. B. Nielsen era un personaje muy extraño. Quería a su perrita con toda su alma; sin embargo, parecía odiar a sus semejantes. En primer lugar, parecía que el director Holst le fastidiaba, y las oportunidades de obtener para él la representación en Escandinavia eran mínimas. Sería una lástima..., sobre todo para «Torbellino».

Puck nunca había sido calculadora, pero en aquella situación estuvo a punto de serlo. Sabía que aquella representación significaba mucho para el señor Holst, y se puso a idear un atrevido plan. Con voz vacilante comenzó a ponerlo en práctica:

— Hemos pasado un maravilloso día juntos, ¿verdad, F.B.?

— Ya lo creo, hijita. Estoy encantado. Primero, tú y tus amigas impedisteis el robo de mi motora, que podía haber significado una pérdida de millones. Luego, tú salvaste la vida de mi pequeña «Candy», lo cual es aún más importante para mí.

Se interrumpió, y miró de reojo a Puck con sus inteligentes ojos. Su voz estaba llena de burlona ironía cuando preguntó:

— ¿Quieres decirme de una vez lo que pretendes de mí?

— Pues... ¡Ejem!... Quiero pedirle un favor...

— Tú dirás.

Puck tartamudeó:

— Mire... Se trata de Rita Holst, mi buena amiga... Ella sólo tiene un deseo: convertirse en profesora de gimnasia y natación.

— ¿Profesora de gimnasia? —repitió sorprendido el anciano—. Sí, seguramente es una buena profesión. Además, puede estudiar tranquilamente, con la cantidad de dinero que tiene su padre.

— Sí, pero él quiere que estudie en la Universidad.

— ¡Qué idiotez! —gruñó el viejo—. Yo nunca fui a la Universidad; sin embargo, he hecho una buena carrera. Los padres de esta chica pecan de vanidad. ¡Qué barbaridad!

— ¿Quiere usted escucharme un momento, F.B.? —rogó Puck, seria.

— Claro, pequeña —contestó el armador, acariciándole la mejilla—. Hoy te debo tanto que estoy dispuesto a escucharte hasta la medianoche. ¿Qué quieres decirme?

— Se trata de Rita —empezó Puck insegura—. Como le dije, es muy amiga mía, pero es una chica infeliz. Comete las más horribles travesuras y la gente sólo reacciona diciendo que es una fierecilla sin domar; pero ni sus padres ni los demás comprenden el porqué de su extraño comportamiento...

— Pero tú sí, supongo.

— Segura del todo, no lo estoy... Pero creo firmemente que Rita se olvidaría de sus travesuras si la dejasen estudiar su carrera de profesora de gimnasia.

— ¡Hum! Esto suena muy sensato, Puck.

El armador Nielsen se paró en medio del sendero y sacudió amistosamente el brazo de Puck:

— Pequeña, si no fuera por mi negocio, estoy seguro de que muchas personas me considerarían un viejo loco...

— Nada de eso, F.B.

— Sí, sí. Quizá están en lo cierto. ¿Qué sé yo? Sin embargo, en este asunto he comprendido lo que quieres de mí. Quieres hacer un trato, ¿verdad?

— Pues..., sí..., en cierta forma.

El viejo armador reía a mandíbula batiente:

— Si te he comprendido bien, yo debo concederle la representación al director Holst, si él deja que su hija estudie para profesora de gimnasia. ¿Soy un viejo tonto o he dado en el clavo?

— ¡F.B. es usted extraordinariamente listo! —declaró Puck.

— Gracias por el piropo, hijita. Bueno; a ver si entre los dos logramos arreglar este asunto. Si a tu amiga le dejan elegir su carrera preferida, su padre obtendrá la representación en Escandinavia de mis lanchas rápidas; pero quiero que comprendas bien que no es por sus méritos. Sólo te lo debe a ti, porque hoy me has procurado tantas alegrías.

Llamó a su perrita:

— «Candy», aún no le has dado las gracias a Puck.

El animal se acercó, meneando con alegría todo el cuerpo. El viejo armador puso su mano en el hombro de Puck y le dijo:

— Eres una chica simpática y buena, Puck. Me gustan las personas que piensan en los demás antes que en sí mismas. Pero, ¿estás completamente segura de que tu amiga no se arrepentirá de elegir esa carrera?

— Es su único deseo.



— ¡Hum! Cuando yo era chico quería ser «cowboy», más tarde soñaba con ser conductor de tranvías en Bangkok, luego miembro

de la Policía Montada de Canadá... Y, como ves, terminé siendo armador. Bueno; quizá tu amiga está más decidida que yo.

— Estoy segura de ello, F.B. Y sé que será la persona más feliz de la tierra..., y una fierecilla domada.

El armador Nielsen se rascó el cogote:

— Bueno, ya veremos lo que su padre tiene que decir al respecto, porque no es suficiente que nosotros dos conspiremos. Si Holst acepta nuestras condiciones, le concederé la representación... ¡aunque ese camello me es sumamente antipático!

* * *

Nadie supo nunca qué se trató en la conversación del armador Nielsen con el director Holst; pero el resultado fue magnífico, sobre todo para «Torbellino». Al salir de su despacho, su padre dijo:

— He estado hablando con el armador..., quiero decir con el capitán, sobre tus planes para el futuro, y he llegado a la conclusión de que quizá sea lo mejor que estudies para profesora de cultura física.

— ¡Viva!... ¡Viva! —gritó «Torbellino» iniciando un furioso baile de indio salvaje—. ¿Estás completamente decidido, papá?

— Naturalmente.

— ¿Qué dirá mamá?

— Dirá lo mismo que yo, claro está.

— ¡Ni hablar! —sonó la voz autoritaria de la señora desde la puerta—. ¡Yo no quiero que Rita se dedique a la gimnasia!

— ¡Está ya decidido! —declaró Holst con energía—. Lo he decidido yo... ¡y basta!

— ¡Por Dios, Erik!...

— He dicho que será profesora de Cultura Física. ¡No hablemos más de eso!

La señora Holst estaba a punto de desmayarse de pura sorpresa. Su marido gobernaba en su empresa como un dictador, pero en su casa jamás se había atrevido a levantar la voz. Aquello era increíble. La mujer gimió como un animal herido. Pensar que su hija sólo sería profesora de gimnasia y natación, para ella era terrible.

En su entusiasmo, «Torbellino» sólo se interesaba por el anciano armador, a quien debía su suerte. Se lanzó a su cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla:

— ¡Un millón de gracias, señor armador!

— ¡¡Capitán!!

— Armador o capitán, ¿qué más da? ¡Y yo que creía que usted era un viejo y agrio gruñón!

— ¡Rita! — dijo su padre en tono de reproche.

— No te enfades. También a mamá y a ti os debo un beso.

La señora Holst se había retirado a sus habitaciones. Tenía que descansar y tomar sales, porque su hija iba a convertirse en profesora de gimnasia. ¡Aquello era demasiado para ella!

A la hora de cenar, la «pobre madre» se había recuperado y, con gran dignidad, presidía la mesa. Su cara expresaba contrariedad, y no contribuía a la conversación. El armador Nielsen se divertía en grande. Había pasado un día maravilloso, y todo gracias a Puck.

Aunque menospreciaba al prójimo y en especial al director Holst, había cedido, y Puck ganó una nueva e importante victoria. En opinión de F.B., la chiquilla se lo merecía. ¡Y además había sabido preparar una buena comida para «Candy»! El anciano era hombre de pocas palabras; sin embargo, contra su costumbre, se levantó y empezó a hablar.



— Quiero dar las gracias por la hospitalidad de que he sido objeto aquí, en la finca «Frederiksholm»; pero, ante todo, quiero expresar mi gratitud a estas cuatro valientes muchachas, que le han dado tanta alegría a un viejo gruñón como yo. En especial, estoy muy agradecido a mi vieja amiga Puck. Hoy me ha enseñado muchas cosas; entre otras, cómo se prepara una comida de perro que le guste a «Candy». Conozco hace tiempo a mi joven amiga y sé que las alabanzas no le afectan, por eso la felicito públicamente. Hace un par de años, cuando llegué a Roarsborg, estaba enfadado con todo el mundo. Sin embargo, su alegría y su simpatía hicieron que algo desconocido despertase en mi interior. Hoy han vuelto a

despertarse de nuevo los mismos sentimientos. Quiero decir, por último, que siempre te consideraré mi mejor amiga..., Puck.

— ¡Tenga por seguro que lo seré, F.B.!

— Gracias, pequeña traviesa. Doy las gracias a todos y espero que mi modesta presencia aquí haya sido para el bien de todos.

Sus últimas palabras tenían un ligero acento de ironía. Alzó su copa y saludó al director Holst.

* * *

Después de la cena, las cuatro amigas se reunieron en la habitación de «Torbellino» ante una mesa bien provista de refrescos, pasteles, bombones y fruta.

La anfitriona estaba eufórica, casi no podía creer que por fin tuviera permiso para convertirse en profesora de gimnasia. Para ella era lo más maravilloso que podía haberle ocurrido. Con voz temblorosa de emoción, dijo:

— Sé muy bien que me consideraréis una fierecilla indomable, pero eso ya se ha terminado. Prometo hacer todo cuanto pueda para no cometer más travesuras. No quiero que nadie tenga quejas de mí.

— ¿Tampoco «Las Siamesas»? —se burló Navio.

«Torbellino» hizo una mueca:

— No me importan un comino esas tontainas. ¡Ni un bledo! Además, poco trato tendré con ellas ahora. —Y añadió, ya menos alegre —: Ahora que voy a estudiar para profesora de gimnasia, quizá tendré que abandonar el instituto. En cierta forma, me disgusta pensar en ello, porque os echaría mucho de menos.

— Seguramente te dejarán terminar el curso — opinó Puck.

— Sí, me gustaría que así fuera. ¡Nos divertimos tanto allí!... Cuando se tiene esperanza, todo es maravilloso. Nos divertiremos a rabiar.

— ¡Vamos, vamos! — sonrió Puck.

— No os asustéis: la fierecilla ha sido domada. Os prometo no causar más problemas — aseguró «Torbellino».

— ¡Uf! ¡Qué aburrido! —dijo Navio, aprovechando la pausa para meterse otro bombón en la boca—. Has llenado nuestras vidas de colores. Echaremos mucho de menos..., eso...

— No te preocupes; alguna broma inocente se puede hacer de vez en cuando —opinó «Torbellino»—. El «Instituto Clara Moeller» no es un internado suizo... ¡Ejem!

Puck no pudo menos que sonreír. La traviesa muchacha parecía tener el propósito de ser más tranquila, pero, ¿sería eso posible? De momento, sólo se podía decir que la fierecilla estaba domada..., a medias.

* * *

El gran «Cadillac» del armador Nielsen estaba ante la entrada principal. El señor Holst avisó a las muchachas, y éstas bajaron corriendo para despedirse de él.

Con «Candy» en brazos, el anciano caballero entró en el coche, mientras saludaba a todos:

— Vuelvo a darles las gracias. He pasado un día maravilloso. ¡Ah! Ven aquí, Puck, quiero decirte una cosa.

Puck se acercó a la ventanilla. El armador le acarició la mejilla y dijo, con una voz llena de ternura:

— Gracias, Puck. No te olvidaré nunca. Me has dado tantas alegrías hoy... ¿No crees que tú y tus amigas podríais visitarme en Hellerup? Lo pasaríamos muy bien.

— Con mucho gusto, F.B. —aceptó Puck con cordialidad—. Su casa no queda lejos del «Instituto Clara Moeller». No le extrañe si dentro de un par de días nos tiene a todas de visita. Me acordaré de llevarle una golosina a «Candy».

— Eres un encanto, hijita. ¡Adiós, y no olvides tu promesa!

— No la olvidaré. ¡Hasta pronto, F.B.!

Mientras el coche se alejaba lentamente, Puck gritó:

— ¡Viva el capitán...! ¡Viva; viva; viva!

Incluso el director Holst participó en los vivas. Su mujer, sin embargo, con los brazos cruzados, contemplaba a todos con fastidio. Cuando el coche hubo desaparecido, «Torbellino» le dijo a Puck:

— En realidad, los vivas debían ser para ti, Puck. Voy a repetirlos, junto con mi agradecimiento.

Mirando de reojo a los demás, gritó con voz desusadamente baja en ella:

— ¡Viva Puck! ¡Viva; viva; viva!

¡Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas habían moderado a «Torbellino»!

FIN